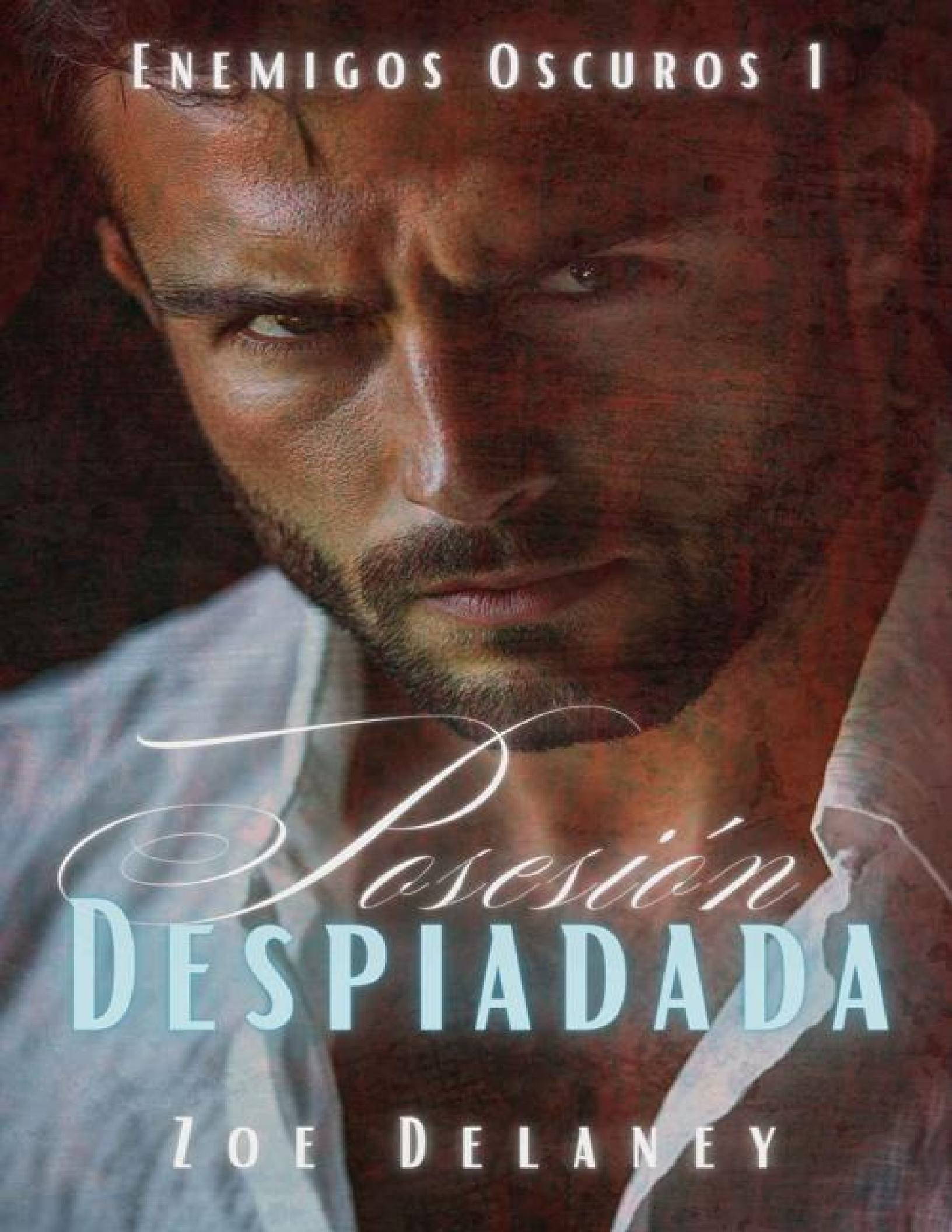




ENEMIGOS OSCUROS 1

*Posesión*  
**DESPIADADA**

ZOE DELANEY

# **Posesión Despiadada**

Enemigos Oscuros

Libro 1

Un Romance Oscuro de la Mafia con Matrimonio Forzado  
y Enemigos a Amantes

Por Zoe Delaney

Posesión Despiadada (Enemigos Oscuros)

Derechos de autor © 2023 Zoe Delaney

Todos los derechos reservados

Edición en Español © 2024

Publicado por Flourish Books (Jen Katemi)

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso por escrito del editor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, lugares, personajes e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, organizaciones, eventos o lugares es pura coincidencia.

## **Índice**

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Traición despiadada – Sinopsis](#)

[Sobre la autora](#)

[Libros de Zoe Delaney](#)

## Capítulo Uno

*«Los hombres débiles esperan las oportunidades. Los hombres fuertes las crean».*

Orison Swett Marden

*Río*

Vivo para el negocio. Mato por el negocio.

Todos dicen que soy un monstruo sin emociones. Y tienen razón.

Por eso Danelli está frente a mí ahora, entregándome las noticias que he estado esperando.

Mi segundo al mando se aparta el pelo oscuro de los ojos. —Encontramos a la chica Carlotti desaparecida. Tenías razón todo este tiempo, Jefe. Está viva.

Para ocultar nuestra conversación, el ritmo de la música del DJ, amortiguado por el aislamiento acústico en las oficinas de mi club, se eleva a través del suelo de madera africana exótica, el ruido de fondo y el murmullo de la multitud son una de las ventajas de la ubicación del club.

Anhelo esos sonidos cuando no estoy en la oficina. Enmascaran el vacío dentro de mí; el espacio donde debería estar mi corazón. Y las sofisticadas mujeres que adornan la pista de baile abajo proporcionan un sinfín de opciones para mis apetitos sexuales.

La mayoría de ellas harán casi cualquier cosa por pasar una noche conmigo... Gregorio Agosti, jefe del sindicato criminal Agosti-Carlotti combinado.

Todas ellas descubren, demasiado tarde, que mis apetitos son oscuros y raramente se satisfacen de una manera que brinde placer sin dolor.

Miro fijamente a mi segundo, que acaba de entregarme la oportunidad dorada que he estado esperando. He estado buscando a Bianca Carlotti durante los últimos siete años.

Princesa de la mafia.

Cabo suelto.

Uno que necesito eliminar.

No confío en mí mismo para hablar sin traicionar mi emoción, así que en su lugar, simplemente extendiendo la mano para recibir el archivo que Danelli tiene apretado en el puño.

La emoción es una debilidad en nuestro mundo. Mi posición no está tan asegurada como para permitirme mostrar ni un atisbo de algo que no sea lo que todos esperan: frialdad. Indiferencia.

Pero la foto en la portada del archivo que Danelli me entrega no es lo que yo espero.

La mujer tiene el pelo largo y oscuro, no inmaculadamente peinado sino recogido en una especie de moño desordenado en lo alto de su cabeza. Sus ojos marrones están arrugados en los bordes, porque el fotógrafo obviamente la captó en medio de una risa. Una boca ancha con labios generosos y un salpicado de pecas en la nariz le dan un aire de inocencia.

No lleva maquillaje que yo pueda discernir, y su camiseta sobre los vaqueros es gris y casi sin forma.

¿Es realmente ella?

No es que ella necesariamente fuera consciente de su herencia, pero seguramente, si es la chica Carlotti, algo de su derecho de nacimiento debe permanecer. No se parece en nada a las mujeres que habitan mi mundo.

—¿Estás seguro de que encontraste a la mujer correcta?

Danelli se estremece ante mi tono gélido, sus ojos ensombrecidos se desvían hacia la foto en mi puño ahora apretado y su piel no es lo suficientemente bronceada para ocultar una repentina palidez. *Debería* estremecerse. Si su equipo se equivocó y levantó mis esperanzas para nada, habrá graves consecuencias.

—Sí, Jefe. Al cien por cien. Tomamos algo de su cabello y nos llevamos su cepillo de dientes. El ADN resultó ser una coincidencia. Es ella.

Me doy la vuelta y sirvo un whisky en uno de los vasos de cristal del juego antiguo detrás de mi escritorio, luego doy un par de sorbos mientras hojeo el resto del archivo y proceso la información que contiene.

Alias actual: Bree Walker.

Dirección actual: Franklin Park.

Lugar de trabajo: Centro de Rescate Animal Lots of Paws.

Se me escapa una breve carcajada. No muy lejos de donde habría terminado si se hubiera quedado en la vida para la que nació. Solo que habría estado lidiando con animales humanos en su lugar.

Las cejas oscuras de Danelli se fruncen. —¿La quiere muerta, Jefe?

Apoyo el vaso contra mis labios, mirando fijamente mi escritorio. La eliminación de este último cabo suelto sería la opción más rápida y fácil, pero algo detiene mi orden.

Frunzo el ceño, sin entender mis propios motivos.

Tal vez quiero conocerla antes de mandar matarla.

Tal vez quiero ver si la inocencia en sus ojos es real. Por su bien, espero que no lo sea.

La inocencia saca lo peor de mí.

—Todavía no —digo lentamente. Con cuidado—. Agárrala y tráemela. Hazlo antes del anochecer de mañana.

\*\*\*

*Bree*

Los clubes no son lo mío, pero parece que Shelley no va a aceptar un no por respuesta.

—Bree, *tienes* que salir con nosotros esta noche. Es tu cumpleaños. ¡No tienes elección, chica!

Shelley agita sus dedos frente a mi cara mientras esperamos que Dave cierre. El personal de la tarde ya ha fichado, pero entrarán y saldrán por la puerta trasera. La entrada principal se cierra firmemente todas las tardes a las cuatro, cuando el refugio de rescate cierra al público.

Lo que significa que no tengo ninguna razón para no aceptar la invitación de Shelley para celebrar mi cuarto de siglo con martinis de espresso.

—Podemos vestarnos realmente bien por una vez —dice, dando un codazo a Dave mientras se une a nosotros en la acera—. ¿Tú también vienes? Bree cumple veinticinco hoy. Díselo. No puede simplemente irse a casa y sentarse en el sofá con un libro como siempre hace.

Dave me clava una mirada que parece inusualmente seria para un tipo que valora el tiempo tranquilo y relajado por encima de todo. —Deberías hacer algo más que trabajar todo el tiempo, Bree. No es saludable.

—Ah... —Parpadeo ante el comentario inesperado de alguien que pensé que era tan introvertido como yo—. ¿No odias los clubes y la escena nocturna tanto como yo? ¡Traidor!

Me sonrío, cuadrando los hombros. —Iré si tú vas.

Suelto un suspiro, pero ya he decidido. Qué demonios, ¿por qué no? El incidente con la bebida adulterada fue hace tres años ya.

Además, hay algo en la expresión de Dave cuando me mira. Algo nuevo que me provoca un suave cosquilleo en el estómago y me dan ganas de explorarlo más a fondo. —Está bien. Supongo que ambos tienen razón. Me hará bien salir por una vez. Es decir, veinticinco años es algo bastante trascendental, ¿no? A partir de aquí todo es cuesta abajo, o eso he oído.

Todavía estamos riendo cuando un elegante coche negro sube a la acera y se detiene junto a nosotros.

—¿Qué demonios...? —Dave nos arrastra a Shelley y a mí fuera de su camino, mientras dos de las puertas se abren de golpe y salen tipos que parecen gánsteres gemelos.

Ambos llevan trajes y gafas de sol oscuras encajadas en sus rostros, a pesar de que el clima de noviembre está nublado y a punto de lloviznar.

Pero no son las redundantes gafas lo que captura y mantiene mi atención.

Son las grandes pistolas negras en sus manos.

Mi boca se abre de par en par y mi corazón se me sube a la garganta.

—Mierda santa. —El impropio sale de mis labios involuntariamente, y tropiezo con Shelley, quien se agarra a mi brazo.

Obviamente está tan aterrorizada como yo.

¿Es algún tipo de ataque al refugio de animales?

No parecen activistas. Parecen caricaturas de criminales. Unos realmente aterradores.

¿Es un robo a plena luz del día?

Mi cerebro va a mil por hora, tratando de averiguar quiénes son y qué pueden querer, y si mis dos compañeros de trabajo y yo vamos a terminar muertos.

Uno de los matones mira al otro. —¿Cuál es?

—La de pelo oscuro. —El segundo me señala.

*Oh, mierda.* Shelley es pelirroja y Dave es rubio despeinado.

A pesar de las armas, abro la boca para gritar, pero uno de los matones me tapa la cara bruscamente con la mano, luego me levanta con tanta facilidad como si fuera una niña.

Alguien dentro del coche debe abrir el maletero, porque apenas tengo tiempo de forcejear antes de que me arrojen atrás y la tapa se cierre de golpe. Entonces sí empiezo a gritar, a todo pulmón, pateando y golpeando todas las superficies del espacio cerrado.

¿Me están *secuestrando*?

El maletero ahoga los gritos de Dave y Shelley en el exterior, luego un sonido agudo de pop, pop, pop estrangula mi voz y envía una oleada de náuseas a través de mí ante el repentino silencio del exterior.

Dios mío, Dios mío, Dios mío...

¿Acaban de matar a mis amigos?

Me doy cuenta de que estoy jadeando y sollozando, y me rodeo el vientre con los brazos, tratando de contener el pánico.

Tiene que ser algún tipo de broma enferma.

Una broma de cumpleaños que terminará en cualquier momento y resultará en que me beba una tonelada de cualquier cóctel que me pasen para bajar de la descarga de adrenalina.

Tiene que ser una broma. Esto no puede ser real.

El coche arranca y me golpeo la cabeza con algo mientras bajamos, presumiblemente de la acera.

Espero que ese crujido haya roto algo debajo del coche. Espero que pierdan tanto aceite que la policía los detenga.

*Policía.* Un pensamiento penetra mi niebla de pánico. Recuerdo haber visto algo en la televisión una vez sobre romper una luz trasera si alguna vez te encuentras en la improbable situación de ser secuestrado y metido en el maletero de un coche.

Porque, ya sabes, enfrentarse a esa situación es tan probable.

Contengo una explosión de risa histérica y me arrastro hacia la parte trasera del espacio, buscando la luz trasera... Ahí está.

Hago un puño y empiezo a golpear, dándome cuenta rápidamente de que no tengo suficiente fuerza. Necesito patearla para sacarla.

Grito de nuevo, liberando todo el miedo de mi situación, y luego descubro que no puedo dejar de gritar.

El vehículo se desvía y luego frena bruscamente. Antes de que pueda patear la luz trasera, la tapa se abre y el mismo tipo que me levantó se inclina, mirándome fijamente. —Cierra la puta boca.

Ni siquiera pienso, simplemente me lanzo hacia él con el pie, dándole de lleno en la cara.

Él retrocede tambaleándose y luego se abalanza de nuevo, con el arma apareciendo de repente en su mano. —Pequeña puta de mierda. Pagarás por eso, zorra.

Me quedo paralizada, mirando el pequeño agujero negro mientras me empuja el arma justo en la cara. Nunca había visto un arma en la vida real, y mucho menos había estado tan cerca de una,

hasta hoy.

Es todo lo que puedo hacer para evitar que mis dientes castañeteen mientras lucho por no perder el control.

Sin previo aviso, acciona una palanca —¿el seguro?— y luego me golpea con el cañón, justo en la mejilla izquierda. Caigo hacia atrás en el espacio del maletero, aturdida.

Su gemelo matón se acerca a su lado, llevando un gran rollo de cinta adhesiva gris.

—Esto la callará hasta que lleguemos —dice, con tono molesto.

Oh no. La cinta adhesiva significa violación. Muerte. Sin escapatoria. Los pensamientos dan vueltas en mi cerebro en un bucle, y empiezo a agitarme y golpear, sin hacer caso del arma, pero es inútil.

Uno me sujeta mientras el otro me tapa la boca con cinta. Luego me dan la vuelta boca abajo y me aplastan la cara contra la base alfombrada del maletero, mientras el otro me arrastra los brazos hacia atrás y me ata las muñecas fuertemente con la cinta. Hacen lo mismo con mis tobillos.

—Deberíamos darle una verdadera lección a la zorra. La puta me hizo sangrar la nariz. —Una mano áspera se mete entre mis piernas por detrás, con los dedos picando y hurgando, y gimo contra la alfombra.

Eso no. Por favor, eso no.

Entonces el otro dice: —El jefe la quiere intacta. ¿Estás dispuesto a arriesgarte a su ira probando la mercancía antes de tiempo?

La mano se retira rápidamente, y aunque odio al "jefe", sea quien sea, una pequeña parte de mí está agradecida por su intervención.

Incluso en su ausencia, sus matones obviamente le tienen miedo.

Entonces la tapa se cierra de golpe, dejándome en la oscuridad, y el coche arranca de nuevo. Ruedo entre Dios sabe qué escombros mientras escucho el suave ronroneo del motor del coche y me aferro a mi cordura por un hilo.

Lágrimas ardientes brotan y caen, sin control, por mis mejillas. Mi nariz también empieza a gotear incontrolablemente y, con entumecimiento, me pregunto si me asfixiaré antes de que su «jefe» tenga la oportunidad de violarme y matarme.

*Intenta no pensar en tus amigos, que pueden estar muertos o no.*

*Intenta no hiperventilar.*

*Intenta mantenerte con vida.*

## Capítulo Dos

*«Los monstruos son reales, y los fantasmas también. Viven dentro de nosotros, y a veces, ganan».*

Stephen King

*Rio*

El cardenal rojo en su mejilla izquierda resalta porque el resto de su rostro está tan pálido. ¿Está a punto de desmayarse? No es que vaya a tener mucho impacto si lo hace, porque ya está tendida en el suelo de la suite de invitados, atada como un pavo de Navidad.

Su largo cabello oscuro se esparce en todas direcciones, y su mirada fulminante por encima de la cinta adhesiva que cubre la mitad de su rostro probablemente podría perforar el metal.

Esos ojos, casi dorados en este momento, son como melaza, con un tono más oscuro alrededor del borde de los iris que le da un aire seductor. La fotografía en el archivo no les hacía justicia.

Lentamente, me vuelvo hacia mi segundo al mando. —¿Tú la trajiste aquí y la dejaste así? ¿Quién la golpeó?

Él traga saliva, mirando a la mujer Carlotti con el ceño ligeramente fruncido. —No, señor... Jefe, quiero decir... No. Dos miembros del equipo Delta la trajeron. Esta es la primera vez que veo la situación.

—Di órdenes explícitas de no tocarla. Esa será mi prerrogativa, si y cuando lo decida.

—Sí, señor.

—¿Qué piensas hacer al respecto, Danelli?

—Hablaré con el equipo. Averiguaré quién la tocó y me encargaré del asunto.

—Asegúrate de hacerlo. Y luego considera cómo mis órdenes y las acciones que siguieron no coincidieron. No toleraré esa situación de nuevo. Esta es tu primera y *única* advertencia. Fuera.

Mi segundo sale apresuradamente de la habitación, cerrando la puerta tras él con un suave clic.

Danelli es un buen segundo al mando. Esa es la única razón por la que le doy un respiro en esta ocasión. Consideraré cómo castigarlo más tarde.

Dirijo mi atención a la mujer en el suelo. Incluso ahora, con su rostro manchado de lágrimas y mocos, me está mirando como si quisiera matarme.

Una sonrisa amenaza con curvar mis labios. Quizás la princesa de la Mafia está enterrada en algún lugar profundo dentro de ella, después de todo.

Me pongo en cuclillas frente a ella. —Voy a quitarte la cinta, y te quedarás quieta y no lucharás contra mí. Si lo haces, llamaré a mi segundo al mando y le diré que ponga una bala entre esos hermosos ojos color miel tuyos. ¿Entiendes?

Los ojos en cuestión se abren brevemente, y ella asiente.

No hay una manera fácil de quitar la cinta adhesiva. Arranco primero el material gris de sus

muñecas, luego de sus tobillos, dejando su rostro para el final.

—¿Lista, Bianca?

Ella se sienta, frotándose las muñecas enrojecidas. Después de un momento, otro asentimiento rígido me da mi respuesta. Arranco la cinta. En el segundo que lo hago, ella se arrastra hacia atrás por el suelo en un movimiento similar al de un cangrejo hasta que su espalda golpea el borde del sofá.

Se pasa una mano por la cara, intentando limpiarse, antes de hablar. —No sé quién es usted, pero mi nombre no es Bianca. Tiene a la persona equivocada.

Su voz es baja y áspera. No estuvo atada el tiempo suficiente como para deshidratarse, así que el efecto ronco debe ser por el estrés.

Me pongo de pie e inclino la cabeza, estudiándola. Ese cardenal en su rostro está comenzando a hincharse. El miedo es evidente en sus facciones tensas y en la forma en que cruza los brazos sobre su vientre, y sin embargo, levanta la barbilla y me devuelve la mirada con una expresión desafiante.

No hay muchos que se atreverían a sostenerme la mirada tan audazmente.

—Soy Gregorio Agosti.

La simple frase tiene el efecto deseado. Sus labios se separan ligeramente antes de que baje la mirada.

*Bien.* Ese reconocimiento significa que no necesito explicarle el peligro en el que se encuentra si no hace lo que se le ordena.

—Usted es... Conozco ese nombre. De las noticias. Lo llaman Rio.

—En efecto. —Ha habido muchas noticias sobre mi organización, y sobre mí.

La mayoría, en estos días, son positivas, centrándose más en mis donaciones a la caridad que en otras cosas. He aprendido a lo largo de los años que el dinero puede comprar cualquier cosa. Incluso legitimidad.

Ella humedece sus labios con la punta de la lengua. No estoy seguro de qué es lo que capta y retiene mi atención en ese gesto.

—¿Sus... sus hombres... mataron a mis amigos? —Hay un temblor en esa última palabra susurrada, y sus cejas se juntan en un ceño fruncido.

Claramente, no le gusta mostrar debilidad.

Mi monstruo interior levanta su fea cabeza. Disfrutaré doblegando a esta.

—No tengo idea. No me preocupo por los daños colaterales, Bianca.

—¿*Colaterales...*? —Ella inhala bruscamente antes de que sus rodillas se levanten y las rodee con sus brazos.

Parece un pajarito roto.

Algo se agita en el vacío profundo dentro de mí.

Algo que desaparece rápidamente cuando ella se sienta erguida y habla con una voz más fuerte.

—Es Bree. Bree Walker. *No soy Bianca.*

De repente, estoy aburrido de la conversación. Me muevo hacia la puerta de la suite. —Bree Walker está muerta. Naciste como Bianca Carlotti, y de ahora en adelante, ese es el nombre al que responderás.

—Ni de coña. —Su murmullo es casi imperceptible.

No estoy seguro de si pretendía que lo escuchara.

No me molesto en reprenderla. Ambos sabemos que hará exactamente lo que yo diga, al final.

—Hay un baño por allí. —Señalo al otro lado de la habitación—. Dúchate. Límpiate. Alguien volverá con un cambio de ropa para ti y algo de hielo para ese cardenal en tu rostro. Una hora, Bianca. Ese es el tiempo que tienes antes de que regrese.

Cierro y bloqueo la puerta, y cuando escucho los sollozos comenzar al otro lado, mi monstruo interior empieza a ronronear.

\*\*\*

*Bree/Bianca*

Es un monstruo. Atractivo. Intrigante. Pero en su núcleo, sin emociones y depravado.

Esas noticias sobre él pueden evitar la verdad, pero todos en Boston saben que Rio Agosti dirige su banda mafiosa con mano de hierro y sin una pizca de compasión en su alma.

¿Acaso tiene siquiera un *alma*?

Toda la *ciudad* teme el alcance del cartel Agosti-Carlotti y su aterrador jefe.

Incluyéndome a mí, aunque nunca he tenido ninguna relación con el crimen de ningún tipo, y mucho menos con el crimen organizado.

*Usted nació como Bianca Carlotti.*

Se me eriza la piel al recordar esas palabras. Hice todo lo posible para no romper en llanto y suplicar por mi vida a sus pies.

Pero lo vi en sus ojos: el repentino deseo de que yo hiciera exactamente eso. Fue el único indicio de emoción que vi en él en absoluto.

No le daré a ese hombre la satisfacción de suplicar. No por nada.

No tengo idea si Dave y Shelley están vivos o muertos. No tengo idea de por qué los secuaces del monstruo de la mafia me agarraron. Claramente, debe ser un caso de identidad equivocada. ¿Cómo puedo convencerlo de eso?

¿Y si no puedo?

Las náuseas aumentan y me tambaleo hacia el baño. Incluso mientras localizo el inodoro y devuelvo el escaso contenido de mi estómago, mi cerebro da vueltas ante mi entorno. Este maldito baño es casi tan grande como mi apartamento.

Y... Brevemente, giro la cabeza. ¿Esa es una bañera de oro? Seguramente no puede ser oro *de verdad*, ¿no?

¿Qué tipo de personas viven así? Lujo y violencia, lado a lado.

Vuelvo a vomitar hasta que no queda nada más que expulsar, y luego abrazo la taza mientras sollozo.

Si quiero sobrevivir, tengo que dejar de llorar patéticamente e intentar descubrir cómo escapar.

Es más fácil decirlo que hacerlo.

Me pongo de pie, y cuando veo mi reflejo en el espejo con marco intrincado, retrocedo. *Dios mío*. Estoy cubierta de manchas de sangre y restos de vómito, y hay manchas húmedas en mi camiseta donde las lágrimas aún no se han secado. Mi mejilla izquierda está hinchada, comenzando a ponerse morada. Me inclino y toco suavemente el área, haciendo una mueca de dolor.

¿Ese matón me rompió el pómulos? Espero haberle roto la nariz con mi patada.

Necesito ducharme, no solo porque estoy sucia, sino porque mi cerebro no deja de imaginar lo que puede pasar si no hago lo que él dice. Si me comporto, tal vez me deje ir.

Sí, claro. Porque parece un tipo decente que se apiadará de mí, seguro.

Ignoro mi voz interior y me tomo un par de minutos para explorar el resto de la suite, revisando la puerta primero, aunque escuché el clic decisivo de la cerradura cuando él se fue.

No parece haber otra salida. Hay ventanas en el baño, el dormitorio y la sala de estar —esta última con enormes cristales del suelo al techo que estoy segura son espectaculares cuando la luz del sol se filtra— pero ninguna se abre. Incluso si se abrieran, no hay balcón ni siquiera una escalera de incendios afuera. Solo una caída de varios pisos hasta el pavimento de concreto abajo.

Debemos estar en la ciudad, a juzgar por la vista de otros edificios afuera, ninguno de los cuales contiene señal alguna de personas que puedan llamar a la policía. Probablemente estamos encima de algún tipo de club, supongo, dado el zumbido amortiguado de música que se eleva a través del suelo.

¿Es este *su* edificio? ¿Dirige una serie de clubes, junto con todas sus otras actividades comerciales?

Tiene sentido. *Odio* los clubes.

El pánico amenaza, y encojo los dedos de los pies en la gruesa alfombra blanca bajo mis pies, tratando de mantenerme en tierra. Probablemente no me matará aquí. Quiero decir, ¿quién querría estropear la prístina blancura de esta decoración?

El papel tapiz texturizado en las paredes, estampado de nuevo en blanco con tonos dorados y plateados, proporciona una sensación lujosa aunque ligeramente recargada, mientras que la chimenea eléctrica está flanqueada por sofás de cuero blanco y coronada por una gran repisa de mármol que combina con el mármol del baño.

En la habitación contigua está la cama más grande que he visto jamás, ¿seguramente debe ser hecha a medida? Me quedo mirando esa cama, preguntándome si otras mujeres antes que yo fueron retenidas aquí. Si les pasó algo... en esa cama... bajo sus manos y cuerpo firmes e implacables...

Y esa mirada muerta y sin emociones.

Me estremezco, guardando pensamientos peligrosos.

Todo en este lugar apunta al lujo y la decadencia.

Una lujosa jaula dorada.

Y yo soy el pobre canario atrapado por el monstruo, con un propósito aún por determinar.

Una mirada al reloj sobre la chimenea revela que ha pasado algún tiempo desde que él se fue. Mi corazón late salvajemente antes de asentarse, y me apresuro al baño y me ducho lo más rápido que puedo. Después, me seco el pelo con una toalla y me visto con una bata blanca y esponjosa que colgaba detrás de la puerta.

No puedo obligarme a ponerme mi ropa manchada de vómito. En su lugar, la meto en un cesto de ropa sucia en una esquina de la habitación, preguntándome si alguna vez la volveré a ver.

Luego me dirijo al área de estar y espero, tratando de respirar lentamente para mantener la calma, hasta que el clic de la cerradura de la puerta me hace saltar. Mi sistema ya nervioso vuelve directamente a la máxima alerta.

No es *él*. El monstruo. En cambio, entra una mujer mayor de pelo gris, sosteniendo una funda de ropa sobre un brazo, un par de tacones negros puntiagudos en una mano y una bolsa de hielo en la otra.

Por la forma en que está vestida, con un uniforme tradicional blanco y negro, supongo que debe ser una ama de llaves. Aunque, si esto es un club en un edificio de la ciudad, entonces "ama de llaves" es un término relativamente flexible.

—Hola, querida —dice, con una media sonrisa en su rostro.

—Por favor —salto de mi asiento, corro hacia ella y la agarro del brazo—. ¿Puede ayudarme? Necesito salir de aquí. Por favor, necesito...

—*Basta* —su tono es instantáneamente gélido, y la expresión agradable desaparece—. Vístase. Y arréglese el pelo; es un desastre. Luego póngase esto en la mejilla.

Me entrega la bolsa de hielo.

—Volveré en veinte minutos para ayudarla a disimular *eso* —señala mi cara hinchada—. Esté lista.

Cuelga la funda de ropa sobre el respaldo del sofá, deja los zapatos y sale de la suite. Espero escuchar el clic de la cerradura.

Y espero.

Y espero un poco más.

Finalmente, me acerco sigilosamente a la puerta e intento girar el pomo, un mareo casi me derriba cuando se abre.

*Oh, Dios mío. No me volvió a encerrar.*

Asomo la cabeza, mirando a izquierda y derecha, pero el pasillo está vacío. Un ascensor directamente frente a donde estoy muestra números iluminados arriba, indicando que el coche

está descendiendo.

*Maldita sea.*

Los pensamientos abandonan mi cabeza y echo a correr.

Por el pasillo, en bata y descalza, me dirijo hacia la puerta del final marcada como Escaleras de Emergencia. Me detengo en seco, con el corazón latiendo tan fuerte que apenas puedo oír nada más.

¿Qué pasará si hago esto? Si desafío a un señor del crimen de la Mafia y huyo. ¿Cuánto lograré avanzar antes de que me encuentre? Antes de que me... castigue?

Un escalofrío de algo demasiado oscuro para admitir recorre mi piel.

*Sal de aquí, me digo a mí misma. Ahora.*

Empujo la puerta de emergencia y me precipito a través de ella, solo para chocar contra un cuerpo masculino duro y rebotar contra el marco de la puerta, golpeándome la parte trasera de la cabeza. Gimo de dolor y miro hacia arriba.

Y más arriba.

Directamente a la expresión fríamente furiosa de Rio Agosti.

## Capítulo Tres

*«Todas las cosas verdaderamente perversas comienzan desde la inocencia».*

Ernest Hemingway

*Rio*

El terror en su expresión es lo único que la salva de mi ira.

Cuando se desploma contra mi pecho, mirándome de esa manera, como si yo fuera el monstruo bajo la cama que ha venido a matarla, mi miembro se endurece al instante, y los pensamientos de matarla se desvanecen.

Sus manos arañan ineficazmente mi camisa de seda, y un pequeño gemido escapa de sus labios.

En lugar de alcanzar mi pistola, enfundada discretamente bajo mi chaqueta, agarro sus muñecas. Es tan delicadamente construida que puedo rodear ambas con los dedos de una sola mano.

Doy un paso adelante, la acción forzándola a través de la puerta cortafuegos hacia el pasillo, y luego giro hacia un lado hasta que su espalda está contra la pared. Suelto sus muñecas, inmovilizándola en su lugar al plantar un brazo a cada lado de su cabeza.

—¿Ibas a alguna parte, Bianca?

—Yo... —Se lame los labios, su mirada cayendo hacia el suelo.

La gruesa bata blanca, como su ropa sin forma de antes, oculta su cuerpo, aunque el escote permite vislumbrar tentadoramente la carne ligeramente curvada debajo. Me pregunto qué haría si le arrancara la bata de los hombros y la dejara caer hasta su cintura.

Mis manos se cierran en puños junto a su cabeza mientras mi necesidad aumenta. *Quiero* exponerla, enseñarle que no es aceptable desafiarme.

Me inclino, tan cerca que nuestros alientos se mezclan. Su aroma se eleva a mi alrededor, ligero y cítrico. —No hay escape, pajarito. Te irás de aquí cuando yo lo diga, y no antes.

Sus párpados revolotean, su mirada permaneciendo mayormente baja, permitiendo ver diminutas venas azules a través de sus párpados, como una red bajo su piel de porcelana.

—Lo siento —susurra, pero hay una nota en su voz que no suena del todo sincera.

—¿De verdad?

Sus ojos se abren de golpe entonces, mirando directamente a los míos. Tengo que luchar contra el impulso de retroceder por el impacto de sus profundidades ámbar tan cerca.

Algo se enciende en su expresión que el depredador en mí reconoce pero no puede nombrar. Podría besarla, ahora mismo, y cada instinto que poseo me dice que no me apartaría.

Me teme. Y me desea. Y odia ambas cosas.

—*De verdad* lo siento —dice.

La estudio, debatiendo conmigo mismo si vale la pena mantenerla cerca.

Probablemente está fingiendo docilidad para mantenerme de su lado, pero conozco la verdad. Todavía está considerando cómo escapar. Y sin embargo, esa mirada llena de terror mientras se apresuraba a través de la puerta cortafuegos no fue fingida.

Su miedo alimenta el deseo dentro de mí de una manera que no he experimentado en mucho tiempo.

El monstruo bajo la cama no es nada comparado conmigo.

Doy un paso atrás y hago un gesto hacia la suite que acaba de dejar. Sin decir palabra, se aparta de la pared y camina pesadamente de vuelta por el pasillo.

Al llegar a la puerta, se vuelve para mirarme. —Tus hombres me secuestraron de la calle y dispararon a mis amigos. Me ataron. Me *golpearon*. ¿Realmente esperabas que *no* intentara huir?

—El hombre que te lastimó probablemente ya esté muerto. —Espero que el pronunciamiento le dé consuelo.

Por qué quiero ofrecerle eso a ella no es algo en lo que desee detenerme.

—¿Muerto? ¿Te refieres a como Dave y Shelley? Mis amigos. ¿Esa es tu solución para todo? Disparar y matar. ¿Y tus problemas simplemente... desaparecen?

No suena consolada.

Frunzo el ceño. —Sí.

La risa se le escapa; solo que el sonido está mal. No es alegre, sino que se cierne al borde de la histeria.

—No tengo la costumbre de matar a gente inocente, Bianca.

Abre y cierra la boca un par de veces. —Y sin embargo, mis amigos *eran* inocentes.

Su voz es un susurro, casi imperceptible.

Resisto el impulso de decir más sobre el asunto, en su lugar saco mi teléfono y marco un número. No necesito justificarme ante nadie, mucho menos ante una Carlotti.

—Vístete. Tienes cinco minutos, o entro ahí y te visto yo mismo, y si tengo que hacer eso, no te gustará. —Me llevo el teléfono a la oreja y me doy la vuelta para despedirla.

\*\*\*

*Bree/Bianca*

El vestido es negro. Largo y elegante y ajustado, con diminutos tirantes de espagueti que probablemente no harán mucho para sostener mi escote, aunque tengo el pecho relativamente plano.

A los señores del crimen organizado les gustan sus mujeres hermosas y sexys y arregladas, o eso nos haría creer a todos los medios. Mujeres trofeo, en los brazos de sus hombres poderosos.

Este vestido calificará, pero estoy segura de que mi mejilla hinchada no encajará con el look. Especialmente sin maquillaje para cubrir los moretones.

Cinco minutos no me dan tiempo para hacer nada más que correr al baño, pasar un cepillo por mi cabello para arreglarlo, y luego sujetarlo en la nuca con un clip enjoyado que encuentro en el

cajón superior del gabinete. Si esos son diamantes reales, entonces probablemente tengo más valor en dólares sentado en mi cabello ahora mismo que la casa promedio.

Luego corro de vuelta para desabrochar la bolsa de la prenda y ponerme el conjunto de ropa interior de encaje negro que encuentro dentro antes de ponerme el vestido.

Espeluznantemente, todo me queda perfectamente, incluso el juego de tacones para mis pies más grandes de lo normal. Casi como si supieran que venía y lo hubieran preparado todo de antemano.

Había una mirada en los ojos de Rio que decía que lo había presionado demasiado en el pasillo, y no quiero arriesgarme a un castigo si lo desobedezco una vez más.

*El hombre que te lastimó probablemente ya esté muerto.*

Mis manos tiemblan tanto que no puedo subir la cremallera del maldito vestido. Desearía que el ama de llaves hubiera vuelto, pero Rio probablemente la despidió por la noche.

Cinco minutos exactos después de que volví a entrar en la suite —lo sé porque estoy mirando el reloj sobre un pequeño escritorio en la esquina del área de estar— él abre la puerta y entra a zancadas.

Me doy la vuelta, solicitando silenciosamente su ayuda con la cremallera.

Momentos después, el toque de sus dedos en la piel de mi espalda baja, donde comienza la cremallera, envía zarcillos de calor a través de mí. Un escalofrío sube por mi columna desde la conexión.

Mi boca se tensa. Es un monstruo. Su toque no debería tener ningún efecto en mí excepto repulsión.

—Ven —es todo lo que dice cuando mi vestido está abrochado y me giro para mirarlo.

No hay emoción en su expresión. *Nada* se puede leer en sus ojos.

Él va delante, esta vez hacia el ascensor, donde presiona el botón sin comentarios.

No es hasta que estamos en la cabina, descendiendo, que se digna a mirarme a través de nuestros reflejos en los espejos que recubren las paredes. —Hice una llamada. Tus amigos están vivos.

¿Vivos? ¿Dave y Shelley no están muertos?

—Dios mío —No me había dado cuenta de cuánto estaba conteniendo hasta este momento. Me desplomo contra la pared de la cabina, con lágrimas picándome los ojos—. Pensé... es decir, escuché a tu hombre *dispararles*.

—Hospital. Es probable que uno cojee. El otro... —Se encoge de hombros.

¿Qué significa ese encogimiento de hombros? Me duele tanto la garganta que apenas puedo tragar. Parpadeo varias veces, tratando de mantener el control.

No quiero derrumbarme frente a este hombre. Sospecho que disfrutaría de ello.

—De acuerdo —logro decir después de unos segundos, y cuando mis piernas no se desploman debajo de mí y no vomito la bilis que queda en mi estómago, decido que nunca he estado más orgullosa de mí misma.

Un gruñido es su única respuesta. Luego las puertas del ascensor se abren con un timbre, y la música que había sido un zumbido de fondo en el piso de arriba retumba con fuerza, la explosión de sonido se precipita para envolver el espacio y quitarme el aliento.

La última vez que estuve en un club, me drogaron y casi fui agredida por un tipo que se ofreció a comprarme una bebida. No era este club, pero el aspecto, la sensación, los sonidos y los olores son todos similares.

Lujo en la superficie, una apariencia de respetabilidad, y debajo, sexo y drogas y crímenes violentos esperando una oportunidad para estallar.

Empiezo a reír, casi incontrolablemente, solo me detengo cuando Rio pone una mano en la parte baja de mi espalda y me empuja hacia adelante, fuera del ascensor.

Varios hombres trajeados están esperando cuando salimos, y se unen a nosotros mientras Rio me guía por una pasarela elevada sobre la pista de baile un nivel más abajo. El suelo está repleto de cuerpos ondulantes. Un DJ trabaja en un banco de equipos en una tarima elevada en un extremo, mientras que el atareado personal de servicio entrega bandejas de bebidas a los clientes que esperan sentados en las mesas alrededor de los bordes de la sala.

El final de la pasarela se ensancha en lo que parece ser un área de observación estilo VIP, que contiene sofás de aspecto lujoso y fosos de conversación, con un bar de apariencia más refinada que se extiende por la parte trasera del espacio, detrás del cual varios miembros del personal extremadamente atractivos están mezclando y sirviendo bebidas.

Me siento donde Rio señala, en un sofá justo en el centro del área de observación, al frente cerca de la barrera acristalada; el punto de vista perfecto para mirar sobre el club.

—¿Este es tu lugar? —Le lanzo una mirada de reojo, una vez que ha terminado de murmurar al oído de un tipo fornido que no oculta el hecho de que lleva un arma.

Ese tipo, y otros tres, se mantienen cerca, vigilantes pero no intrusivos.

Rio se sienta a mi lado. Demasiado cerca. ¿Por qué no se sienta enfrente?

—El edificio es mío, y este club. Toda esta manzana de la ciudad es mía, Bianca. Así que, si corres, no llegarás lejos. Recuérdalo.

Las bebidas aparecen frente a nosotros como por arte de magia. Una rubia muy maquillada me entrega una copa de flauta llena de alcohol burbujeante de la bandeja en sus manos. Miro a Rio que espera, como si esperara que diera un sorbo.

Vuelvo a poner la bebida en la bandeja. —No quiero una bebida. No quiero estar aquí en absoluto. Y mi nombre no es Bianca. Es *Bree*. Te lo dije...

—Y yo te dije que te comportaras —A pesar de la música y las voces que se elevan desde abajo, su tono es autoritario.

Me molesta precisamente de la manera equivocada.

—¿Qué harás si no lo hago? ¿Matarme frente a toda esta gente...? —¿Qué puede hacer con tantos testigos? Seguramente, si simplemente me levanto y salgo de aquí...

Un jadeo sorprendido de la camarera precede a un estrépito cuando deja caer la bandeja. Los vasos se hacen añicos. Sus ojos están redondos y abiertos y llenos de horror mientras cae de

rodillas entre los escombros, disculpándose profusamente.

No puedo decir si su horror es por su propio percance o por lo que dije.

Rio la ignora, como si ni siquiera estuviera allí. Ignora al otro personal que se apresura a ayudarla a limpiar el desastre.

En su lugar, se inclina tan cerca de mí que su aliento me roza la mejilla y la oreja cuando habla.  
—Si no te comportas, Bianca, te inclinaré sobre esta barandilla, te levantaré el vestido y te daré la zurra que tan claramente anhelas.

## Capítulo Cuatro

*"Un pájaro enjaulado se posa sobre la tumba de los sueños..."*

Maya Angelou

*Bree/Bianca*

Sus palabras me golpean donde menos lo espero, con una oleada de calor justo entre mis piernas.

*Oh, Dios. No.*

No quiero sentir nada positivo por este monstruo.

Todavía estoy tratando de procesar mi reacción cuando dice:

—Y ni una sola de estas personas, querida —extiende una mano para indicar a todos en las cercanías—, moverá un dedo para ayudarte. Porque, a diferencia de ti, ellos conocen las consecuencias si lo hacen.

Debería estar horrorizada por sus palabras, por mi respuesta. *Estoy horrorizada.*

¿Realmente me azotaría frente a todos, aquí mismo en el club? ¿Por qué mi cuerpo insiste en traicionarme ante ese pensamiento? No entiendo qué me está pasando.

No puedo respirar. Está demasiado cerca.

Me levanto de un salto y rodeo la mesa baja frente a nosotros, poniendo un espacio bienvenido entre él y yo. Ahora estoy justo en la barandilla, la misma sobre la que acaba de amenazar con inclinarme, y me giro alejándome de su mirada indescifrable y agarro el metal plateado con tanta fuerza que me pregunto si podría dejar marcas accidentalmente.

Siento como si hubiera muerto y despertado en una extraña especie de infierno.

¿Quién vive así, con la amenaza de violencia y muerte manchando cada respiración, cada acción? ¿Quién cree que está bien secuestrar a una persona común de la calle, disparar a sus amigos y luego esperar que se siente y beba tranquilamente en un club solo unas horas después, rodeada de personas que llevan armas?

Pero peor que todo eso... ¿qué clase de mujer enferma siente que el deseo enciende sus partes íntimas ante la idea de ser azotada por su secuestrador, frente a una multitud de extraños?

Todos abajo son ajenos a lo que está pasando aquí arriba.

Si grito a todo pulmón, ¿alguien me oirá? ¿A alguien realmente le importará?

Estoy a punto de intentarlo, hasta que lo siento cerca detrás de mí. Ni siquiera tengo que mirar para saber que es él. Su aroma, algún tipo de loción para después del afeitado más sutil de lo que esperaría de un señor del crimen, llega a mis fosas nasales.

*Odio* que huela bien.

Debería oler a muerte.

—¿Por qué estoy aquí, Gregorio?

—Me llamaste Rio antes.

No quiero darme la vuelta y enfrentarlo. *No puedo* enfrentarlo. No todavía. No mientras los pensamientos de ser azotada siguen dando vueltas en mi cabeza.

Miro fijamente a la multitud ignorante. —No sé *cómo* llamarte.

—Rio será suficiente.

—Bien. Rio. Por favor, responde a mi pregunta.

Suspira y se mueve para pararse a mi lado. Le lanzo una mirada, aliviada de que parezca estar enfocado en la multitud en lugar de en mí.

—Estás aquí porque estoy a punto de tener una reunión de negocios que no puedo retrasar, y porque te necesito conmigo cuando lleguen los resultados de tus pruebas de ADN.

—¿Mis... *qué*? —Ahora sí me giro para mirarlo—. ¿Cuándo... *Cómo*...

Inclina la cabeza hacia mí y sonríe con suficiencia. Sus ojos permanecen oscuros e indescifrables, pero sus labios se levantan como si finalmente estuviera disfrutando.

—Mi equipo tiene un sistema de ADN rápido instalado. Están procesando la cinta adhesiva que te quitamos antes, junto con mechones de tu cabello. Los resultados son inminentes, y cuando lleguen, confirmaremos tu identidad contra el ADN de tu última prima restante que murió el mes pasado en prisión.

Hay tantos aspectos impactantes en esa declaración que no sé por dónde empezar.

Si pensaba que tenía problemas para respirar antes, ahora es como si todo el aire del edificio hubiera sido succionado.

—Yo... ah... —Dejando de lado el hecho de que se supone que las pruebas rápidas de ADN solo están disponibles para organizaciones como el FBI...— ¿Entonces no estás seguro de que soy ella? ¿Bianca? Si los resultados no coinciden, ¿me dejarás ir?

—Estoy seguro. Ya hemos probado tu ADN una vez. Esta segunda prueba es solo para confirmar. Tu verdadera familia permitió que tu niñera te llevara y huyera cuando tenías solo seis meses. Justo antes de que la mayor parte de tu familia fuera eliminada, Bianca.

Las palabras burlonas susurran sobre mí, y quiero sollozar. ¿Eliminada? ¿Se refiere a asesinada?

—El rastro se perdió cuando la niñera te puso en el sistema de adopción. Por un tiempo, al menos. Pero encontramos a la niñera, seguimos el rastro, y aquí estás.

Sí, fui adoptada, pero también lo fueron miles de otros. Millones de otros, probablemente.

¿Por qué asume que soy una Carlotti, y al parecer la única sobreviviente?

Mis padres adoptivos me contaron lo que le pasó a mi familia biológica, y no involucraba nada remotamente relacionado con la Mafia o el cartel: mis padres biológicos murieron cuando un conductor borracho embistió su auto con un camión, y cuando mi único pariente restante, una tía abuela anciana, falleció el mismo mes de cáncer, me pusieron en el sistema y eventualmente me adoptaron. No tengo primos que yo sepa. Ciertamente ninguno que haya pasado tiempo en prisión.

Los resultados de ADN no coincidirán; estoy segura de ello. De lo que no estoy tan segura es de

si este loco mafioso realmente me dejará ir. Parece estar obsesionado con que yo sea Bianca Carlotti, quien supongo es alguien que podría desafiar su base de poder, dado que él es el jefe nominal del cartel Agosti-Carlotti.

Una pequeña pieza del rompecabezas encaja en su lugar.

Necesita mantener su posición, y le preocupa que yo pueda amenazarla.

La situación sería risible si no fuera tan aterradora. No puedo creer que esté sucediendo, y no sé cómo hacer que se detenga.

Tiene a la chica equivocada. No soy una Carlotti. Ni en un millón de años.

\*\*\*

*Rio*

Tiene la mirada de un ciervo congelado frente a los faros, pero no puedo tomarme más tiempo para explicar o mimarla. Danelli ha aparecido en el área VIP, lo que significa que Anders ha llegado abajo.

Esperaba la llamada telefónica sobre los resultados del ADN antes, pero no importa. Me ocuparé de los negocios con Anders y luego me enfocaré de nuevo en la chica Carlotti después.

Asiento a mi segundo. *Estoy listo. Hazlo subir.*

Me vuelvo hacia Bianca. —Espera en el bar hasta que termine.

No necesita escuchar esta conversación, aunque debe estar visible. Tan pronto como los resultados del ADN confirmen las cosas, le haré saber lo que realmente necesito de ella, más allá de ser un cebo para el jefe de Anders.

Esta vez no discute, sino que corre al otro lado de la sala y se desliza sobre un taburete en el rincón más alejado del espacio. Bien. Exactamente donde la quiero, aunque es obvio que está tratando de alejarse de mí lo más posible.

Lástima para ella que no haya rincones oscuros donde mi influencia no llegue en esta ciudad.

Vuelvo a captar la mirada de Danelli y hago un gesto con la barbilla en dirección a Bianca, indicándole silenciosamente que la vigile. Después de un momento de vacilación, en el que sigue mi mirada, se acerca a donde ella está sentada, pero sus ojos están curiosos cuando me mira de vuelta. No quiero saber de qué se trata esa mirada.

Entonces suena el timbre del ascensor, y Anders está aquí.

Es hora de olvidar cualquier cosa personal y concentrarse solo en el asunto en cuestión. La posible traición de mi equipo —mi familia— por parte del jefe de Anders, Rossi.

El hombre del traidor y sus dos acompañantes han sido cacheados antes de que se les permitiera subir. Saben que es una condición para reunirse conmigo que dejen sus armas en la puerta.

Igualmente, sé que al menos uno de los tres, si no todos, puede que aún tenga un arma escondida en alguna parte de su cuerpo que mis hombres no detectaron. Yo haría lo mismo si estuviera en su lugar. Nunca entregues voluntariamente todas tus armas. Supervivencia del más apto 101.

Tomo asiento en el sofá que dejó vacante la chica Carlotti, y le hago un gesto a Anders para que se una a mí.

Su mirada está en todas partes, evaluando y calculando, antes de tomar asiento en el sofá frente al mío. No esperaría menos que la vigilancia que muestra. Si Anders no trabajara para Rossi, probablemente le ofrecería un puesto en mi equipo.

Sus secuaces hacen un movimiento para unirse a él, pero dos de mis hombres dan un paso adelante, deteniéndolos.

Anders agita una mano, haciéndoles saber que se queden donde están, cerca del bar. Como si fuera su elección, y no la mía, cómo se desarrollará esta reunión.

Levanto una ceja y espero a que empiece.

—Eres difícil de alcanzar, Rio —dice—. Rossi envía sus saludos y su agradecimiento por acceder a verme esta noche, después de... ya sabes...

Sonríe con un aire falso de amabilidad que no engaña a nadie. Probablemente vio la mano del secuaz de Rossi, con los dedos aún agarrando la pistola, que mi equipo envió de vuelta a Rossi en una caja después del intento de asesinato fallido.

Fui amable. Incluso devolví las balas, aunque en una segunda caja.

Me inclino hacia adelante, apoyando las manos en mis rodillas, y lo miro fijamente con la expresión que sé que algunos han descrito como una visión de muerte inminente.

Su nuez de Adán se mueve mientras traga, y su sonrisa se desvanece hasta desaparecer.

—Accedí a reunirme contigo, Anders, porque tengo un mensaje para tu jefe y necesito que se lo entregues en persona.

Con naturalidad, saco mi pistola de la funda a mi lado y coloco el cañón sobre una rodilla.

—Joder, Rio. No vine aquí para causar problemas...

—Dile a Rossi que tengo a la chica Carlotti —lo interrumpo.

La cabeza de Anders se levanta de golpe, y su boca se abre antes de girar para reevaluar la habitación.

Su mirada se posa en Bianca, sentada sola en el bar con un atento Danelli cerca, sus largas piernas cruzadas de manera elegante. Un pie de tacón alto se mueve en una pequeña señal de nerviosismo. Una cascada de cabello oscuro cae por su espalda, sujeto en la nuca por un clip brillante.

La mejilla y el ojo hinchados no son visibles desde este ángulo, y parece en todo aspecto la segura princesa de la Mafia mientras mira fijamente su bebida, removiendo el contenido distraídamente con una pajita.

Algo desconocido se agita dentro de mí. Lo reprimo. Necesito concentrarme en el asunto en cuestión.

Anders vuelve su mirada hacia mí. —¿Ella? Mierda, tío, ¿estás seguro? Todo el mundo la ha estado buscando durante años.

—Y yo la encontré. —Miro mi Rolex. No es necesario que sepa que aún tengo que recibir la confirmación del ADN—. Nos casaremos dentro de una semana, y la unión Agosti-Carlotti será oficial e irrevocable. El cártel será mío. Dile a tu jefe que si desea seguir haciendo negocios en

este estado, será mejor que se retire ahora. Ha perdido, pero hay oportunidad para ambos, si se mantiene en línea.

—*Tu línea, quieres decir. No le va a gustar eso.*

Anders está pálido, mi mensaje es claro, pero necesita fingir un poco para salvar las apariencias. No me molesto con eso. El ego de Anders es problema de Carlos, no mío.

—Sí. Mi línea. Y no me importa si a Carlos le gusta o no. Puedes irte. —Asiento a Danelli, y varios de mis hombres dan un paso adelante para asegurarse de que los tres visitantes sean escoltados fuera.

Cuando se han ido, me reclino, satisfecho. No se requirió derramamiento de sangre, al menos por esta noche.

Poner a Bianca junto al bar no solo fue para evitar que escuchara nuestra discusión. Era para darle un lugar donde refugiarse, en caso de que Anders o sus hombres decidieran que preferían disparar primero y hacer preguntas después.

Mi teléfono suena en ese momento con el mensaje que he estado esperando.

Leo el texto y abro el informe que lo acompaña antes de mirar a Bianca. Ella me está mirando con una mirada tormentosa que se transforma en confusión, y luego en miedo absoluto, mientras mira el teléfono en mi mano y vuelve a encontrarse con mis ojos.

Sonrío, un depredador con su presa.

Bianca Carlotti está a punto de llevarse la sorpresa de su vida cuando le muestre estos resultados.

Es hora de establecer permanentemente el cartel Agosti-Carlotti, y poner en marcha este maldito juego de matrimonio.

## Capítulo Cinco

*«Casi todos los hombres pueden soportar la adversidad, pero si quieres poner a prueba el carácter de un hombre, dale poder».*

Abraham Lincoln

*Bianca*

Miro fijamente los resultados de ADN que confirman que soy Bianca Carlotti, la última heredera de la familia criminal Carlotti.

—Ah-ah. De ninguna manera —niego con la cabeza.

Una vez que empiezo, parece que no puedo parar. Niego y niego hasta que Rio extiende la mano y me agarra la barbilla para detener el movimiento.

—Eres ella. Ya lo sabía aquí —se golpea el pecho con el puño—. Estos resultados lo confirman.

—Son falsos. No te creo.

Las náuseas me revuelven el estómago. Parece que me estoy haciendo costumbre vomitar desde que caí en esta pesadilla más temprano hoy. Menos mal que no he comido nada en horas y no me queda una mierda en el estómago para devolver.

—No me importa si me crees o no. Necesitaba saberlo, y ahora lo sé. Así que, así es como va a desarrollarse esto, Bianca.

Abro y cierro la boca. Afirmar que soy Bree Walker parece discutible en este punto. Nadie lo cree aquí, excepto yo. Y estos resultados...

Miro de nuevo el informe. Esto no es una organización improvisada que inventó algo. Este informe proviene de una de las instalaciones médicas más prestigiosas de Boston.

A menos que el membrete también sea falso.

¿Mis padres biológicos eran realmente de la Mafia? No puedo imaginarlo. Todo el concepto está tan alejado de la vida que siempre he conocido que parece una idea ridícula.

Levanto la mirada hacia los ojos de Rio, y por primera vez, veo algo más que vacío. Está emocionado por esta noticia de una manera que me asusta aún más.

Me asusta y me emociona. Y no quiero sentir *nada* en esa dirección.

—Cuando dices que esto va a desarrollarse... Eh, ¿puedo volver a casa en algún momento?

Incluso mientras hago la pregunta, sé que la respuesta será una que no quiero escuchar.

Parece casi compasivo antes de que sus labios se levanten ligeramente en las comisuras.

—*Ya estás* en casa. Esta es tu vida ahora. Deberías empezar a hacerte a la idea, porque no va a cambiar.

—¿Vivir encima de un club, encerrada en la suite de arriba, con qué propósito?

No sé por qué sigo presionando, provocándolo. Su reputación puede ser legítima en los medios

estos días, pero las historias oscuras del pasado permanecen. Gregorio Agosti no es alguien a quien antagonizar. De ninguna manera, forma o modo. Los que lo hacen tienden a terminar «desaparecidos».

Y no quiero desaparecer. Acabo de cumplir veinticinco años. Me *gusta* la vida.

—No aquí. Te llevaré a la finca de mi familia por la mañana, y luego, eventualmente, nos casaremos.

—Vale —no quiero decir, *vale, estoy de acuerdo*. Mi cerebro simplemente deja de funcionar, y no me queda más que entumecimiento.

Vale en este caso significa, *literalmente no tengo idea de cómo pensar, sentir o responder a lo que acabas de decir, monstruo psicópata*.

Mi silencio no parece desconcertarlo. —Así es como va a desarrollarse esto, Bianca. Te convertirás en mi esposa, y yo obtendré el control del cartel Carlotti de una vez por todas. Legalmente. Porque lo firmarás a tu nuevo esposo como regalo de bodas.

Después de que me despide y uno de sus hombres me devuelve a la suite de arriba, sus palabras se repiten una y otra vez en mi cabeza.

La mujer que trajo la ropa antes regresa en algún momento con más ropa y una bandeja de comida. Estoy sentada en el sofá, acurrucada en la esquina abrazando mis piernas, cuando la puerta se abre con un clic y ella entra.

—Necesitas comer, jovencita.

Miro fijamente mis uñas de los pies pintadas de rojo. Me las pinté esta mañana antes del trabajo... *Ayer* por la mañana, corrijo, mirando el reloj sobre el escritorio y dándome cuenta de que son más de las 2:00 a.m. Pensé entonces, cuando añadí el color rojo brillante a las puntas de mis dedos, que era divertido agregar un poco de brillo para mi cumpleaños, una ocasión para pasar con mis amigos.

No encarcelada aquí por un maníaco sexy que insiste en que soy la hija perdida hace mucho tiempo de un cartel que obviamente pretende controlar mediante el matrimonio.

Aprieto mis manos contra mis piernas. —Gracias, pero no tengo hambre.

—No. Vas a comer —deja caer la bandeja sobre la mesa de café y desliza toda la mesa más cerca de mí, gruñendo mientras lo hace—. Me quedaré hasta que termines.

Se cruza de brazos, con aspecto resuelto.

Santo cielo, ¿esta pesadilla va a terminar alguna vez?

Me siento correctamente y estudio la bandeja. Al menos el sándwich es ligero; dada la hora, no quiero intentar forzar una comida grande. Soy una persona madrugadora. Normalmente me levanto y desayuno solo unas horas después de ahora.

¿Qué es *normal* ahora? Una vocecita en mi cabeza interviene, la que siempre me lleva por el camino equivocado cuando la escucho.

¿Y si realmente está diciendo la verdad?

Seguramente no.

Es decir, he oído hablar de la familia Carlotti, por supuesto, y de lo que les sucedió. Creo que incluso puede que se haya hecho una miniserie de televisión en algún momento. Cualquiera que haya crecido en esta ciudad conoce al menos algo de las familias criminales que manejan las cosas desde las sombras.

Pero no hay nada en mi historia que insinúe que soy la que se escapó. La bebé que, según los rumores, fue arrojada al río y se ahogó, o fue llevada por la niñera antes de que el resto de la familia fuera asesinada en una cena. Todo dependía de quién contara la historia para saber qué se decía.

Siempre me gustó la idea de que la bebé fuera rescatada. Esa versión habla de mi propio comienzo en la vida.

*Así que es posible*, me provoca la voz interior.

Tenía seis meses cuando me entregaron a una agencia de adopción dirigida por la iglesia en South Boston.

Las náuseas llenan mi estómago, una vez más, pero esta vez las ignoro y me meto trozos de sándwich de mantequilla de cacahuete en la boca, sintiéndome lo suficientemente obstinada como para mirar con enojo a la mujer mayor mientras lo hago.

Ella pone los ojos en blanco y su boca se adelgaza, pero al menos permanece en silencio hasta que termino.

No quiero admitir que me siento menos nauseabunda una vez que he comido. En su lugar, solo agarro la taza de té de la bandeja y envuelvo mis manos alrededor de su agradable calor, girándome para mirar hacia las llamas falsas en la chimenea para no tener que ver más su cara de juicio.

Unos minutos después, se marcha, y lanzo un suspiro de alivio.

Si tan solo el resto de esta situación se resolviera tan fácilmente.

El problema es que, con Rio y la gente que lo rodea, mi muerte puede ser la única salida de este escenario completamente jodido.

\*\*\*

*Rio*

Casi logro convencerme de que estoy revisando a Bianca porque es mercancía valiosa.

Pero no hay necesidad de que yo haga esto. Tengo personal para trabajos menores, y una revisión a Bianca debería ser algo menor.

Sin embargo, hay algo en ella que me atrae. Algo que no deseo nombrar.

Se ha cambiado al conjunto de pijama que le dejaron mientras estábamos en el club. Un camisón color marfil que termina justo por encima de las rodillas, con algún tipo de chaqueta que no hace nada para ocultar el relieve de sus pezones bajo la tela de satén.

Recorro su cuerpo con la mirada, y no estoy seguro de que ella se dé cuenta de que su gesto protector de cruzar los brazos sobre su vientre en realidad resalta en lugar de disimular sus delicadas curvas.

Es muy delgada, nada parecida a las mujeres generosamente curvilíneas que disfruto en mi cama. No hay nada en ella que justifique la ola de lujuria que me recorre; nada que encienda el interés hasta el punto de que no pueda mantenerme alejado.

Me obligo a considerarla con una mirada imparcial. Al menos comió el refrigerio que le envié. La ama de llaves me informó de eso hace media hora.

Pero eso parece ser el límite de su cooperación. Ahora mismo, sus ojos respiran fuego, y todo su cuerpo tiembla mientras me enfrenta.

—Quiero dejarlo claro, Rio. Nunca aceptaré casarme contigo. Por ninguna razón. Eres un monstruo —inhala bruscamente en esa última palabra, como si temiera haber ido demasiado lejos.

Con cualquier otra persona, lo habría sido.

Me acerco, asegurándome de que lea la verdad en mi expresión.

—Soy un monstruo. Nunca deberías olvidarlo.

Extiendo la mano para tocar su mejilla, trazando la delicada estructura ósea y preguntándome si alguna vez será lo suficientemente fuerte para vivir esta vida que he planeado para ella. Se siente tan cálida y suave. Aparto mi mano de sus frágiles facciones y me doy la vuelta. Si no lo hago, no estoy seguro de lo que pueda hacer.

—Te casarás conmigo.

—No —hay una nota en su voz que no entiendo. Desafío, y algo oscuro subyacente que no puedo descifrar.

Me giro para enfrentarla.

Se lame los labios, y su mirada cae sobre los míos. La ola de lujuria en mi entrepierna se enciende en algo mucho menos sutil.

Avanzo hacia ella, y retrocede, y sigue retrocediendo hasta que llega a la pared junto a la puerta del dormitorio. Me acerco, colocando una mano a cada lado de su cabeza y extendiendo mis dedos sobre la pared.

Su cabello oscuro cae suavemente alrededor de su rostro y sobre sus hombros. Su respiración es frenética, sus pechos se elevan y caen contra mi camisa de seda. Sus labios están entreabiertos, y su mirada sigue en mi boca, a solo centímetros de la suya. Su dulce perfume cítrico llega a mis fosas nasales.

Cierro los centímetros restantes entre nosotros y rozo mis labios contra los suyos.

Suave, tan suave, pero la promesa de algo mucho menos dulce está allí en el pequeño gemido que escapa de su garganta. Muevo una de mis manos para agarrar su cuello, manteniendo mi agarre ligero. Su pulso late rápido bajo mis dedos, y su cabeza se inclina ligeramente hacia atrás, como si me diera permiso para más.

La fragilidad que percibí en ella ha desaparecido. De alguna manera, se ha esfumado en el espacio de unos segundos.

—Te odio tanto —susurra contra mi boca.

Sonrío, sintiéndome cruel.

—Bien. Deberías.

Muerdo su labio inferior, no lo suficientemente fuerte como para sacar sangre, pero sí para provocar otro pequeño sonido de Bianca.

Libero su boca, pero permanecemos así por un momento o dos más antes de que me aparte, quitando mi mano de su cuello para permitirle deslizarse y alejarse de mí si lo desea.

No se mueve. Simplemente se apoya allí contra la pared, mirándome, con las manos cerradas en puños a sus costados.

Mi corazón se salta un latido. Esa mirada en sus ojos no es temerosa ni confusa. Es oscura y llena de pasión y rabia. Mi polla se hincha, pesada e incómoda, y casi libero un gemido por la dificultad de volver a controlar mi cuerpo.

—Déjame, Rio —dice, con la voz ronca—. Necesito dormir ahora.

*Joder.* Si cualquier otra persona me ordenara salir de una habitación...

Mis puños también se cierran, y me concentro en respirar uniformemente, antes de decidir darle algo de margen esta vez. Aún no conoce las reglas de este mundo. Pero las conocerá.

Me doy la vuelta y me dirijo a la puerta, con la intención de sacar su presencia de mi cabeza una vez que salga de aquí.

—Hablaba en serio. Te *casarás* conmigo —digo cuando llego a la entrada.

Mi voz es suave, pero ella se estremece.

Decido agregar un incentivo.

—Si no lo haces, Bianca, me aseguraré de que el refugio de animales donde trabajabas sea cerrado, y que nadie que trabajó allí vuelva a encontrar trabajo en este estado. Nunca. Siempre hay consecuencias por tus acciones. ¿Entiendes, pajarito?

## Capítulo Seis

«Nunca estamos atrapados a menos queelijamos estarlo».

Anais Nin

*Bianca*

*Tus acciones tienen consecuencias.* El tono cruel de Rio reverbera por la suite mucho después de que se haya ido. *Te casarás conmigo.*

Aprieto la sedosa colcha mientras revivo esa pequeña escena. Sobre mi puto cadáver.

Mi puto cadáver que late de deseo después de ese delicioso y monstruoso casi beso.

¿Qué me pasa?

Llevo mis dedos a mis labios, aún sintiendo su esencia a mi alrededor. Sobre mí. Puedo oler su sutil aroma cada vez que me muevo. Mi labio inferior duele donde lo mordió, pero con un dolor que es más un recordatorio del beso que un verdadero daño.

He oído hablar del síndrome de Estocolmo. ¿Quién no? Pero esto no es eso. *Odio* a Gregorio Agosti con pasión. El hecho de que mi cuerpo lo desee, independientemente de su comportamiento, me repugna.

No quiero desear a un monstruo.

Me dejo caer contra las almohadas, pensando en cada momento desde que sus matones me arrebataron de la calle.

¿Podría estar diciendo la verdad? Si asumo por un momento que lo es, y realmente soy la heredera Carlotti desaparecida, ¿importa? ¿Hará que su comportamiento sea más excusable o cambiará lo que quiero de esta situación?

*Ni de coña.*

Quiero volver a casa, a mi propia vida, y no tener nada que ver con este loco ambiente lleno de crimen organizado y hombres musculosos de la mafia que creen que pueden gobernar su pequeño mundo con puño de hierro y amenazas de violencia y muerte.

Parece que no tengo otra opción que seguir su plan. Por ahora. Pero Rio no me conoce tan bien como cree.

Puede que haya o no empezado la vida como Bianca Carlotti, pero seguro que no pienso quedarme sentada y aceptar el papel que quiere que interprete.

No puede vigilarme las veinticuatro horas del día, y en el momento en que cometa un error, me largaré de aquí. Directa a los federales. Puede que encienda mi cuerpo involuntario con su maldito y molesto carisma sexual, pero no me importa. Haré que encarcelen al monstruo por todo lo que pueda inculparlo.

Y me reiré cuando se lo lleven esposado.

\*\*\*

Vienen a buscarme a las diez de la mañana siguiente. Apenas dormí, excepto unas pocas horas cerca del amanecer. Me he levantado, duchado y vestido desde las ocho, y cuando el ama de llaves trajo una bandeja con el desayuno poco después, me aseguré de comerlo todo. Necesito mantener mis fuerzas si quiero salir viva de esto.

Dijo que me llevarían a la finca familiar a las afueras de la ciudad. Por alguna razón, espero ver a Rio en la limusina negra cuando me escoltan dos de sus hombres escaleras abajo, pero no hay nadie dentro, aparte del conductor en el frente detrás del cristal tintado.

Al principio, mi corazón da un vuelco cuando me doy cuenta de que podría tener la oportunidad de escapar en una parada de semáforo, pero entonces los dos matones me siguen y toman asiento frente a mí.

Me miran con idénticas miradas en blanco, y me pregunto cuánto les paga y qué tipo de trabajo sucio hacen para él. Escoltarme a la casa familiar de Rio debe parecer un paso atrás desde... lo que sea que haga el músculo de la Mafia a diario.

—Gracias, chicos. Es agradable viajar *dentro* del vehículo esta vez en lugar de en el maletero —bromeo en un momento dado, pero no hay respuesta, así que me hundo en el asiento de cuero y miro por la ventana de cristal oscuro.

El viaje hacia el oeste y luego hacia el sur dura menos de una hora. Un vistazo a las señales de tráfico indica que estamos en algún lugar cerca de Dover cuando finalmente nos desviamos de la carretera y nos detenemos frente a la entrada de lo que solo puedo describir como una especie de complejo. Hay un muro alto que se extiende en cada dirección, y las altas puertas de hierro forjado negro están firmemente cerradas.

Es decir, hasta que el conductor habla en un sistema de intercomunicación y las puertas se abren para permitirnos entrar.

Cuando miro por la ventana trasera una vez que pasamos al interior, las puertas ya se han cerrado. Los muros escondían un hermoso jardín con un ligero toque tropical. ¿Cómo lo mantienen así en los meses más fríos? ¿Tan verde y exuberante y lleno de color? ¿Quizás es tan rico que simplemente arrancan todo y vuelven a empezar cada temporada?

Lo bueno es que cada ventana de la gran casa que se ve más adelante debe dar a pura belleza. ¿Lo malo? ¿Cómo diablos voy a escapar de este lugar?

El camino de entrada se curva hacia arriba y alrededor hasta una gran entrada con pórtico. Nos deslizamos hasta detenernos frente a enormes puertas dobles que se abren instantáneamente para revelar a alguien listo para recibirnos. ¿Otra ama de llaves? Está flanqueada por dos hombres de traje que parecen lo que deben ser. Músculo contratado con fines de seguridad.

Genial.

Uno de mis matones abre la puerta y sale de la limusina, indicándome que lo siga.

Cuando estoy fuera, me tomo un momento para alisar mi vestido y mirar alrededor. No puedo ver nada excepto altos muros en la distancia más allá del jardín. Finalmente, vuelvo mi mirada a la mujer que espera en lo alto del corto tramo de escaleras.

—Pasa, Bianca. Tu suite está lista. Gregorio volverá a tiempo para cenar contigo, así que tendrás la tarde para familiarizarte con tu nuevo hogar.

Un dolor de cabeza presiona mis sienes, y trabajo mi mandíbula para evitar rechinar los dientes.

No puedo creer que ayer a esta hora estaba en mi trabajo en el refugio, bañando y desparasitando a uno de los nuevos gatos recién llegados y preguntándome si Dave finalmente se armaría de valor para invitarme a salir.

Dave. Y Shelley. Una sensación de malestar se asienta en mi estómago. Rio dijo que estarían bien, pero ¿puedo creerle?

Subo los escalones de la entrada y entro en la casa sin responder a la mujer, quien para ser honesta no parece esperar una respuesta. ¿Quizás secuestra mujeres y las trae a casa regularmente?

En el fondo, sé que no es así. No estoy segura de cómo lo sé, pero lo sé.

Rio Agosti es todo negocios, y traerme aquí contra mi voluntad, con el objetivo de casarse conmigo, parece una respuesta ridículamente ilógica —incluso emocional— a una situación que no estoy segura de entender completamente.

¿Cómo puede esperar ganar el control del imperio empresarial Carlotti simplemente casándose conmigo? ¿Así es como funcionan los negocios de la Mafia? ¿Dos personas se casan y luego el hombre automáticamente gana el control del imperio de la mujer, quiera ella entregarlo o no?

Suena arcaico, como algo de la época medieval en la que las mujeres no tenían derechos en absoluto.

Tiemblo y me abrazo.

Así es exactamente como suena, y de alguna manera, estoy atrapada en medio de una pesadilla de la que no sé cómo salir.

\*\*\*

Una vez dentro, me detengo y evalúo mi entorno. Estoy en un enorme vestíbulo de entrada con suelo de mármol blanco y negro y grandes columnas que llegan hasta techos altos, todo lo cual grita dinero y grandeza. Los muebles son ornamentados y no de mi gusto —todo cuero blanco y madera profusamente tallada— pero su opulencia combina con la decoración.

No tengo la oportunidad de explorar la planta baja en este momento. El ama de llaves hace un gesto hacia una gran escalera curva, sobre la cual cuelga la lámpara de araña más grande que he visto jamás. Estiro el cuello mientras la sigo escaleras arriba, mirando la luz brillante.

Por lo que sé, esa lámpara de araña podría estar hecha de diamantes en lugar de cristales. Parece encajar con la necesidad de Rio de un esplendor ostentoso tener algo así especialmente hecho.

Los tipos de seguridad se quedan abajo, y estoy agradecida por ese pequeño respiro. Esos bultos de armas en sus chaquetas son intimidantes, por decir lo menos.

En la parte superior de las escaleras hay un largo pasillo alfombrado. A mitad de camino, la mujer se detiene frente a un juego de puertas dobles y abre una de ellas con una llave que saca de un bolsillo.

—Esta será tu suite, hasta que Gregorio indique lo contrario —dice con calma.

—De acuerdo —hablo por primera vez desde que llegué—. Gracias.

Quiero decir, no es su culpa que su empleador sea un monstruo.

Sus cejas se levantan como si la hubiera sorprendido.

—De nada —dice en un tono ligeramente más cálido—. Debo decir que no eres lo que esperaba cuando Gregorio explicó la situación.

Apuesto a que no lo soy. ¿Había imaginado una perfecta princesa de la Mafia? ¿Alguien que pudiera colgarse del brazo de Rio como una posesión brillante y complaciente, y permanecer en silencio excepto cuando se le hablara?

—¿Te dije que sus hombres dispararon a mis amigos cuando me secuestró de la calle? —Inesperadamente, mis ojos se llenan de lágrimas, y parpadeo con fuerza.

He estado tratando de mantener ese recuerdo lo más reprimido posible.

*Están vivos. Recuerda eso.*

Su boca se afina, e ignora mi pregunta.

—Te dejaré instalarte y explorar. Toca el timbre sobre la chimenea cuando estés lista para el almuerzo. Te lo traerán.

Señala a través de la puerta hacia mis habitaciones, luego se gira para irse.

—¿Cómo te llamas? —pregunto rápidamente, preguntándome si me ayudará a escapar si establezco una conexión personal.

—Soy Francine —dice. Su mirada se cierra—. Por favor, no intentes irte, Bianca. Hay más guardias aquí de los que puedas imaginar, y no deseo verte herida. Mi sobrino estaría muy disgustado si su futura esposa resultara dañada.

*¿Mi sobrino?*

Se aleja por el pasillo, dejándome boquiabierta tras ella.

Está bien, entonces. Tacha a la tía Francine de la lista de personas que podrían ayudarme. Vuelvo a tener solo un nombre en esa lista.

Yo misma.

\*\*\*

*Rio*

—Está hecho, Gregorio. Ella está dentro —el tono de mi tía es difícil de interpretar, y maldigo la reunión que me mantuvo aquí en la ciudad hasta tarde en el día.

Hubiera preferido estar en la finca en persona para juzgar la reacción de Francine ante Bianca. Suena... insegura.

—Bien. ¿Algún problema? —Golpeo con mis dedos el escritorio de madera, esperando su respuesta.

¿Por qué mi tía está insegura? Pienso en cuántas veces Bianca ha aparecido en mi mente desde que la dejé anoche.

Muchas más veces de las que quisiera.

Un ceño fruncido baja mis cejas. ¿Qué tiene ella que me afecta tanto? Pero entonces, tal vez no soy yo. Tal vez es Bianca quien tiene un efecto inquietante en todos los que conoce. ¿Es por eso que mi tía suena como suena ahora mismo?

—No hubo problemas, Gregorio. Pero tiene una actitud. No es respetuosa contigo. Y no parece entender completamente su situación. ¿Estás seguro de que es la correcta...? —Francine se interrumpe, como si se diera cuenta de su error al cuestionarme.

—Es ella —mi tono es frío para recordarle que nunca cometería un error de principiante como identificar erróneamente a la heredera Carlotti—. Y no lo entendería. No todavía. No se le ha explicado adecuadamente. Un hecho que pretendo rectificar esta noche durante la cena. Asegúrate de que todo esté listo para mi llegada.

Presiono el botón para terminar la llamada, y luego junto las puntas de mis dedos mientras considero cómo proceder mejor.

El matrimonio con Bianca será una transacción comercial, nada más. Y en los negocios, soy conocido por mi naturaleza despiadada. Eso es en lo que necesito concentrarme esta noche.

No en la forma en que su cabello cae tan suavemente por su espalda. No en la forma en que sus ojos cambian entre una inocencia atractiva y una pasión llena de rabia en sus profundidades. Definitivamente no en el ligero aroma cítrico que, incluso ahora, horas después, persiste en mis fosas nasales.

Dejo escapar un gruñido y me giro hacia el mueble bar para servirme un whisky.

*Concéntrate.*

Pronto, poseeré a la princesa Carlotti, y el plan en el que he estado trabajando durante más años de los que me importa recordar finalmente se hará realidad.

## Capítulo Siete

*«La venganza es dulce y no engorda».*

Alfred Hitchcock

*Bianca*

Paso el resto del día explorando la suite que me han asignado e intentando averiguar cómo escapar.

El espacio consta de varias habitaciones decoradas lujosamente, todas con grandes ventanales del suelo al techo que dan a un largo balcón. Me aventuro a salir al balcón en el fresco aire de la tarde y descubro que la finca familiar de Rio da a la orilla de un río, con vistas que serían impresionantemente hermosas si no fuera por las circunstancias que rodean mi llegada aquí.

Hay un sendero que conduce desde la casa hasta un muelle de desembarco en el río. Supongo que tiene un barco, o varios, por lo que sé, pero no hay nada atracado allí en este momento.

Considero trepar por la barandilla y de alguna manera deslizarme por la pared, pero me doy cuenta de la futilidad de ese pensamiento cuando noto hombres con walkie-talkies en mano, obviamente patrullando los terrenos.

Uno de los hombres tiene un perro grande atado, y en un momento se detiene y mira hacia mí.

Al principio, me encojo ante su escrutinio cubierto por gafas de sol, pero luego controlo mis nervios y me muevo hacia adelante para agarrar la barandilla del balcón y mirarlo fijamente.

Puede que esté completamente fuera de mi elemento, asustada de que me maten en cualquier momento e insegura de cómo, o si alguna vez saldré de esta situación, pero me niego a mostrar ese miedo a ninguno de estos matones.

Así que, levanto la barbilla y lo miro con furia, y después de varios segundos, él y el perro se mueven hasta que desaparecen entre los árboles.

Cuando cae la noche, Francine aparece en la puerta de mi suite.

—Rio espera que se vista para la cena. Está lista a las siete y media, Bianca.

Después de que se va, reviso la puerta, asumiendo que estará cerrada, pero me sorprendo al encontrarla abierta. Salgo al pasillo, con el corazón latiendo fuertemente mientras recuerdo lo que sucedió la última vez que intenté esto en el club. El pecho de Rio era tan duro e implacable.

Me arrastro silenciosamente por el pasillo alfombrado hasta el conjunto de escaleras que usé esta mañana. Estoy a mitad de camino, conteniendo la respiración, cuando un hombre aparece aparentemente de la nada y me estudia desde la base de la escalera.

Sus manos están cruzadas calmadamente frente a él, y no hay animosidad particular en su expresión, pero el mensaje es claro. Ese camino también está cerrado para mí.

Las lágrimas brotan y trago con dificultad mientras regreso a mis habitaciones, tratando de mantener mis emociones bajo control. Las lágrimas caen de todos modos, deslizándose por mis mejillas, y me apresuro al baño y me desvisto, decidiendo meterme bajo la ducha para ocultar

mis sollozos de cualquiera que pueda estar escuchando.

Por lo que sé, toda mi suite podría estar equipada con micrófonos y cámaras para vigilar cada uno de mis movimientos.

Es como si hubiera quedado atrapada en una pesadilla interminable. No puedo ver ninguna manera de despertar y volver a la realidad.

Me siento en la base de la ducha, dejando que el agua caliente corra sobre mis hombros y espalda.

—Soy Bree —susurro, una y otra vez—. Bree Walker. Incluso si nací como Bianca, ya no soy ella. Y no quiero casarme con un asesino.

\*\*\*

A las siete y media en punto, un golpe en la puerta de mi suite indica que es hora de lo que sea que Rio haya planeado para mí. Mi ritmo cardíaco se dispara.

Después de estudiar la casi interminable variedad de opciones de ropa en el enorme vestidor (de hecho, ni siquiera puedo llamarlo vestidor; es toda una habitación), elijo un sencillo vestido recto color marfil y unos tacones nude.

Probablemente quiere que me vista como algún tipo de vampiresa, pero para alguien más acostumbrada a jeans y camisetas, esto es lo más elegante que puedo lograr para un hombre que detesto.

Me aplico un poco de maquillaje sobre la mejilla (la hinchazón ha disminuido, pero los moretones se han hecho más visibles) y dejo mi cabello suelto, dejándolo caer sobre mis hombros y espalda. Puede ayudar a ocultar algunas de mis emociones si no puedo contenerme durante la cena.

Francine levanta una ceja y frunce los labios cuando me ve, pero no dice nada. Me escolta escaleras abajo y a través del vestíbulo hasta un gran comedor sin que se diga una palabra entre nosotras. Claramente, no he pasado la prueba con mi elección de vestido para la noche.

Qué lástima, tía.

Rio ya está esperando en la habitación, de pie junto a un aparador con tapa de mármol y sirviéndose una bebida. Parece que viene directamente de la oficina, con pantalones de traje color carbón y una camisa blanca, aunque sin corbata ni chaqueta.

Hay un cansancio en la línea de sus hombros que no había notado antes, y sin embargo, cuando se gira y me estudia, el cansancio desaparece instantáneamente.

Me examina de pies a cabeza y de vuelta, pero no puedo leer nada en su rostro más que su habitual impasibilidad.

—¿Una copa? —dice finalmente, levantando la licorera en su mano.

El líquido en su interior es de color rubí, y asumo que debe ser vino tinto, tal vez dejado para respirar por algún leal miembro del personal.

—Claro —me encojo de hombros, preguntándome cómo se desarrollará esta noche.

¿Será civilizada en la superficie, con la pretensión de que somos una pareja ordinaria de

prometidos enamorados y ansiosos por planear nuestra boda?

—Siéntate —dice Rio, entregándome una copa de vino y señalando uno de los lugares preparados en la mesa—. Hablaremos de términos durante la cena.

Supongo que la civilidad está sobrevalorada en su mundo.

Quiero permanecer de pie, solo para contrariarlo, pero ¿cuál sería el punto? Tomo asiento donde me indica, en uno de los dos lugares preparados en una mesa de comedor que debe tener capacidad para unas veinte personas cuando está llena.

—Entonces, ¿esta es la finca de tu familia? —Ante su asentimiento, añado—: ¿Dónde está tu familia, entonces? No he visto a nadie hoy excepto a tu tía y a los tipos de seguridad.

Se mueve a su lugar, directamente frente a mí, y se toma su tiempo para sentarse. —Tengo dos hermanos menores, ambos ausentes por asuntos familiares en este momento. Mi hermana está en su último año de internado y se unirá a nosotros cuando se gradúe. Vivirá aquí hasta que le asegure un matrimonio adecuado. Mi tía y su hijo Tommaso también viven aquí, aunque Tommaso también está fuera visitando a la familia en Italia.

—Esa es toda la familia que tengo o necesito, Bianca. Mi papel es liderar el negocio y asegurar su supervivencia en este mundo despiadado en el que vivimos.

Hay tanto mal en esa breve explicación que no estoy segura de cómo responder. Su pobre hermana. ¿Un matrimonio arreglado? No quiero provocarlo demasiado, pero hay una omisión evidente en su explicación.

—¿Y tus padres? —pregunto—. ¿Dónde están...?

Me clava esa mirada aterradora que secretamente he apodado su expresión casi muerta, y desisto de terminar la frase.

—Lo siento —digo, agachando la cabeza para dar un rápido sorbo de vino.

El alcohol no hace nada para calmar mis nervios.

No responde. En su lugar, nos sentamos en un silencio incómodo hasta que un camarero entra en la habitación y sirve nuestro primer plato. Es sopa, pero no tengo idea de qué tipo aparte de notar que es verde. Estoy demasiado tensa para identificar el sabor. La perspectiva de cenar frente a este hombre se está volviendo más difícil por segundos.

No es hasta que el camarero sale de la habitación que él inclina la cabeza hacia un lado y dice en un tono conversacional:

—No tengo padres, Bianca. Fueron asesinados hace mucho tiempo por uno de mis rivales de negocios. Tú, pajarito, vas a formar parte de mi plan de venganza.

\*\*\*

*Rio*

Muchos pensamientos dan vueltas en mi cabeza mientras avanza la cena. El que más me molesta es la forma en que mi corazón pareció saltarse un latido cuando Bianca entró al comedor.

No permito nada en mi vida que amenace mi autocontrol. Claramente, la presencia de Bianca hace precisamente eso. Y sin embargo, la necesito aquí para asegurar el negocio Carlotti de

manera legal y apuntalar la base de poder de los Agosti para que nadie pueda arrebatársela.

Con ese vestido casi blanco, su cabello cayendo por su espalda como una cascada oscura, y tan poco maquillaje que puedo ver un puñado de pecas en el puente de su nariz, así como el moretón púrpura en su pómulos donde el hombre de Danelli la golpeó, no se parece en nada a las mujeres de mi mundo.

Es inocente e ingenua, y si hubiera otra forma de obtener lo que necesito, la dejaría ir.

No la hay.

Si no la uso yo, lo hará uno de mis rivales. Y serán menos indulgentes que yo en cuanto a cómo será tratada.

La inocencia de Bianca es solo un activo en este mundo, hasta que alguien la asegure para sí mismo.

Necesito asegurarme de que ese alguien sea yo.

Espero hasta que se sirvan el postre y el café antes de hablar sobre el asunto.

—Hay una reunión más tarde esta noche en la que necesito que estés presente —digo.

Ella salta en su silla, como si mi voz misma la asustara, pero luego su boca se fija en una línea terca y me lanza una mirada que dice muy claramente que no me tiene miedo. Emite tantos mensajes contradictorios que no puedo descifrarla del todo.

—¿Qué tipo de reunión, y por qué me necesitas allí, Rio?

—Una reunión de negocios. Deseo presentarte como mi prometida, y necesito que cooperes con ese concepto.

—Hmm. —Se golpea los labios con un dedo, la acción atrayendo instantáneamente mi atención hacia su boca.

Quiero devorar esa boca hasta que esté hinchada y suplicándome más. Y luego la quiero envuelta alrededor de mi polla mientras hundo mis dedos en su hermoso cabello y guío su cabeza mientras me da placer.

Me muevo en mi silla, ignorando el deseo que comienza a endurecer mi carne. —Hablabas en serio antes, Bianca. Habrá graves consecuencias para aquellos que te importan, si no cumples con mis deseos.

—Oh, sí. Te creo. —Levanta su taza de café y da un sorbo, antes de devolverla al platillo con una fuerza que amenaza con romper la porcelana—. Seguiré tu ridícula idea, por ahora. Pero por favor, créeme cuando te digo que haré todo lo que esté en mi poder para evitar casarme contigo. Te odio, Rio, más de lo que he odiado a nadie en mi vida. Y la idea de casarme contigo? Me revuelve el estómago. Preferiría sacarme los ojos con un tenedor antes que soportar tu toque... Oh...

Se interrumpe cuando me pongo de pie de un salto, y se lleva una mano a la garganta cuando rodeo la mesa. La agarro por la parte superior de los brazos y la levanto de la silla, atrayéndola contra mí para que no haya ninguna duda en su mente sobre el efecto que sus palabras tienen en mí.

Ella me mira, su expresión una mezcla de miedo, furia y deseo involuntario. La hinchazón en su ojo herido ha disminuido, aunque el moretón aún se está formando. En cierto modo, hace que el inusual color de sus ojos resalte más.

Cuando le sonrío, casi puedo escuchar el gruñido de rabia que sé que quiere estallar de ella.

—¿Mi toque te repugna, dices? —Presiono mi erección contra su estómago, y sus ojos se entrecierran.

—Tu pasión puede ser alimentada por el placer o puede ser alimentada por el odio, pero no puedes ocultar tu necesidad, Bianca. Lo siento, y ahora conoces mi respuesta.

—No...

—Oh, pajarito. Sí. —Me inclino, probándola, y rozo mis labios contra los suyos.

Un pequeño sonido de maullido se le escapa, y no se aparta.

—No quiero querer. —Su voz es tan débil que casi no está ahí, y sus ojos brillan con lágrimas contenidas—. Te odio a ti y a todo lo que representas.

—Lo sé. Y deberías. Pero jugarás tu papel esta noche, Bianca, porque si no lo haces...

—Bastardo.

La bofetada en mi mejilla viene de la nada. Capturo su muñeca, una oleada de excitación golpeándome más fuerte que cualquier golpe que ella pudiera dar jamás.

Esta vez, cuando tomo sus labios, dejo de lado el concepto de gentileza y aplasto su boca bajo la mía, exigiendo sumisión.

Hay límites para lo que estoy dispuesto a soportar, incluso de ella, y Bianca acaba de cruzar una línea de la que no habrá vuelta atrás.

Para ninguno de los dos.

## Capítulo Ocho

*«... el sexo, el deseo, el amor, pueden en algunas luces parecer sinónimos, y en otras como elementos completamente ajenos entre sí».*

Garth Greenwell

*Bianca*

El beso de Rio no tiene nada que ver con el deseo. El acto está diseñado para disciplinarme, pura y simplemente. Todo por el hecho de que me atreví a levantarle la mano.

Sé que ese fue el momento en que me pasé de la raya. Lo habría golpeado más fuerte si no me hubiera dado cuenta en el último segundo e intentado echarme atrás.

Aun sabiendo que su motivación proviene del castigo, no puedo controlar la maldita respuesta de mi cuerpo ante esta deliciosa y monstruosa embestida.

Su presencia es tan poderosa, tan fuerte, que me envuelve por completo. Aunque lo odio, aunque una parte de mí desea que estuviera muerto o en la cárcel, no puedo ocultar el hecho de que hay algo en él que enciende mi cuerpo.

No necesita hacer nada. Solo necesita estar cerca, y es como si todas mis terminaciones nerviosas se iluminaran por sí solas.

Nunca he sentido eso por nadie, y menos por alguien que realmente considero aborrecible.

¿Qué me pasa? ¿El trauma de las últimas veinticuatro horas me ha vuelto un poco loca?

Mi boca se abre automáticamente para dejarlo entrar, mis labios, dientes y lengua comienzan una danza sensual con el diablo que se ha atrevido a invadirme de esta manera. Sabe a café, a vino y a una especie de esencia masculina cruda que sé que es únicamente suya.

Lo odio y lo amo a partes iguales. Gimo, necesitando liberarme de la conexión, pero como si tuvieran vida propia, mis manos se aferran a su camisa de seda, arrastrándolo para obtener más.

Su aroma se eleva, una yuxtaposición agradable y picante al beso, como una metafórica bofetada de vuelta. Es como si estuviera diciendo: «Esto es lo que podrías tener, este hombre fuerte, sexy y poderoso que te desea intensamente, pero esto es lo que te mereces: el castigo; la falta de respeto. Y la prueba de que puedo arrancarte una respuesta, Bianca, lo quieras o no».

Joder, lo odio.

Joder. No puedo tener suficiente del bastardo.

De alguna manera, termino con el trasero sobre la mesa del comedor, la vajilla y los cubiertos barridos a un lado en un desorden irregular para hacer espacio. Mis piernas se abren de par en par mientras su erección se desliza arriba y abajo contra mi centro. Es enorme, y me pregunto qué se sentiría si empujara hacia arriba y dentro de mí con todos esos centímetros firmes de carne.

La oleada de deseo que se extiende desde nuestra conexión erótica es tan fuerte que tiemblo debajo de él.

Y aún así, ese beso castigador continúa.

Sus dedos se clavan en mis caderas, su agarre firme mientras me mantiene en su lugar sobre la superficie pulida de la mesa. Me aferro a sus brazos, los músculos que se ondulan bajo mis palmas solo añaden a su terrible atractivo.

Cuando sus labios dejan los míos, grito. Un lamento que contiene tanto autodesprecio como necesidad.

«Estás enferma», grita mi mente. «Debes estarlo, para dejarlo hacerte esto».

Él acaricia mi cuello con la nariz, besando y mordiendo, y maldita sea si no inclino la cabeza hacia atrás para permitirle hacerlo más libremente.

Un jadeo de sorpresa y el estrépito de un cristal roto son lo que finalmente nos interrumpe.

Rio levanta la cabeza lentamente, liberando mi cuello casi con pereza, y se gira hacia un lado para mirar a quien ha entrado.

No me importa quién sea. No puedo enfrentarlos, no comprometida de esta manera. Me quedo medio tumbada, jadeando con necesidad insatisfecha, mis mejillas tan calientes que imagino que deben estar muy sonrojadas, y mantengo la mirada clavada en el pequeño hueco en la base de la garganta de Rio.

En la superficie, parece tan imperturbable como siempre, pero desde tan cerca noto el pulso carotídeo más rápido de lo normal moviendo la piel de su cuello, y sé que está más afectado de lo que deja ver.

Retrocede, dándome espacio para cerrar las piernas y bajar de la mesa. Bajo la cabeza y me arreglo la ropa, alisándola todo lo que puedo, antes de finalmente levantar la mirada.

Francine, con los ojos aún muy abiertos, está de pie en un charco de algo húmedo, con cristales rotos alrededor de sus pies.

—Solo estaba... —Aclara su garganta—. Se olvidaron de rellenar el whisky, Gregorio. Sé que lo querrás más tarde...

Rio hace un gesto desdeñoso con la mano.

—Que limpien esto. Recibiremos a nuestros invitados en mi oficina, tía —Su mirada baja brevemente al suelo—. Con una licorera fresca de whisky. Y puros. Sabes que a Carlos Rossi le gustan los buenos puros.

¿Carlos Rossi? Incluso yo he oído hablar de él. Ha aparecido en las noticias de vez en cuando durante muchos años, arrestado múltiples veces por una serie de delitos, pero de alguna manera nunca condenado.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal. ¿Es esa la reunión de negocios a la que se espera que asista? ¿Como la prometida de Rio? No quiero estar aquí en absoluto, pero particularmente no quiero terminar en el radar de alguien como Carlos Rossi.

«Pero ya lo estás», me recuerda una pequeña voz interior. «Rio Agosti es igual que él».

\*\*\*

Rio lidera el camino hacia su oficina y, sin saber qué más hacer, lo sigo como una ovejita mansa.

En todas partes de esta casa, el espacio es enorme, y su estudio no es la excepción. No solo hay un escritorio y una silla ejecutiva enormes, desde donde supongo que Rio dirige su negocio del cártel cuando está aquí, sino que las paredes están forradas de estanterías llenas de libros entremezclados con piezas de arte de aspecto costoso, y a un lado hay un juego de sofás Chesterfield frente a una chimenea de gas sobredimensionada.

El marco de mármol de la chimenea es de un negro brillante, contrastando con las llamas azul-doradas visibles en el hogar. Sobre la repisa hay un cuadro: un retrato de una pareja que se parece tanto a Rio que supongo que deben ser sus padres.

Sus padres muertos.

Su madre tenía el mismo cabello oscuro y estructura ósea cincelada que Rio, aunque sus ojos bailan con picardía y su boca ancha se eleva en una sonrisa. ¿Es así como se vería Rio si permitiera algo de emoción?

Su padre... Me estremezco ante la mirada plana y fría de ese hombre, evidente incluso en la naturaleza ligeramente estilizada de la pintura. El artista ha captado lo que instintivamente sé que debe haber sido muy cercano a la realidad.

¿Cómo habría sido crecer como el hijo mayor de un hombre como ese? ¿Su madre tuvo mucha influencia o peso en la vida de Rio, o fue preparado desde el principio para ser inexpresivo y calculador, para ese momento en que lo inevitable ocurriera y el Agosti mayor perdiera su control sobre el poder?

Me siento en la esquina del sofá más cercano, mientras Rio permanece de pie con la espalda hacia la chimenea, observándome. El cuero está frío contra mi piel desnuda cuando apoyo el brazo sobre el lateral enrollado, pero pronto se calienta.

Cuando Francine llega con licor y puros, le pregunta a Rio si necesita que me cambie a algo más formal.

Intento no poner los ojos en blanco. Siento tanta lástima por todas las mujeres en este extraño mundo de la mafia: parece que existe la suposición automática de que ninguna de ellas puede pensar por sí misma. ¿Debe el hombre tomar todas las decisiones, incluso hasta lo que la mujer puede o no puede usar?

Estoy tentada de intervenir y decir algo por el estilo hasta que Rio niega con la cabeza.

—Está perfecta así. Incluso con ese ojo morado. Su inocencia brilla, lo que lo irritará más.

Cierro la boca sobre las palabras que estaba a punto de decir. No puedo decidir qué me sorprende más: su comentario sobre mi inocencia o el hecho de que dijo que soy perfecta. Ninguno de los dos términos es preciso.

Después de que su tía nos deja solos, aclaro mi garganta. No quiero admitir nada, pero necesito que conozca los hechos antes de que lleguen sus socios comerciales.

—No soy virgen, Rio, si es de eso de lo que se trata.

Él suelta una risa áspera, pero no hay humor evidente en el sonido.

—Lástima. Me habría gustado ser tu primero. Pero no importa. Tu experiencia sexual no es relevante.

Reprimo un escalofrío ante la idea de que alguien como Rio Agosti tomara mi virginidad. No puedo imaginar que alguna vez sería lo suficientemente gentil para eso sin dejar grandes cicatrices emocionales, y de repente estoy agradecida por el torpe encuentro con un compañero de estudios en mi primer año de universidad. Puede que no haya encendido mi mundo, pero al menos el chico fue gentil.

—¿Puedes explicarme de qué se trata esto, entonces, por favor, y qué esperas que diga o haga?

—Sí —se inclina hacia adelante—. Tu desaparición hace todos esos años desencadenó una serie de eventos, Bianca, que comenzaron con una carrera para asegurar el negocio de tu familia, y fue seguida por el asesinato prematuro de mis padres. Ahora que he confirmado tu identidad, la pieza final está a punto de jugarse, y nuestra familia tendrá su venganza.

Mi mirada se eleva automáticamente hacia el retrato y luego vuelve a Rio. Me estudia sin ningún indicio de emoción en su rostro, a pesar del tema desgarrador. ¿Es realmente incapaz de sentir?

—¿Cómo?

—Carlos Rossi y mi padre hicieron una apuesta. Quien encontrara primero a la princesa Carlotti desaparecida la traería a su familia y la criaría como propia, tomando formalmente el negocio Carlotti en el proceso y ganando la carrera para controlar Boston y más allá.

¿Una carrera para controlar Boston?

—Entonces, ¿esto se trata de una apuesta entre dos señores del crimen... por el control de una ciudad?

—No solo la ciudad. Todo el estado, Bianca. E incluso más allá de eso. Las apuestas son mucho más altas hoy que en la época de mi padre.

Las náuseas que inexplicablemente se habían calmado un poco a lo largo del día de repente vuelven a surgir en mi estómago. ¿Qué hará si vomito sobre el Chesterfield? ¿O sobre esta alfombra elegante bajo mis pies?

Respiro hondo, tratando de controlarme, e intento una explicación.

—Fui adoptada de bebé. Mis padres eran gente común antes de que mi madre falleciera en un accidente automovilístico hace un par de años. Ella era maestra en una escuela primaria local, y mi padre trabajó en rescate animal durante muchos años. Su amor por los animales me llevó a mi trabajo en Lots of Paws.

»Después de que mamá murió, mi padre se fue a pasar tiempo en Tailandia en un santuario de animales. Hacer lo que ama lo está ayudando a sanar del dolor. Pero ya no tengo noticias de él con tanta frecuencia, ya que vive en un área bastante remota del país. La comunicación es bastante complicada.

De hecho, papá me llamó la mañana de mi cumpleaños, lo que significa que probablemente ni siquiera sabrá que estoy desaparecida de mi vida habitual durante al menos otros cuatro o cinco meses.

—¿Tu punto?

Aprieto los dientes antes de mover la mandíbula para tratar de liberar la tensión.

—Mi punto es que no estoy familiarizada con tu mundo. Incluso si lo que dices es cierto, y yo

soy esa... esa *persona*. Lamento que tus padres murieran, pero no sé nada sobre sus muertes. No tengo nada que ver con nada de esto, y no quiero verme involucrada. Por favor, Rio. ¿No puedes simplemente dejarme ir ahora?

Mi voz se quiebra, y un indicio de *algo* aparece detrás de sus ojos. Un músculo se contrae en su mejilla, pero luego el movimiento se detiene y el sentido de vacío en su expresión regresa.

—No. Eres la heredera del cártel Carlotti, Bianca. No puedes cambiar ese hecho, aunque quieras. Necesito tu herencia para darme la ventaja y asegurarme de estar en posición de vengar el ataque a mi familia, sin riesgo de represalias. Debes seguir adelante con esto, por el bien de tus amigos, tu lugar de trabajo. Por *tu* bien, de hecho. Yo...

Un discreto golpe en la puerta lo detiene a mitad de la frase, y su pecho sube y baja en un par de respiraciones rápidas, como si acabara de revelar más de lo que esperaba en este momento.

La desesperación inunda mi sistema. No podré convencerlo de que cambie de opinión.

—Adelante —ladra, y un hombre de traje oscuro entra en la habitación.

Lo he visto antes, cuando estaba atada en el suelo de la suite de Rio, y luego más tarde, merodeando en el club. Fue el equipo de *este* hombre el que disparó a mis amigos y me dio el ojo morado.

Me levanto rápidamente y me muevo alrededor del sofá, poniendo su sólida estructura entre el matón y yo.

—Danelli —dice Rio, notando mi movimiento pero sin comentarlo—. ¿Han llegado?

—Sí, jefe —dice el hombre, mirándome con abierta curiosidad antes de volver a Rio—. ¿Debo hacerlos pasar?

—En efecto —responde Rio—. Después de que hayas enviado a nuestros hombres. Tres equipos aquí deberían ser suficientes. Empecemos esta fiesta, ¿de acuerdo?

## Capítulo Nueve

*—Un hombre sabio saca más provecho de sus enemigos que un tonto de sus amigos.*

Baltasar Gracián

*Rio*

Me irrita permitir que Rossi y sus hombres pongan un pie en mi finca familiar, pero mi seguridad está en su mejor momento en este complejo y tiene sentido celebrar la reunión aquí.

Además, ahora que se ha corrido la voz sobre la identidad y el paradero de Bianca, necesitare todo mi arsenal para mantenerla a salvo hasta nuestra boda, y el mejor lugar para hacerlo es justo aquí.

Rossi entra en mi oficina flanqueado por dos de sus hombres, uno de los cuales es Anders. Los demás esperan en las puertas principales en un grupo de SUVs, sin permiso para cruzar el umbral de mi propiedad.

Se le dijo que dos podían acompañarlo, y eso es lo que he permitido.

Rossi es bajo y rechoncho, calvo en estos días, y engañosamente amigable en su semblante. Debajo de la fachada de abuelo, es tan despiadado como yo.

Y eso lo convierte en un enemigo peligroso.

Se dirige directamente hacia mí, pero se detiene en seco cuando nota a Bianca. Ella parece haberse encogido en sí misma, presionándose contra una de las paredes y envolviendo sus brazos alrededor de su cintura.

Las cejas de Rossi se elevan de manera casi cómica. Me permito una sonrisa lenta. Sé lo que está viendo, y sé por qué la conmoción distorsiona sus facciones por un segundo antes de que la máscara inexpresiva descienda una vez más.

Tengo en mi posesión una fotografía de la madre de Bianca, Rina, y si no fuera por la naturaleza despeinada del largo cabello de Bianca en comparación con el elegante bob que llevaba su madre, ella y Rina podrían ser gemelas.

Rossi conocía bien a Rina, según dicen, y sé que no necesitare mostrarle los resultados de ADN para convencerlo de que Bianca Carlotti está en la habitación con nosotros ahora mismo.

—Carlos.

—Rio. Me alegro de verte, viejo amigo —Rossi se acerca más lentamente que antes, lanzando miradas entre Bianca y yo.

Cuando llega a mí, extiende una mano para estrecharla. Lo miro fijamente, sin moverme, hasta que baja la mano y se la limpia torpemente en el costado de sus pantalones.

—Sí. Bueno. Ya has recibido mis disculpas, pero ahora las tienes en persona. Un malentendido, Rio, y no volverá a suceder.

—Un intento de disparo no es un malentendido, Carlos.

—No. No, en efecto.

Doy un paso adelante y señalo el sofá, esperando hasta que él esté sentado antes de sentarme frente a él. Sus hombres permanecen cerca, vigilantes e impassibles, al igual que mis tres equipos hacen lo mismo desde diferentes puntos de vista alrededor de la habitación.

Con un gesto mío, Danelli trae una bandeja que contiene whisky, vasos y el humidor de puros cubanos que guardo para ocasiones como esta.

Una vez que se sirven las bebidas y hemos cortado y encendido nuestros puros, me permito un momento de disfrute y observo el rastro de humo que se eleva desde el extremo del puro.

Luego me giro hacia Bianca y extendiendo mi mano libre. Espero que pueda leer el mensaje en mis ojos.

*Compórtate, pajarito.*

—Ven, querida. Deseo presentarte.

Sus dientes trabajan en su labio inferior por un momento, pero después de una breve vacilación en la que sus ojos se entrecierran y puedo sentir su impulso de desobedecerme, se separa de la pared y camina hacia mí con movimientos ligeramente bruscos. Toma asiento a mi lado, tan cerca que puedo sentir el temblor de su pierna contra la mía. Agarro sus dedos y coloco nuestras manos unidas sobre su muslo.

—Carlos Rossi, te presento a Bianca Carlotti. Mi prometida.

—Encantado, querida, estoy seguro —Rossi inclina la cabeza y luego ofrece una sonrisa lobuna que muestra casi todos sus dientes.

Bianca retrocede, luego parece recuperarse, sentándose más erguida. Su temblor se desvanece.

Un orgullo inesperado surge en mi pecho. Sea lo que sea o no sea, esta chica tiene una gran fortaleza interior.

Es una lástima que sea simplemente un peón en este juego. Pero así es nuestro mundo.

—Igualmente —la voz de Bianca es abrupta, como si tuviera que forzar la palabra más allá de algún tipo de barrera en su garganta.

Mira nuestras manos entrelazadas, y la sujeto con más fuerza cuando siento que comienza a soltarse de mi agarre.

—¿Rio te contó que conocí a tu madre cuando era joven, querida? Una mujer tan encantadora. Eres la viva imagen de Rina.

—Rina —repite el nombre, esta vez en un tono más natural, y luego mira a Rossi—. ¿La conociste? Eso es muy interesante. ¿Conociste también a mi padre? ¿Cuál era su nombre?

—No le has contado mucho, Rio, ¿verdad? Qué vergüenza. El nombre de tu padre era Stefano, querida.

Bianca asiente lentamente.

—Stefano. Y Rina. ¿Los mató usted, señor Rossi? ¿Mató a mi madre y padre biológicos?

\*\*\*

*Bianca*

La mano de Rio se sacude en mi pierna, la única indicación de su conmoción por lo que acabo de preguntar.

Pero tengo que saber. Ahora que se ha abierto la caja de Pandora, necesito saber más sobre mis padres biológicos. Y qué les sucedió.

Si alguno de los dos hombres sentados en este sofá conmigo tuvo algo que ver con sus muertes, haré todo lo que esté en mi poder para derribarlos.

Los destruiré por destruir a mi familia.

Las palabras reverberan en mi cerebro como si vinieran de algún otro lugar por completo. ¿En qué estoy pensando? Esta no soy yo, pensando en venganza y planeando la destrucción de otras personas. Este es el tipo de cosas que Rio podría decir.

Solo he estado en este mundo un día y poco, y ya está distorsionando mi pensamiento.

—¿Y bien? —insisto, sabiendo que no debería, pero incapaz de detenerme—. ¿Los mató usted, señor Rossi?

—Te perdonaré esta vez, querida. Porque eres la hija de Rina. Y porque... —Su mirada se desvía hacia Rio y vuelve—. Porque eres la prometida de *él*. Pero no me presiones con esto. Yo no maté a tus padres. Amaba a Stefano como a un hermano, y amaba a tu madre... —Su ojo izquierdo tiene un pequeño tic antes de añadir en voz baja—: Sí. Amaba mucho a tu madre.

Observo al anciano sentado frente a Rio y a mí, y por alguna razón, le creo. Hubo una nota en su voz en ese momento que me alertó...

—¿Entonces no amaba a mi madre como a una *hermana*?

Él inhala bruscamente y exhala lentamente. —No —admite—. No la amaba de esa manera, como a una hermana. Quedé devastado cuando...

Se interrumpe y, para mi sorpresa, saca un pañuelo y se seca los ojos. ¿Qué demonios? ¿Acabo de hacer llorar a un jefe de la mafia?

Rio me da una palmadita en el muslo como si estuviera complacido conmigo y suelta mi mano, recostándose para sentarse más cómodamente en el sofá.

La tensión que ni siquiera me había dado cuenta que impregnaba el aire de la habitación se relaja un poco. Incluso los gorilas de seguridad dispersos por todas partes parecen un poco menos tensos cuando miro alrededor.

Eso es, hasta que Rio abre la boca y habla. —Estaríamos encantados si asistieras a nuestra boda, Carlos, para vernos unir en santo matrimonio. ¿Serás nuestro invitado? Mi *amigo*.

Hay acero en su tono, y el infierno podría congelarse con la cantidad de hielo que de repente vuelve a descender en el aire alrededor de todos nosotros.

—Por supuesto, Rio. Estaré encantado —dice Carlos. Su expresión sugiere lo contrario. Claramente está descontento con la invitación de Rio—. Eres un hombre muy afortunado. ¿Cuándo es el día especial?

—El próximo jueves —dice Rio con suavidad, y mi boca se abre de par en par.

Hoy es sábado, según mis cálculos, dado que mi cumpleaños fue el viernes. ¿Fue solo ayer que me secuestraron en la calle?

Mi cumpleaños, recuerdo, con una sensación hueca en la boca del estómago, era el día en que se suponía que celebraría un futuro brillante y prometedor, y posiblemente una próxima cita con Dave. En cambio, estoy sentada aquí en el complejo de un jefe de la Mafia, discutiendo mi boda de la próxima semana con hombres que matan a otros a la menor provocación.

Hombres que dispararon a mis amigos.

Monstruos que destruyen vidas mientras charlan sobre licor y estúpidos puros que apestan la habitación.

Entonces un pensamiento golpea mi cerebro, y me giro para mirar a Rio. De ninguna manera podría tener una licencia de matrimonio arreglada en tan poco tiempo.

Él sonríe con suficiencia como si adivinara mis pensamientos.

Por supuesto. Probablemente tiene a todo un conjunto de funcionarios de la ciudad en su bolsillo. Solo tiene que chasquear los dedos, o hacer que uno de sus esbirros llame, y todo el papeleo estará en su lugar en un instante.

Me levanto y me dirijo a la chimenea, mirando fijamente la rejilla y rezando por calma. Siento como si estuviera a punto de tener un ataque de pánico, y no quiero perder el control a ese nivel frente a estas personas.

Me concentro en las llamas danzantes, estudiando sus pequeños centros azules iluminados por gas rodeados de luz dorada anaranjada, y respiro. Inhalo. Exhalo. Inhalo y exhalo. Sigo así. No entres en pánico. No frente a Rio o Carlos Rossi.

Después de lo que parece una eternidad, pero probablemente son solo unos segundos, mi ritmo cardíaco se calma y mi respiración se ralentiza a un ritmo más normal. Pero no sé cuánto tiempo más puedo contener mis emociones sin desmoronarme en lo que siento como un millón de pedacitos.

Ha habido demasiado que afrontar desde ayer. Y sospecho que mañana traerá más de lo mismo. O peor.

Como si Rio estuviera de alguna manera sintonizado con mi tumulto interior, de repente aparece a mi lado. —Deberías descansar, cariño. Es tarde. Carlos y yo tenemos más asuntos que discutir, pero no es necesario que te preocupes por ello. Ve a la cama. Te veré más tarde.

Su tono y sus palabras insinúan a todos en la habitación que ya somos íntimos como pareja, y la ira crece, quemando el pánico.

Coloca una mano en mi espalda, extendiendo sus dedos y acariciándome suavemente, y luego se inclina para besar mi mejilla. —Lo hiciste bien, pajarito. Estuve orgulloso de ti esta noche.

Esas palabras son solo para mí, susurradas en mi oído de una manera que calienta mi piel.

Es una suerte para él que esté de espaldas a su invitado porque no puedo evitar una mueca de puro disgusto.

Siento más que oigo su risa casi silenciosa mientras mueve sus labios a mi sien, y su aliento me calienta allí también.

Él sabe, tan bien como yo, que mi mueca no fue porque odie su toque.  
Sino porque no lo odio.

## Capítulo Diez

*«... sintió que la energía entre ellos cambiaba, como una serpiente que se enrollaba sobre sí misma, devorándose por completo, con la ira y la pasión alimentándose mutuamente».*

Sylvain Reynard

*Bianca*

Rio me deja en paz durante los siguientes días, pero en cierto modo eso es peor, no mejor, porque permanezco en vilo, sin saber cuándo o dónde aparecerá y decidirá atacar.

Mi esperanza de que alguien haya denunciado mi desaparición y que la policía ya me esté buscando después del secuestro es efímera.

Francine me trajo el desayuno a mi habitación la mañana después de conocer a Rossi y lanzó una última puya al salir.

—No pienses que alguien te ha echado de menos, Bianca. Nuestra familia tiene un largo alcance y los cabos sueltos ya están atados. Podrías quedarte aquí en este recinto durante los próximos dos años y nadie cuestionaría tu paradero.

Luego se fue, dejándome sola para reflexionar sobre qué demonios quería decir con *los cabos sueltos están atados*.

Amigos, vecinos y compañeros de trabajo silenciados... ¿Cómo? ¿Con dinero? ¿Amenazas? ¿Más balas?

Sigo reviviendo ese momento en que me empujaron al maletero del coche y escuché el *pum, pum, pum* de una pistola. Imaginando a Dave y Shelley tirados en el pavimento, desangrándose frente al lugar de trabajo que todos amamos tanto. Mis extremidades tiemblan cada vez que las terribles imágenes cobran vida en mi cabeza.

Y en el silencio de mi suite, mi odio hacia Rio crece.

Decido exigirle respuestas cuando regrese, pero, por supuesto, no hace nada de eso.

Es como si supiera que estoy preparándome para una pelea y quisiera evitar esa posibilidad a toda costa antes de que llegue el día de nuestra boda.

El día de nuestra boda. *Mañana*.

Mi estómago se contrae al darme cuenta de que a estas horas mañana, Gregorio Agosti será mi marido. Y si me niego a seguir con la farsa del matrimonio, otros sufrirán las consecuencias.

¿Será el nuestro un matrimonio solo de nombre? ¿Una transacción comercial? ¿O esperará más? ¿Esperará que comparta su cama, que le entregue mi cuerpo además de mi herencia?

Mis entrañas se revuelven ante la idea, pero no tengo tiempo para pensar en lo que eso significa. Todo un ejército de mujeres me ha rodeado desde media mañana, midiendo mi cuerpo y mis pies, sosteniendo muestras de tela que ya han sido confeccionadas en magníficos vestidos de novia, probándome zapatos y combinando cosméticos con mi piel, labios y ojos.

En un momento me empujan a una silla y, mientras la gente de la tela y el vestido se afana al otro lado de la habitación, una peluquera se acerca y comienza a cortar las puntas de mi pelo en lo que murmura que es «un arreglo muy necesario». Frente a mí, una técnica de uñas que usa una mesa portátil remoja mis uñas en preparación para algún tipo de proceso de manicura.

La técnica lo llama esmalte en polvo y chasquea la lengua por el estado de mis manos. —Parece que has tenido años de duro trabajo manual, cariño —dice, negando con la cabeza—. ¿Qué has estado haciendo?

No me molesto en tratar de explicar que las uñas largas y con manicura costosa no suelen funcionar bien en un refugio de animales. —Nunca me he hecho una manicura.

—Obviamente. Bueno, tendremos que hacer puntas también —dice—. ¿Estilo francés?

—Haz lo que quieras.

Intento no descargar mi frustración en estas proveedoras de servicios. No es su culpa que el hombre que las contrató para este evento falso sea un monstruo. Pero no puedo evitar indagar un poco. Probando cada posibilidad de escape, por inútil que parezca.

—Mientras terminas esa mano, ¿te importaría si tomo prestado tu teléfono para hacer una llamada rápida? —pregunto—. Parece que he extraviado el mío.

Ante mi pregunta, todo sonido y actividad en la habitación cesa como si se hubiera apagado un interruptor.

Los ojos de la técnica se entrecierran mientras me mira, luego baja la cabeza sobre mi mano. —Ni hablar.

*Oh.* Así que esta gente *sí* está en la nómina de Rio, no son solo contrataciones casuales. ¿Hay alguien en todo Boston que no lo esté?

La peluquera se inclina y murmura en mi oído: —Ten mucho cuidado, querida. Este mundo no es uno del que puedas escapar una vez que estás dentro.

Un escalofrío helado recorre mi cuerpo, y no parezco capaz de moverme por voluntad propia después de eso. Excepto cuando cada una de ellas me pide que haga algo, y me obligo a fingir que no estoy paralizada por el miedo.

Bajar la cabeza, levantar los dedos, cerrar un ojo mientras prueban un conjunto diferente de pestañas postizas. Ponerme de pie y quitarme la ropa hasta quedar en ropa interior para que puedan comprobar que las pequeñas alteraciones que han completado en el vestido elegido realmente hacen que la prenda se ajuste correctamente.

Alguien me entrega un plato de comida en un momento dado y me dice que coma. Lo hago, pero después, no tengo idea de lo que había en el plato.

Finalmente, todas parecen satisfechas y salen de mi suite, prometiendo regresar temprano mañana a tiempo para el evento real.

Me dejan sola, de pie en medio de la habitación, con mis uñas perfectamente arregladas con puntas francesas, mi nuevo y supuestamente muy mejorado peinado, y la rabia comenzando a hervir en lo profundo de mí, una rabia que quema la sensación de congelación y evita que el terror se eleve.

Alimento la rabia con todo lo que tengo dentro. Mis manos se cierran en puños, las uñas nuevas clavándose en mis palmas.

Un par de sandalias de tiras está en el sofá, olvidadas por una de las modistas.

Tomo uno de los tacones color marfil, sopesándolo en mi mano. —*¡A la mierda con todos ellos!*

Luego me giro y lo lanzo directamente al gran espejo sobre la chimenea. El zapato golpea y hace añicos el espejo en fragmentos que llueven por todo el suelo.

¿Siete años de mala suerte por romper un espejo? No podría ser peor que mi situación actual, ¿verdad?

—Qué carácter, qué carácter, Bianca —La voz suave y profunda viene de detrás de mí, y me giro para encontrar a Rio de pie justo dentro de la puerta.

Sus brazos están cruzados sobre su pecho mientras se apoya contra la pared en una pose casual. Una sonrisa despectiva decora su rostro.

Sin pensarlo, agarro el segundo zapato y se lo lanzo, gritando en su dirección. —*¡Bastardo! ¡Te odio, maldito! ¡Déjame ir, tú jodido...*

—¡Basta! —Se separa de la pared en un instante, agachándose mientras el zapato pasa volando sobre su hombro.

Y luego viene hacia mí. Rápido.

Intento darme la vuelta y correr, pero él me agarra los brazos antes de que pueda girar. Mi impulso, y el suyo, nos arrastra, y tropiezo hacia atrás cayendo en el sofá con Rio encima de mí.

Su peso me expulsa el aire del pecho, y nuestras extremidades se enredan.

No puedo respirar en absoluto, pero no me importa. Ya he tenido suficiente. Pateo y lucho debajo de él, jadeando para conseguir aire y gruñendo todo lo que logro inhalar de vuelta. No tengo idea de qué se ha apoderado de mí, excepto saber en el fondo que así debe sentirse llegar al límite de tu tolerancia.

Su expresión, lívida al principio, se transforma lentamente en diversión, y luego en algo completamente distinto.

*Deseo.*

Lo leo profundamente detrás de sus ojos normalmente inexpresivos mientras me mira fijamente, y me quedo quieta, de repente consciente de la enorme erección presionando contra mi vientre.

Oh, demonios. ¿Mis forcejeos y maldiciones causaron eso?

Él cambia ligeramente su peso, y se vuelve más fácil respirar, pero no se baja de mí.

En su lugar, se acomoda más cómodamente, hasta que la dureza de su excitación presiona mi monte de Venus, ejerciendo presión directamente sobre mi clítoris y efectivamente inmovilizándome debajo de él.

No puedo moverme, porque si lo hago, me frotaré contra él, incitando a que las sensaciones entre mis piernas se intensifiquen, y no quiero eso en absoluto.

—Tu pasión es ardiente, más de lo que esperaba —dice, el soplo de su aliento acariciando mis

labios—. Es excitante.

—No es pasión —estudio su barbilla firme, sus mejillas angulosas, y noto la forma en que su boca tiene un aire cruel pero sensual. Miro a cualquier parte menos a sus ojos. Esos ojos oscuros, llenos de deseo—. Es ira.

Su labio se curva en una esquina, y no puedo evitarlo. Levanto la mirada hacia la suya.

Así de cerca, me doy cuenta por primera vez de que los ojos que pensé que eran casi negros son, de hecho, de un atractivo color marrón chocolate. Tiene finas líneas en las comisuras, como la mayoría de las personas más allá de cierta edad, supongo, pero no esperaba ninguna vulnerabilidad en absoluto, y las líneas sugieren un indicio de susceptibilidad humana.

Me quedo sin aliento por una razón completamente distinta. Acostados así, por solo unos segundos, parece ofrecer algo más que la persona del jefe mafioso sin corazón.

Me muerdo el labio inferior, humedeciendo la zona con la punta de la lengua, y me muevo ligeramente, olvidando no hacerlo. La oleada de deseo entre mis piernas es tan fuerte que casi gimo en voz alta.

Entonces sus pupilas se dilatan, y la sensación de vulnerabilidad y algo humano desaparece. La oscuridad regresa a su expresión.

—¿No están entrelazadas, pajarito? La pasión y la ira. Al igual que el placer y el dolor.

—No en mi mundo —logro decir, y él sonríe suavemente, como si acabara de decir algo ridículo.

—El asunto es, Bianca, que ya no estás *en* tu mundo. A partir de ahora, eres parte del mío.

\*\*\*

*Rio*

Cuando ella separa los labios así, sacando la punta de su lengua rosada para humedecerlos, me cuesta todo no aplastar su boca bajo la mía.

Hasta que mueve las caderas, frotándose inadvertidamente contra mi polla erecta, y mi control flaquea.

—Bianca —su nombre sale medio estrangulado, y bajo la cabeza y paso mi lengua por su boca, queriendo probar lo que está ofreciendo inconscientemente.

Ella cierra los ojos, como si no pudiera soportar mirarme tan de cerca, pero no hace nada para evitar mi breve invasión.

—¿Por qué estás aquí esta noche? —su voz es apenas un susurro—. ¿No es de mala suerte, la noche antes de la boda, que el novio vea...

Traga saliva, claramente incapaz de terminar.

—¿Mala suerte? Acabas de romper un espejo, pajarito.

—Ah, sí. Es cierto.

Cambio mi peso más hacia mi brazo derecho para poder levantar un dedo de mi mano izquierda y trazar una línea por su garganta. Tan delicada. Descanso mi mano allí, con los dedos extendidos, y ambos sabemos que podría apretar con fuerza si quisiera, y no habría nada que ella

pudiera hacer para detenerme.

Ella vuelve a tragar de manera convulsiva, lo que vibra bajo mi agarre, y me pregunto si alguna vez ha tenido a un hombre empujando profundamente en ese espacio. ¿Empujando profundamente y reclamando su garganta con su polla?

Como si pudiera sentir la dirección de mis pensamientos, sus ojos se abren de golpe, y mi corazón salta en un patrón extraño ante el recordatorio cercano de su coloración inusual. El anillo más oscuro del iris alrededor del delicioso centro dorado. Ojos marrones, pero nada parecidos a otros ojos marrones que haya visto jamás.

—Un mal presagio para nuestro matrimonio, ¿no es así, Rio? ¿Toda esta mala suerte? Quizás deberías simplemente dejarme ir —sus labios se levantan en una pequeña sonrisa, pero sus cejas se fruncen—. Firmaré los papeles para lo que quieras. Puedes quedarte con mi herencia. Mi fortuna familiar de la Mafia, o los derechos oficiales del apellido Carlotti, o lo que sea que necesites de mí. Te lo daré libremente, si simplemente me dejas ir.

—No.

—Pero...

Detengo su inútil protesta con un beso. Un beso corto pero intenso en el que reclamo su boca de la manera en que lo hago con todas las otras mujeres que he tenido. Duro y contundente, y sin consideración por nada más que marcarla con posesión.

*Mía.*

Ella gime, el sonido tan efectivo como una bofetada cuando reverbera desde su garganta hacia la mía. Involuntariamente suavizo mi enfoque, tratando de entender por qué ese sonido me afecta tan fuertemente.

Entonces ella gime de nuevo, pero hay una nota diferente en el sonido esta vez, una nota que envía una señal directa a mi ingle. De repente, sus manos se aferran a mi espalda, sus uñas clavándose a través de mi camisa, y me atrae hacia ella.

Entonces me devuelve el beso.

El abrazo cambia completamente a algo con lo que no sé qué hacer. Ya no es dirigido por mí en una muestra despiadada de posesión. En su lugar, sus labios y lengua contra los míos son sensuales, delicados, provocando una respuesta completamente diferente en mí.

¿Qué está haciendo? Ahora soy yo quien gime mientras ella absorbe mis sonidos en su boca, su garganta, y sus piernas se mueven debajo de mí, abriéndose más hasta que sus muslos acunan mis caderas.

Su fragancia se eleva a mi alrededor, impregnando el momento con algo casi inocente. Algo con lo que estoy completamente poco familiarizado.

Necesito librarme de esto. Pero no puedo. Ella es demasiado potente.

Sigo besándola, siendo besado por ella, deseando más. Queriendo alcanzar su inocencia y dejar que me envuelva hasta que los pecados de mi vida sean borrados.

No hay dolor en este abrazo, solo placer. Esto no es pasión. Ni ira.

No sé qué es esto.

Pero tengo que detenerlo ahora, antes de que ella me desarme por completo.

## Capítulo Once

*"El matrimonio es el lado oscuro de la luna de miel".*

Marilyn Monroe

*Bianca*

No logro descifrar si voy a vomitar, desmayarme o sufrir un ataque al corazón y morir de estrés aquí mismo en la entrada de la capilla nupcial.

El pintoresco edificio está situado en los terrenos de la finca de Río, rodeado de belleza natural. Y sin embargo, dentro, entre estas cuatro paredes de piedra que me oprimen tanto que apenas puedo respirar, la fea mentira está a punto de desarrollarse.

Voy a casarme contra mi voluntad con un jefe mafioso, un hombre que podría haber matado a mis padres. Los nervios típicos del día de la boda no son nada comparados con este escenario.

Mientras miro hacia el altar por el pasillo, la soledad me golpea de nuevo. No conozco a nadie en los bancos, excepto a Francine, sentada en la primera fila junto a un joven que se parece a ella. Presumiblemente su hijo Tommaso. El primo de Río.

Y allí, por supuesto, está Carlos Rossi, sentado aproximadamente a mitad del pasillo en el lado de la capilla normalmente asignado a la novia.

Interesante.

Un mar de rostros extraños me mira con curiosidad sin disimulo mientras Danelli, la mano derecha de Río —su segundo, como le llaman—, me agarra con fuerza del brazo y prácticamente me arrastra por el pasillo a un ritmo ligeramente más rápido de lo que dicta la solemne música nupcial.

El vestido elegido para mí es un diseño sin tirantes, largo hasta el suelo, de satén marfil, que se ajusta a mi figura tan estrechamente que me preocupa que las costuras puedan romperse si tengo que sentarme más tarde. Un largo velo de tul ondea detrás de mí, sujeto a una diadema de diamantes que descansa sobre mi cabello, el cual han dejado caer por mi espalda en ondas perfectamente estilizadas.

Pensé que la diadema era falsa cuando la sacaron. Diamantes de imitación en lugar de piedras reales. Hasta que todo el equipo asignado para vestirme empezó a reír cuando cometí el error de mencionarlo. Solo puedo imaginar cuánto vale la pequeña corona: probablemente más que mi salario anual, apostarí.

Todo en esta situación es igualmente disparatado y horripilante. ¿Hay alguien aquí que hable por mí? ¿Que le diga a esta gente loca que no está bien secuestrar a alguien de la calle y luego organizar su boda apenas una semana después?

Recorro con la mirada cada rostro, buscando un atisbo de simpatía o apoyo. No hay ninguno. En cambio, bajo la curiosidad, veo indiferencia, cálculo, fastidio. Y subyacente a todo ello, hay un toque de miedo que impregna el aire.

¿Todos le tienen tanto miedo a Río? ¿Es realmente tan despiadado como para tener a toda una

capilla llena de gente como rehenes mientras hace lo que le place?

Quizás el miedo es solo mío.

Respiro hondo mientras me acerco al altar y dejo salir el aire lentamente cada vez. Me recuerdo a mí misma que no debo entrar en pánico. Me recuerdo que aunque pueda estar atrapada en esta situación de pesadilla por ahora, aún no estoy muerta.

Mientras todavía pueda respirar, nunca aceptaré este estado de cosas como mi nueva realidad. Río puede obligarme a casarme con él hoy y tomar posesión de mi herencia, pero nunca será dueño de mí.

Ese es el voto que me hago a mí misma mientras levanto la barbilla y encuentro su mirada.  
*Pronto podrás poseer mi cuerpo, pero nunca serás dueño de mi alma.*

Él lleva un traje negro formal con una camisa negra en lugar del blanco nupcial estándar. Su atuendo, junto con el destello de diamantes en sus puños, habla de lujo, riqueza y poder. Rezuma atractivo sexual, y el golpe de deseo en mi vientre es inesperado.

Tropiezo en mis últimos pasos. Danelli me agarra del brazo, me estabiliza y luego me entrega a Río antes de apartarse. Río me mira con aprobación y con un duro borde de emoción brillando en las profundidades de su expresión.

Estoy tan sumergida en los ojos de Río que el movimiento a su lado me sobresalta. Nikolas, el hermano menor de Río. Aún no lo he conocido oficialmente, pero Francine mencionó en una de sus breves visitas a mis habitaciones que Nikolas apoyaría a Río hoy, permaneciendo a su lado.

Lanzo una mirada al hermano antes de volver a centrarme en Río. Nikolas no es exactamente un reflejo de su hermano mayor, con el pelo más largo y despeinado y un aire más informal, pero con un traje oscuro y corbata, sigue siendo notablemente guapo, aunque sin la sensación subyacente de poder amenazador que emana de Río.

Nicky, le llamó Francine, su mirada suavizándose cuando lo mencionó. Aparentemente, regresó a casa de un viaje de negocios para este evento. Claramente no es tan poderoso o reverenciado como Río dentro de la familia, pero presumiblemente debe tener algunas características redentoras para inspirar tal mirada de afecto de su tía.

Hay otro hermano, recuerdo, llamado Luca, pero aparentemente no pudo llegar a tiempo. Tampoco la hermana de Río, según Francine. Me han dicho que los conoceré pronto, pero no hoy en nuestra boda.

¿Acaso importa? Esta no es una boda real.

Miro fijamente a Río, tratando de contener la rabia y verter todo mi miedo y aversión hacia él en mi expresión.

*Tan pronto como me aleje de ti, organizaré una anulación.*

*Y una redada policial.*

Él me estudia intensamente, su boca ancha y plana y sus ojos oscuros sobre esos pómulos afilados que le dan un aire altivo. Otra oleada de deseo me golpea justo en el estómago. Solo lo he visto con trajes y ropa elegante, así que hoy no debería ser diferente a cualquier otro día.

Y sin embargo, lo es.

Nunca me he sentido más atraída por un hombre en mi vida, y nunca he estado más desesperada por huir de él, tan lejos y tan rápido como pueda.

Demasiado tarde. Su mano toma la mía, y estoy en su agarre —a punto de convertirme en otra de sus posesiones— y no hay nada que pueda hacer para detener esta farsa, a menos que quiera arruinar las vidas de personas y negocios que me importan.

—Eres verdaderamente hermosa, Bianca —sus palabras son suaves, sorprendentemente dirigidas a mí en lugar de a la multitud que observa, y al instante soy transportada a anoche, al momento en que su beso pasó de ser castigador a seductor.

El momento en que cedí y comencé a devolverle el beso.

En el momento en que su mano bajó y se deslizó dentro de mis pantalones de chándal, un dedo explorador encontró y rodeó mi clítoris ya hinchado.

Recuerdo cómo me arqueé hacia su palma, gimiendo en su boca y escuchando un gemido en respuesta. Cómo separé mi boca de la suya, jadeando mientras él rozaba mi botón de un lado a otro, luego deslizó su dedo por mi hendidura ya húmeda, recogiendo humedad, antes de hundirse profundamente en mi canal como si perteneciera allí.

Como si ya fuera dueño de ese espacio.

La invasión se sentía incorrecta y, sin embargo, tan correcta. Me mantuve allí, justo al borde del orgasmo, por lo que pareció una eternidad, pero entonces él empujó hacia adentro y hacia afuera con su dedo ligeramente curvado, y tan simple como eso, caí al precipicio en una explosión de placer que atravesó mi cuerpo.

Cuando mi clímax se desvaneció y mis temblores cesaron, él se inclinó y besó mi mejilla.

—Eres hermosa, Bianca. Especialmente cuando te corres. Y pensar que eso fue solo con un dedo.

Justo así, el hechizo se rompió. Giré la cabeza hacia un lado y me limpié la boca en el hombro cubierto por mi camiseta antes de volver a mirarlo.

—Te odio más de lo que he odiado a nadie. Odio que mi cuerpo responda a ti cuando mi cerebro no quiere. Lo odio con pasión.

—Ah, ahí está. ¿Lo ves? Pasión y enojo. Estaba flotando ahí para ambos, después de todo.

La risa sacudió todo su cuerpo, y mientras se quitaba de encima de mí y se ponía de pie, deseé tener la fuerza para pelear con él adecuadamente.

Metió la mano en un bolsillo y sacó su teléfono, presionando un par de botones antes de empujar la pantalla en mi línea de visión. —Solo un pequeño recordatorio, hermosa Bianca, de por qué tu cooperación es tan vital mañana.

Intenté mirar a cualquier otro lado menos a la imagen en la pantalla de su teléfono, pero por supuesto, no pude evitarlo. La entrada principal de Lots of Paws se alzaba en mi visión.

—Desearía que estuvieras muerto, Rio Agosti —escupí las palabras mientras guardaba su teléfono y se dirigía hacia la puerta.

Mi único consuelo en ese momento fue que, a diferencia de mí, él no había experimentado el

clímax. Esperaba que se tropezara al salir y se rompiera ese enorme pedazo de carne erecto de su cuerpo.

—Sin duda algún día se cumplirá tu deseo, Bianca.

—Y espero que algún día —grité, mientras abría la puerta y salía al pasillo—, yo sea quien te mate.

Me enfoco en ese pensamiento mientras intercambiamos nuestros votos matrimoniales en la capilla.

\*\*\*

*Rio*

Está hecho. Bianca Carlotti es mi esposa, el acto presenciado por todos los que necesitaban ver cómo preservaba la base de poder de la familia Agosti y unía formalmente nuestros clanes. Formalmente y dentro de la ley.

Sus ojos escupían veneno mientras aceptaba los votos, y en un momento Nicky se inclinó para murmurar en mi oído: —Yo no me dormiría al lado de esa, hermano. Podrías no despertar.

Lo atravesé con una mirada destinada a callarlo, pero simplemente se encogió de hombros y me sonrió. —Tu funeral, Rio.

Nicky es la única persona a quien le permito alguna libertad cuando se trata de bromas. Confío en él con mi vida.

La recepción en el salón de baile de mi finca está en pleno apogeo, y siento la creciente inquietud en Bianca, sentada a mi lado en la mesa principal. Su pierna se sacude arriba y abajo mientras su pie golpea constantemente el suelo. El movimiento bajo el mantel está oculto para todos excepto para mí.

Ella me mira en un momento, sus ojos mayormente velados por largas pestañas. —¿Vas a...? —Se detiene, traga saliva—. ¿Tú... esta noche...?

La comprensión amanece. Aún no está segura si tengo la intención de reclamar mis derechos maritales, y la incertidumbre está aumentando su tensión.

—Aún no lo he decidido.

—Oh. De acuerdo. —Su mirada cae a su plato, en el cual la comida permanece mayormente intacta.

Ella me hace cosas, me hace sentir más de lo que quiero. Y en mi posición, es peligroso sucumbir a la emoción. Los sentimientos y el sentimentalismo te hacen débil, un blanco más fácil para cualquier enemigo que busque una grieta en la armadura.

Mirando a los invitados, calculo rápidamente. Probablemente el ochenta por ciento no estaría infeliz de verme muerto. Al otro veinte por ciento no podría importarle menos.

No puedo permitirme acercarme a Bianca. No de esa manera, con sentimiento. Me debilitará.

La cercanía física, por otro lado, es más segura. Ese beso anoche... La forma en que su boca se abrió cerca del final, la forma en que su rostro se contrajo como si estuviera en agonía, el gemido medio estrangulado y jadeante que estalló en el momento en que tuvo un orgasmo alrededor de

mi dedo...

*Mierda.* Mi polla lo recuerda demasiado bien. Mi carne hinchada se tensa contra mis pantalones, llena y palpitante.

Coloco una mano sobre la de Bianca más cercana a mí en la mesa y la aprieto con fuerza. — Tenemos que bailar pronto, esposa. Es lo que se espera.

—¿Bailar? —Vuelve a levantar esos hermosos ojos hacia los míos, y la inquietud en ellos es obvia.

—En efecto. El baile de bodas. —No puedo esperar para tenerla en mis brazos, y sin embargo, el control será primordial.

Necesito mostrar a los invitados, la mayoría de los cuales son colegas de negocios o rivales, que mi armadura no tiene puntos débiles. Mi boca se tensa ante la idea de lo que puede suceder si alguien percibe una grieta.

—Habrá gente que se acercará a nosotros con serpentinas. Si te entregan algo, tómallo. También pueden enrollar las serpentinas alrededor de nosotros. Simplemente sigue la corriente si eso sucede. Es tradición.

—Oh. Serpentin. Claro. —Frunce el ceño—. No había oído hablar de esa tradición antes.

—¿Has asistido a muchas bodas italianas?

—Bueno. No. No he asistido a ninguna boda. Hasta hoy.

La repentina tristeza en su tono incita molestia. No cuestiono si la emoción está dirigida a ella o a mí mismo. En su lugar, la apago y me pongo de pie, arrastrándola conmigo.

Asiento al cuarteto en la esquina que ha estado tocando diligentemente música de cena. Cae un silencio, y entonces comienza un vals de boda, y todos se giran en sus asientos y comienzan a aplaudir y vitorear, observando mientras llevo a mi esposa a la pista.

—Te estás casando con una gran fortuna, Bianca —murmuro, mientras la guío en los primeros pasos de nuestro baile de bodas.

Cuando la atraigo completamente hacia mis brazos y contra mi cuerpo, sus suaves curvas parecen encajar perfectamente. Ese aroma cítrico suyo llega a mis fosas nasales, y no puedo evitar una rápida inhalación. Absorbiendo más de ella, a pesar de mi intención de mantenerme distante.

—Te cuidaré, como mi esposa —añado, con un impulso poco característico de ser amable.

Ella se tensa, luego se hunde un poco, permitiéndome hacerla girar. —Estoy segura de que lo harás —dice, sus palabras ligeramente amortiguadas contra mi pecho—. Como una de tus posesiones. No como una persona real, con sentimientos y necesidades y *deseos*...

Se interrumpe, tosiendo ligeramente como si se arrepintiera de esa última palabra.

Me permito una sonrisa salvaje por encima de su cabeza, luchando por el control incluso mientras mi miembro se hincha una vez más. No hay manera de que ella pueda evitar sentir eso contra su vientre.

—¿Deseos? También me ocuparé de esos, Bianca. Y te introduciré a *nuevos* deseos... unos que tu

inocente cerebritito nunca imaginó hasta ahora.

Su cabeza se echa hacia atrás, y finalmente, su anterior vivacidad regresa, alejando la aprensión. Sus ojos comunican fuego, pero nada sale de su boca abierta excepto un bufido de aliento.

Entonces ya no estamos solos en la pista de baile, rodeados por otros mientras la gente nos pone serpentinas en las manos. Su puño se cierra con fuerza mientras agarra una serpentina, y luego la hago girar de nuevo, envolviéndonos apretadamente en las ataduras de papel que simbolizan la verdad.

Bianca Carlotti es mía ahora. Toda mía.

Y nadie volverá a separar el cartel Agosti-Carlotti jamás.

## Capítulo Doce

*"No es lo que miras lo que importa, sino lo que ves".*

Henry David Thoreau

*Bianca*

*Te introduciré a nuevos deseos... unos que tu inocente cerebro nunca soñó.* Sus palabras burlonas resuenan en mi cabeza, una y otra vez, mientras espero que mi marido venga a mi suite. ¿*Marido*? Esa palabra por sí sola me envía escalofríos de horror por la columna.

Estoy casada con el jefe de la mafia Gregorio Agosti.

Nunca en un millón de años habría soñado que algo así pudiera suceder. ¿Querrá Rio reclamar sus derechos maritales? ¿Se lo permitiré si lo intenta?

Camino de un lado a otro frente a las ventanas de mi sala de estar, observando las luces parpadeantes en el vasto jardín y el vaivén de los botes en el embarcadero del río, antes vacío. El retumbar de la música sube desde algún lugar abajo, donde los invitados aún están de fiesta, celebrando la boda de Rio Agosti y su novia constructora de carteles.

*Yo.*

*Mierda.*

¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Cómo saldré de esto? ¿*Podré* alguna vez salir de esta situación... viva?

Mi estómago se revuelve y aprieto los puños mientras sigo recorriendo la longitud de la habitación una y otra vez, preguntándome cuántos guardias habrá apostados ahí fuera en la oscuridad. Más que el número habitual, apuesto. Dado el calibre de la lista de invitados de abajo.

—Espérame arriba, pajarito —susurró Rio después de que terminara nuestro baile de bodas, antes de levantar una de mis manos a sus labios y besar mis nudillos.

No había podido controlar mi estremecimiento que denotaba tanto disgusto como deseo. El tira y afloja de ambos me está destruyendo por dentro.

—Subiré para arroparte. Cuando esté listo para ti.

Sus ojos en ese momento ya no eran inexpresivos. En cambio, brillaban con una promesa. Una promesa que me está desgarrando.

Lo quiero aquí, aunque sea para acabar con esto de una vez. Y no lo quiero aquí, porque su presencia encenderá estas extrañas necesidades en mi cuerpo, y no quiero reconocer nada positivo sobre ser secuestrada y forzada a casarme con un hombre como Rio Agosti.

Lo odio. *Lo odio.* Pero ya no puedo negarlo, ni a él ni a mí misma. También lo deseo.

Y ese deseo alimenta mi odio aún más.

Desearía que estuviera muerto.

El reloj en lo alto de la pared en una esquina de la suite marca las once, y suelto un suspiro. Se está manteniendo alejado a propósito. Estoy segura de ello. Nos casamos a las 2:00 p.m., y han pasado horas desde que los invitados me despidieron del área de recepción.

—Jódete, imbécil —escupo las palabras, tan vitriólicas como si él estuviera frente a mí. Es fácil ser desafiante cuando estás sola—. No voy a esperarte despierta más tiempo.

Marcho al baño y me arranco el estúpido vestido de novia, sin importarme si lo rasgo en el proceso. No es como si alguien fuera a usar la maldita cosa otra vez. Me froto la cara hasta que queda libre de maquillaje, y luego me quito la ridícula ropa interior de puta con la que me vistieron hoy. Finalmente, estoy desnuda. Respiro aliviada.

Por fin puedo volver a ser yo misma.

Al menos por un rato. Hasta que *él* llegue.

Me pregunto si tendrán algún pijama de franela o incluso una vieja camiseta en el área de cambio. Estoy riéndome de lo absurdo de mis propios pensamientos mientras salgo del baño, y entonces me detengo en seco cuando me doy cuenta de que ya no estoy sola.

—¡*Rio!*

Está de pie dentro de la puerta de la suite, su chaqueta y corbata ya desaparecidas. Sus ojos se ensanchan, solo por una fracción de segundo, mientras recorre mi desnudez de pies a cabeza. Parece tan sorprendido como yo, luego el fugaz vistazo del verdadero Rio desaparece, y vuelve a ser impasible.

Cruzo los brazos sobre mi pecho, pero el gesto es obviamente fútil.

Entonces él cruza el espacio, cerrando la distancia entre nosotros antes de que pueda hacer más que aspirar una respiración entrecortada y curvar mis dedos de los pies en la alfombra en un vano intento de anclarme a algo. Lo que sea.

Unos brazos fuertes me rodean, arrastrándome contra un cuerpo duro, y luego su boca reclama la mía de una manera que no deja dudas en ninguna de nuestras mentes.

Soy suya.

Y no hay nada que pueda hacer para cambiar ese hecho.

Lo peor —lo *peor* de todo— es que en este momento, no hay nada que *quiera* hacer para cambiarlo.

\*\*\*

*Rio*

Su boca se abre a mi embestida, dejándome entrar y respondiendo como si no pudiera tener suficiente de mí.

Yo no puedo tener suficiente de ella.

Su aquiescencia me sorprende. Y sin embargo, también no. Siento la necesidad en ella, y adivino que no sabe qué hacer con ella. Probablemente nunca ha explorado ese lado de sí misma. Vamos a divertirnos mucho, Bianca y yo, cuando ella vaya más allá de su actual estado de rabia hacia la aceptación de su situación.

Nuestras bocas se devoran como si estuviéramos privados de oxígeno y el otro fuera nuestra fuente de vida. Sus labios y lengua bailan con los míos mientras su dulce sabor llena mis sentidos.

Un gemido se escapa de su garganta y entra en mi boca. Me trago el sonido y lo devuelvo como un gruñido involuntario.

Nos separamos, mi respiración temblando en mi pecho. Aspiro aire. Ella tiembla en mis brazos, jadeando, pero sé que no tiene frío. Su piel bajo mis manos cuando las paso arriba y abajo por su cuerpo desnudo está cálida y suave.

Agarro su trasero desnudo, amasando su carne, manteniéndola lo más cerca humanamente posible del centro de mi necesidad aunque la tela de mis pantalones aún nos separa.

Mi miembro palpita confinado en la tela. La necesidad de llenarla, de poseerla, me presiona desde todas las direcciones. Debo tener a Bianca —mi *esposa*— antes de que termine esta noche.

Debo tenerla *ahora*, antes de que la necesidad me vuelva loco y destruya cualquier vestigio de control que me quede.

¿Qué es lo que tiene ella que me atrae tan completamente?

Cuando entré en la suite y la vi emerger con esa risa irónica suavizando su feroz expresión, su piel pálida y sus curvas sutiles enmarcadas por la luz dorada del baño, mi respiración se detuvo por completo mientras mi ritmo cardíaco se disparaba a niveles peligrosos.

Esta mujer me hace algo, y es hora de saciar el deseo.

Empiezo a desabotonarme la camisa, pero ella aparta mis dedos, haciéndose cargo de la tarea mientras sus ojos furiosos arden en los míos.

Llevo mis manos a mis pantalones, desabrochando los cierres y dejándolos caer, permitiéndole apartar mi camisa y quitármela, antes de salir rápidamente del resto de mi ropa.

Mi miembro se yergue en cuanto es liberado, proclamando cuánto la deseo. Su mirada cae sobre mi erección y se queda allí, como fascinada. Se lame los labios, sus hermosos labios, y luego sus ojos vuelven a los míos.

Oh, sí.

—De rodillas, pajarito —ordeno, solo que hay una nota ronca en mi voz que no puedo disimular. Por primera vez en mi vida, siento una sensación de vulnerabilidad frente a otro ser humano. Me confunde. No me gusta. La empujo al suelo con más fuerza de la que pretendo—. En tu boca. Ahora.

Sus manos en mis muslos tiemblan; me mira a través de sus pestañas, una cortina exuberante que oculta brevemente la ira y el odio que suelen alojarse en sus ojos. Luego sus labios se levantan en una esquina en esa expresión irónica que estoy empezando a disfrutar.

—Ten miedo, Rio. Podría arrancártelo de un mordisco.

Se hunde sobre mí antes de que pueda responder, llevándome profundamente en su boca y garganta, y solo puedo gemir mientras su caliente humedad me cubre, y la sensación de ser lamido y chupado destruye cualquier pensamiento racional.

Gimo de nuevo cuando su lengua roza la punta de mi miembro, y mi deseo se dispara hacia lo incendiario.

*Sí, tengo miedo.* Lo admito, en lo más profundo de mi ser.

*Tengo miedo de lo que me estás haciendo, Bianca Carlotti-Agosti.*

Pero nunca lo diré en voz alta. Ni a ella. Ni a nadie.

## Capítulo Trece

«A veces, la persona que más deseas es de quien es mejor estar alejado».

Desconocido

*Bianca*

Actúo por instinto. Nunca he practicado sexo oral antes. Ni siquiera sé por qué lo estoy haciendo tan dispuesta, tan fácilmente, como si lo hubiera hecho mil veces antes. Como si no pudiera tener suficiente de él.

Como si lo amara.

Dicen que el amor y el odio están estrechamente entrelazados. ¿Tal vez sea eso? Cualquiera que sea la razón, no puedo evitarlo. Todo mi cuerpo arde de necesidad. Nunca he sentido nada como los impulsos que se elevan y me abruman mientras saboreo y chupo la carne rígida de Rio.

Este es mi marido. Mi *marido*.

Me obligó a casarme, y no quiero estar aquí.

*Podría* morder con fuerza. Destruir su masculinidad. Como mínimo, podría hacerlo sangrar tanto que tendría la oportunidad de correr y esconderme del monstruo con el que acabo de casarme.

Él también es consciente de ello. Lo veo en sus ojos mientras me mira, sus dedos enredándose con un movimiento brusco en mi cabello. Lo escucho en esos gemidos y gruñidos que suenan como locos, que brotan de su pecho y garganta.

Y ahí radica el dilema. Quiero hacerle daño; lo odio por lo que ha hecho. Por lo que es. Pero en este momento, donde se ha hecho vulnerable y ha entregado esa vulnerabilidad a mi cuidado, algo me detiene.

Quiero esto. Nunca he querido algo tanto en mi vida.

Quiero su aroma a mi alrededor, sobre mí, dentro de mí, mientras su deseo se eleva para encontrarse con el mío.

Quiero saborear su carne caliente y salada, sin saber quién ha estado aquí antes que yo. Sin importarme.

Estoy tan mojada entre las piernas que puedo sentir la humedad filtrándose para cubrir mis muslos. Bajo una mano para explorar, y mis dedos se deslizan por todas partes antes de encontrar y acariciar mi clítoris.

Arqueo la espalda, las sensaciones gemelas de mi propia mano y su carne dura en mi boca son casi demasiado para soportar. Como si pudiera sentir lo cerca que estoy de perder el control, de repente detiene el movimiento de mi cabeza con una mano firme y desliza su polla fuera de mi boca. Luego me levanta, me levanta como si estuviera hecha de meras plumas. Hasta que estoy lo suficientemente alta como para envolver mis piernas alrededor de su cintura y mis pechos se aplastan contra su firme pecho.

—A partir de ahora, no te tocas a menos que yo lo diga —gruñe contra mis labios—. Tu coño es

*mío.*

Toma mi boca de nuevo, besándome con fuerza, y libero un jadeo en él mientras sus dedos alcanzan y se sumergen en mi hendidura desde atrás. Se desliza arriba y abajo en mi humedad. Se siente diferente cuando *él* me toca allí. Tan diferente.

Me froto contra sus abdominales.

Luego me sobresalto cuando mueve su mano y golpea mi nalga. No es suave. Lo suficiente para dejar un ardor quemando mi carne. Lo hace de nuevo, luego vuelve a mi hendidura, sumergiéndose de nuevo en la humedad que no puedo controlar.

*Joder.* Quiero esto. Lo quiero a *él*. Tanto.

Pero ¿por qué? ¿Cómo me está traicionando mi cuerpo de esta manera? ¿Tan completa y absolutamente?

—Te odio —respiro las palabras contra su cuello, y lágrimas calientes llenan mis ojos.

No voy a llorar, maldita sea. No ahora. No por *esto*.

—Lo sé. Y alimenta mi deseo, Bianca. No tienes ni. Puta. Idea.

Empuja en mi canal con un dedo, y me pongo rígida en sus brazos, mi cuerpo temblando casi involuntariamente ante la invasión. Sus labios bajan por mi cuello, y mi cabeza se inclina hacia atrás, permitiéndole un acceso más fácil. Un segundo dedo empuja dentro de mí, y libero un gemido. Camina conmigo hacia la cama, bombeando sus dedos dentro y fuera de mí, con una mirada feroz en sus ojos, antes de quitar sus dedos y dejarme caer en el colchón.

Caigo de espaldas, rebotando un poco por la fuerza con la que me suelta tan rápido. Levanta los dedos cubiertos de humedad a sus labios, y su lengua sale como para saborear la esencia que he dejado allí.

—Mía —sus ojos son pozos oscuros, imposibles de leer.

Me deslizo hacia atrás en la cama hasta que alcanzo el cabecero. Avanza sobre sus manos y rodillas hacia mí, sus músculos de los hombros y bíceps ondulando. ¿Cómo es que está tan en forma? ¿Tan en forma cuando debe pasar la mayor parte de su tiempo detrás de un escritorio? Manos firmes separan mis muslos, y espero que se deslice entre ellos y hunda su polla profundamente dentro de mí.

Pero no lo hace. En lugar de eso, se queda quieto, mirando fijamente mi coño expuesto.

¿Qué está pensando? ¿Estoy demasiado mojada? ¿No lo suficientemente mojada? ¿Puede decir solo con mirar que apenas he tenido sexo? ¿Le excita esa vista, o le repugna?

Intento resistir el impulso de cubrirme. Aprieto los puños mientras agarro las sábanas, pero su continuo escrutinio es mi perdición. Deslizo una de mis manos y extendiendo mis dedos para ocultar mi coño de su vista.

Sus cejas se juntan, y lentamente, sacude la cabeza.

—Ahora eres mi esposa, Bianca. No hagas eso.

—Que te jodan —ni siquiera es un verdadero desafío. No puedo lograr más que un susurro.

Sonríe.

—Sí. Lo harás.

Luego toma la mano ofensora, quitándola de mi coño y entrelazando sus dedos con los míos. Levanta mi brazo por encima de mi cabeza. No sé por qué, o qué está haciendo, hasta que...

*Clic.*

Algo se aprieta alrededor de mi muñeca. No duele, pero cuando tiro, no puedo bajar el brazo. Giro la cabeza y miro boquiabierto el puño de cuero incorporado en el cabecero. ¿Cómo no supe que esos bucles eran más que decorativos? Mientras tiro de mi mano, probando la fuerza del bucle que ahora rodea mi muñeca, él aprisiona mi otra mano sobre mi cabeza también.

Sacudo mis brazos, mirándolo fijamente, arqueando mi espalda fuera de la cama. Mi corazón late con fuerza mientras considero todas las cosas que podría hacerme ahora.

Estoy indefensa. A su merced.

Mis entrañas se aprietan, pero no de terror. Odio mi propio cuerpo en este momento, incluso más de lo que odio a Rio.

—Déjame ir —mirando fijamente sus ojos oscuros, no veo misericordia. Lo último que quiero hacer es suplicar, pero tengo que intentarlo—. ¿Por favor?

Se arrodilla entre mis piernas, impidiendo que las cierre, con las manos relajadas sobre sus muslos mientras me estudia.

—Por el amor de Dios, Rio. ¡*Por favor!*

—Lo haré. Pero aún no. ¿Sabes por qué, Bianca?

No puedo articular más palabras. Niego con la cabeza.

—Porque tu coño está goteando e hinchado, y me dice lo que te niegas a admitir en voz alta.

Me sonrío con suficiencia, pero apenas lo noto. Su polla está tan dura y lista, y desde este ángulo parece incluso más grande que antes.

—Te gusta ser dominada más de lo que lo odias.

Las lágrimas llenan mis ojos y se desbordan, cayendo por mis sienes hacia mi cabello. Sacudo mis brazos, probando las ataduras de nuevo, pero se mantienen firmes. Abro la boca para suplicarle que me libere, pero algo detiene mi voz.

Algo oscuro en mi interior, escondido en lo profundo, que se alza en el momento en que intento hablar. Dejo de intentar cerrar mis piernas y en su lugar las abro más, dejándole ver. Él ya lo sabe, por supuesto.

Me gusta.

Me tomará así, y lo disfrutaré. Y luego lo odiaré aún más.

Asiente como si entendiera mi batalla interior.

Luego se inclina hacia adelante, cerniéndose sobre mí, con una mano a cada lado de mis costillas. —¿Por qué no lo hiciste?

—¿Por qué... —Trago convulsivamente, y la inquietud se arrastra, superponiéndose al deseo. Esto no está en el guion de seducción con ligero bondage que acababa de empezar a imaginar en

mi cabeza—. ¿Por qué no hice... *qué*?

Me sonrío, pero no hay alegría en su expresión. —Tuviste la oportunidad. ¿Por qué simplemente no me arrancaste la polla de un mordisco?

\*\*\*

*Rio*

El miedo que parpadea en sus facciones me es familiar. Estoy acostumbrado a verlo en todos los que me rodean en algún momento, y sin embargo, en los ojos castaño dorado de Bianca, parece fuera de lugar.

No estoy seguro de por qué.

Extiendo la mano y rodeo su cuello con una de mis manos. Extendidos, mis dedos y palma cubren fácilmente el área bajo su mandíbula, y aprieto ligeramente, disfrutando de la sensación de su trago involuntario contra mi palma.

Esto es a lo que estoy acostumbrado en mis parejas sexuales. Temor y deseo, entrelazados. Su miedo siempre gana, y eso alimenta mi lado cruel. Mi polla se contrae, recordándome que mi liberación con Bianca está muy atrasada.

La necesité desde el momento en que la vi por primera vez, atada en el suelo de la habitación del hotel.

*Incluso antes de eso. Cuando tus hermosos ojos me miraron desde la foto que le di a Danelli. Desde el momento en que supe que te habíamos encontrado. Y que estabas destinada a morir. O a ser mía.*

Estoy a punto de abrir sus piernas aún más con mi rodilla, listo para entrar, cuando ella deja escapar un pequeño suspiro tembloroso.

—Quería hacerlo —dice, las palabras vibrando contra mi palma—. Dios, cómo quería hacerlo.

Es tan valiente, mi pequeña ave. Tengo mi mano alrededor de su cuello, pero aun así, no rehúye la verdad.

—Y no lo hiciste, porque... —Estoy genuinamente curioso.

Estaba preparado para que lo intentara, por supuesto, pero podría haber causado un daño significativo si hubiera querido, antes de que la apartara de mí.

—Porque confiaste en que no lo haría —susurra—. Así que, al final, no lo hice.

Frunzo el ceño, sin entender lo que quiere decir con eso.

Si la situación fuera al revés, yo no me habría comportado como ella lo hizo. Con contención.

Aprieto mi mano en su cuello. En lugar del gemido que espero, suelta una risa aguda.

—Aún te odio —dice, y maldita sea si su barbilla no se levanta, dándome incluso más fácil acceso para apretar su garganta si así lo elijo.

*Joder.* Esta mujer. Me desestabiliza tanto que no sé cómo reaccionar.

Retiro mi mano de su cuello y flexiono mis dedos, frotando mi palma y aún sintiendo el calor de su carne en mi piel.

Una nueva ola de deseo me invade tan rápido que no tengo tiempo de jugar con ella. En su lugar, simplemente agarro sus caderas, me alinee en su entrada sin ninguna finura en absoluto, y luego empujo, fuerte. Me deslizo completamente hasta que su canal me agarra desde la cabeza de mi polla engrosada hasta la base.

Ella suelta un medio grito. —¡Oh, por la puta madre!

*Joder*. Está tan jodidamente apretada. Dijo que no era virgen. ¿Estaba mintiendo? *Joder*.

No puedo controlar el impulso de moverme, la necesidad de sentir sus músculos ondular a mi alrededor mientras salgo casi por completo y luego bombeo de nuevo. Y otra vez.

Ella comienza a sollozar, pero su cuerpo se mece debajo de mí, moliéndose para encontrarse conmigo con tanta fuerza como la que yo le aplico. —Dios, te odio tanto. Tanto, joder.

—¿Odias *esto*? —Embisto de nuevo, y ella solloza con más fuerza.

—No. Te odio a *ti*.

—¿Quieres *esto*?

—Sí. Oh, Dios mío, sí.

Sus pechos están en mi cara, y agarro uno y lo guío a mi boca, chupando y mordiendo su pezón y arrancando gemidos casi incontrolables de su garganta.

Su sabor, su aroma, su *todo*, se eleva a mi alrededor hasta que no hay nada más que ella. Y esto.

Agarro su trasero, manteniéndola en su lugar mientras mis movimientos de embestida se intensifican. —Si me lo dices ahora mismo, me detendré, Bianca. Y te liberaré de esas esposas.

Su respiración raspa en el aire, igualando la mía, mientras continúo follándola y espero su respuesta.

—¿Y bien? —No puedo aguantar mucho más.

Necesito correrme. Su canal me agarra, y todo su cuerpo hace este extraño arqueamiento tembloroso.

*Joder*, está tan condenadamente caliente. No puedo...

—No te detengas. Oh, Dios, *por favor* no te detengas.

Sus palabras y el grito que las acompaña me empujan al borde, y gruño mientras me corro dentro de ella. Ella me sigue solo un segundo después, un calor apretado quemando mi carne mientras el clímax nos toma a ambos y sus músculos se contraen en un frenesí a mi alrededor.

Me derrumbo sobre ella mientras nuestros cuerpos aún tiemblan y se estremecen. Mi pecho se agita mientras intento respirar, luego ruedo hacia un lado para no aplastarla. De alguna manera, logro estirarme y soltar las esposas.

Espero que se levante de inmediato de la cama, que se aleje de mí lo más que pueda. Pero no lo hace. Se acurruca contra mi torso, sus manos liberadas acarician mi pecho mientras su cabello rebelde se mete en mis ojos y mi boca. Su corazón acelerado latiendo al mismo ritmo que el mío es un extraño consuelo que no puedo explicar.

Por alguna razón, en lugar de apartarla, la rodeo con mis brazos y acaricio su espalda,

abrazándola fuertemente. Como si nunca quisiera dejarla ir.

El afecto es una emoción que no puedo permitirme mostrar, y estoy seguro de que estoy a punto de pagar por mi momento de debilidad.

## Capítulo Catorce

*"Es difícil odiar a alguien una vez que lo entiendes."*

Lucy Christopher, *Robada*

*Bianca*

¿Es esto el síndrome de Estocolmo? Me acosté con mi esposo jefe de la mafia, el hombre que me secuestró en la calle y me obligó a casarme con él. El hombre que sigo diciendo que odio.

Y sin embargo, no solo le permití tocarme, *follarme*, sino que quería que lo hiciera. Deseaba su carne dura y caliente profundamente dentro de mí, con un deseo más loco e intenso que cualquier cosa que haya sentido antes.

¿Qué me pasa? Estoy enferma. Debo estarlo, para haber permitido eso. Debo estarlo, para querer más de lo mismo. Más. Ahora mismo. Solo que no va a suceder, porque me he despertado sola en la cama.

Me di la vuelta para tocarlo, y no hay nada debajo de las sábanas más que vacío.

Creí sentirlo en la noche, sus brazos musculosos rodeándome. Vagamente recuerdo acurrucarme contra él, sintiendo sus dedos acariciar mi espalda, escuchando su suave risa en mi oído. Una risa que movió mi cabello y me hizo cosquillas en el cuello.

¿Sonreí ante eso? ¿Realmente sonreí e hice un gemido de satisfacción mientras empujaba mi trasero contra su entrepierna y pensaba en lo que podríamos hacer por la mañana después de dormir un poco?

*Joder*. Definitivamente estoy enferma. Y esto tiene que ser el síndrome de Estocolmo. No hay otra explicación para este nivel de locura dando vueltas en mi cabeza.

Me quedo en la cama, pensando en Rio, preguntándome qué es lo que me fascina de él y me atrae a su órbita.

Porque, sin importar lo que amenace —muerte, tortura, destrucción del refugio de animales y las carreras de todos los que trabajan allí— no hay nada que realmente pudiera impedirme decirle que no si realmente quisiera.

Debe haber una pequeña parte de mí que quiere ser tocada por un monstruo.

¿Es porque soy de su mundo, aunque no lo supe hasta hace unos días? ¿Está en mi sangre? Como una princesa de la mafia perdida —una maldita Carlotti si debo creer a Rio— tal vez hay una oscuridad en mi alma que lo reconoce a él y a su mundo como el lugar al que realmente pertenezco.

No. Me siento, arrojo las sábanas y me dirijo pisando fuerte al baño para ducharme. No acepto eso. No lo creo. No fui así durante los veinticinco años anteriores de mi vida, y me niego a reinventar mis valores y mi código moral solo porque estoy confundida sobre mi deseo por mi secuestrador.

Aunque ahora sea mi esposo.

Francine entra con el desayuno poco después de que termino de vestirme. Me mira de reojo cuando ve lo que llevo puesto, pero no me importa. He elegido un par de pantalones crema simples y una blusa verde oliva por comodidad en lugar de glamour. Estaban en el vestidor, así que tengo que asumir que se me permite usarlos en algún momento. He añadido zapatos planos sin cordones y decidí no maquillarme.

No tengo idea si los invitados de la boda siguen aquí, o si se supone que debo desfilas frente a ellos de nuevo, pero si es así, pueden verme con ropa normal por una vez en lugar de un vestido de noche y tacones.

Sonríó dulcemente a Francine mientras me sirvo un café de la jarra de plata y luego le doy un mordisco a la tostada. —¿Qué hay para hoy, entonces, tía? —hablo con la boca llena de tostada—. ¿Más tiempo pasando el rato en la suite aquí?

—Bueno, yo... —Frunce el ceño—. Francine estará bien. Tía si es necesario. Tita... —Arruga la nariz, y sé exactamente cómo la llamaré de ahora en adelante—. Verificaré con Rio, pero creo que es posible que se te requiera fuera hoy.

Casi me atraganto con la tostada. En realidad, no esperaba una respuesta positiva. Salir significa que puede haber oportunidades de escapar.

—Está bien, eso suena... bien —omito el "tita"—. Realmente quiero salir de aquí, y claramente, la única forma de lograrlo será portarme bien. Por ahora—. Gracias.

—De nada —Se gira para irse, luego hace una pausa—. Realmente fuiste una novia hermosa, Bianca. Tú y Rio se veían bien juntos. Creo que, con el tiempo, aprenderás a ser muy feliz con mi sobrino.

Parece genuina con una calidez en sus ojos que es nueva. No puedo responder de ninguna manera, excepto con un pequeño asentimiento que ella nota antes de irse abruptamente.

Este mundo. Es diferente a todo lo que he conocido. No los entiendo en absoluto. La mayor parte del tiempo, parecen fríos e insensibles, impulsados puramente por la venganza o la necesidad de aumentar su interminable riqueza. Y luego, de repente, capto un débil atisbo aquí y allá de lo que parece ser humanidad. En Francine hace un momento, y en Rio anoche cuando me rodeó con sus brazos y me abrazó como si le importara.

Me desconcierta. No quiero que sean humanos. No quiero ver nada positivo en esta horrible situación. Necesito concentrarme en la verdad: que Rio dirige un cartel de criminales asesinos que se burlan de la ley y matan personas para ganarse la vida. Que me secuestró, disparó a mis amigos —o al menos sus hombres lo hicieron— y me ha mantenido cautiva desde entonces.

Esa es mi nueva realidad, y necesito recordarla cada segundo de cada día durante el tiempo que me quede aquí en este complejo.

Y por el tiempo que me permita vivir.

\*\*\*

*Rio*

Hoy estoy depositando confianza en Bianca al dejarla salir de su suite. Por supuesto, no podrá escapar, al menos no lejos. Mi equipo de seguridad se encargará de eso. Pero ella no sabe cuán de cerca será vigilada, y será interesante ver qué hace cuando le permita al pájaro enjaulado

probar un poco de libertad.

—Ven, mi querida esposa —la observo desde mi asiento detrás del escritorio y le hago un gesto para que entre mientras sigue vacilando en la puerta de mi oficina—. Conoce a tu nuevo cuñado, Nicky.

Bianca se ve fresca y limpia, más joven que sus veinticinco años con poco maquillaje y su cabello oscuro cayendo por su espalda. Duda un momento más, arrastrando un pie hacia adelante y hacia atrás, y luego levanta la barbilla y entra en la habitación con una pequeña sonrisa.

—En cierto modo nos conocimos ayer en la boda —dice ella—. Pero encantada de conocerte oficialmente, Nicky.

Extiende una mano, y mi hermano me lanza una sonrisa divertida antes de alargar el brazo para estrechar su diminuta mano entre la suya mucho más grande. —Encantado, Bianca. Rio es un hombre muy afortunado de tenerte a su lado.

Suelta su mano rápidamente. Sabe que es mejor no intentar retener demasiado tiempo algo que he reclamado como mío.

—Hmm. —Desvía brevemente la mirada hacia mí, y el fuego que leo en sus ojos enciende al instante mi miembro—. Estoy segura de que la suerte tiene poco que ver con la vida de Rio. Es demasiado calculador y estratégico como para permitir que la suerte juegue algún papel.

Nicky se ríe, y resisto el impulso de gruñir cuando dice: —Entonces ya conoces bien a tu marido.

—No —dice ella, sorprendiendo tanto a Nicky como a mí. Una vez más, sus ojos buscan los míos—. Creo que mi nuevo marido tiene muchas capas complejas, y no creo conocerlo mucho en absoluto.

Interesante observación. La estudio atentamente, buscando algún signo del pajarillo asustado que era cuando mis hombres la trajeron aquí. En solo unos días, ha perdido la timidez que enciende mi necesidad natural de controlarla. De aplastarla.

No estoy seguro de cómo me siento al respecto. No conozco otra forma de ser, que no sea usar mi poder para controlar a todos los que me rodean. La aparente confianza recién adquirida de Bianca en mi presencia desafía todo lo que sé sobre ella. Y sobre mí mismo.

No me gusta.

—Déjanos, Nikolas. —Ladro la orden, deseando estar a solas con mi esposa al menos unos minutos antes de que comience nuestro siguiente compromiso.

Y queriendo que mi hermano se vaya porque no puedo permitirme que nadie perciba ninguna incertidumbre en mi manera de actuar.

La incertidumbre en mi posición significa pérdida de poder. Pérdida de prestigio. Posiblemente incluso la muerte.

Debe haber algo implacable en mi tono porque Nicky no duda. Le hace un rápido saludo con el dedo a Bianca y desaparece por la puerta, cerrándola silenciosamente tras él, pero no sin antes lanzarme una mirada inquisitiva.

Bianca se sienta a medias contra el respaldo de uno de mis sofás que flanquean la chimenea, estudiándome con una expresión impasible. Pero se rodea el cuerpo con los brazos en un gesto

revelador.

Alzo las cejas al darme cuenta de que su confianza es, al menos en parte, una fachada.

—Entonces, ¿cuál es el plan ahora, Rio? —pregunta—. ¿Necesito estar encerrada en esa suite todo el tiempo? ¿O necesitas que actúe para los invitados, suponiendo que la mayoría de ellos aún estén aquí? ¿Qué quieres de mí ahora que estamos casados?

¿Qué quiero de mi esposa? —Quiero muchas cosas de ti, Bianca. Pero empezaremos con algo sencillo. Hay un almuerzo en el río hoy para los invitados de la boda que aún permanecen aquí.

—Quiero que me acompañes al evento, que se celebrará en mi crucero, y quiero que actúes como si estuvieras disfrutando de tu nueva vida como mi esposa. Habrá personas importantes en el almuerzo. Personas que necesitan vernos presentar un frente unido. Así que empecemos con eso, Bianca, y veamos cómo avanzamos a partir de ahí.

Ella hace un mohín de una manera deliciosamente molesta, y una vez más mi miembro se agita. Su boca en mi carne anoche fue la perfección. Había una vacilación en sus acciones cuando me tomó entre sus labios que hablaba de inocencia, pero las sensaciones que provocó con ese suave movimiento de arriba abajo, chupar y lamer me hicieron luchar para evitar correrme allí mismo en su garganta.

Su lengua sale para humedecer su labio inferior, y tengo que contenerme para no rodear el escritorio y aplastar su boca bajo la mía.

—¿Y bien?

No ha respondido.

—¿Intentaremos actuar como marido y mujer, Bianca? ¿O llamaré a mis hombres y te haré colocar de nuevo en la suite?

—De acuerdo. —Su voz es pequeña y ligeramente ronca. Se aclara la garganta—. Lo haré. —Luego suspira, y sus brazos caen a los costados—. Supongo que quieres que me arregle toda como un maniquí de plástico otra vez, ¿no?

Inclino la cabeza, sin estar seguro de por qué hay una parte de mí que disfruta del leve tono mordaz en su voz. No lo toleraría de nadie más, excepto posiblemente de Nicky, y no puedo precisar por qué se lo permito a ella.

—Creo que no —digo al fin—. Eres perfecta tal como estás.

—¡Oh!

Sonríó ante su sorpresa. —Pareces joven e inocente. No esperarán eso.

Sus hombros se hunden. —Claro. Por supuesto.

Finalmente, me pongo de pie y salgo de detrás de mi escritorio. Ella se encoge un poco cuando llego a su lado. Es confiada, y a la vez no. Esa dicotomía también me excita. Todo sobre Bianca me excita.

—¿Te vas a portar bien hoy, pajarito?

—Si eso me permite algo de libertad, entonces sí —dice, levantando la barbilla y mirándome audazmente a la cara.

Pero hay un destello de algo profundo detrás de sus ojos. ¿Resentimiento? ¿Desafío?

El desafío me excita más que cualquier otra cosa.

*Desafíame. Te reto, Bianca.*

Agarro sus caderas y la arrastro contra mí, queriendo que conozca mi necesidad. Caliente, dura y lista.

Sus ojos se ensanchan y sus labios se abren. El desafío desaparece, y en su lugar hay un deseo crudo y desnudo.

—Recuerda este momento, pequeña esposa —digo, inclinándome y casi, pero no del todo, tocando mi boca con la suya—. Te deseo. No te equivoques. Y te tendré de nuevo. Una y otra vez. Hasta que grites pidiendo piedad y liberación a partes iguales.

Su respiración se acorta, pequeños jadeos escapan de su garganta.

Aparto un mechón de pelo de su sien y acaricio con la punta del dedo su mejilla hasta la línea de la mandíbula.

—Pero primero, te exhibo ante nuestros invitados. La realeza de la mafia está aquí hoy, y tú eres ahora una reina entre ellos. Solo te advierto, te guste o no ese hecho, actuarás como si te gustara, o sufrirás las consecuencias.

## Capítulo Quince

*«No estamos atrapados por nuestros pensamientos. Lo que generalmente hacemos, sin embargo, es crear pensamientos que nos atrapan».*

Joshua David Stone

*Bianca*

Me repito constantemente que estoy cooperando con mi secuestrador porque eso me dará la mejor oportunidad de escapar.

En este mundo, la cooperación equivale a libertad, y aquí estoy, en el crucero de lujo de Rio en el río, haciendo todo lo posible por comportarme como él desea. Pero últimamente he tenido mucho tiempo a solas sin nada más que hacer que pensar —y darle vueltas— a todo. Y hay más en mis motivos que un simple deseo de ganar mi libertad de Rio Agosti.

Por mucho que odie quién es y lo que representa... Por mucho que quiera alejarme y verlo castigado por lo que me hizo a mí y a mis amigos... mi maldito cuerpo traidor se burla de mis pensamientos vengativos.

Mi cuerpo lo desea con una intensidad que nunca esperé o creí posible, y eso enturbia las aguas cuando se trata de tomar decisiones sobre cómo y cuándo huir.

Observo alrededor del crucero, lleno de mujeres hermosas y hombres poderosos, levanto mi copa de champán a mis labios y bebo lentamente. El espumoso francés es caro —lo mejor que el dinero puede comprar, como todo lo demás en este barco— y la comida que reparten los camareros impecablemente vestidos ha sido diseñada para tentar incluso al comensal más exigente.

No es que pueda comer nada. No cuando mi estómago está hecho un nudo y el ácido burbujea tan ferozmente que siento como si se estuviera quemando un agujero a través de mis entrañas.

El sol calienta mis hombros y espalda, la tarde se perfila como una de las más cálidas de la temporada hasta ahora, y el murmullo de conversaciones a mi alrededor está lleno de felicidad y satisfacción.

Este es mi almuerzo posterior a la boda. Se supone que yo también debería estar feliz. En el mundo real, de donde vengo hace poco tiempo, habría estado extasiada si me acabara de casar y estuviera organizando una fiesta vespertina en el río en un lugar tan pintoresco.

En *este* mundo —el mundo de los cárteles y los señores del crimen— la felicidad parece un sueño imposible.

Me alejo de la multitud y miro fijamente el agua marrón del río que golpea suavemente los costados del crucero, contemplando las posibilidades de supervivencia si simplemente saltara por la borda y me hundiera bajo las turbias profundidades.

Era buena nadando en la escuela. Puedo contener la respiración más tiempo que la persona promedio. Si el agua es lo suficientemente profunda para sostener este gran barco y los varios otros que actualmente están atracados en la propiedad ribereña de Rio, seguramente sería lo suficientemente profunda como para que las corrientes que giran y arremolinan a nuestro

alrededor pudieran arrastrarme sin ser vista bajo la superficie, ¿no?

¿Dónde está Rio ahora? ¿Y Francesca, y Nicky, y toda la gente de seguridad que ha estado vigilando? Miro por encima de mi hombro y nadie parece estar mirándome.

Podría hacerlo. Podría deslizarme por un costado y desaparecer antes de que se den cuenta de lo que ha pasado. ¿Dispararían al agua si lo hiciera? ¿Importaría?

De todos modos, estoy prácticamente muerta si me quedo aquí. No puedo imaginar que Rio quiera mantenerme cerca más tiempo del necesario para mostrar a este mundo cruel y deslumbrante que somos pareja. Para demostrar que, en efecto, tiene el control sobre la fortuna Carlotti.

Una vez que haya terminado de exhibirme y se firmen los papeles oficiales, ya no me necesitará. Y en ese momento, seré prescindible. Daño colateral en un trato que lo cimentará como el hombre más poderoso de esta región.

La convicción se cristaliza en mi mente, y cuidadosamente coloco mi copa de champán en la bandeja de un camarero que pasa. Luego agarro la barandilla de la cubierta con tanta fuerza que mis nudillos se vuelven blancos.

Respiración profunda, por encima del borde, quitarme los zapatos y nadar con la corriente bajo la superficie hasta que ya no pueda contener la respiración. Resurgir, respirar y luego hacerlo de nuevo. Y otra vez. Hasta que esté tan lejos de Rio como pueda llegar.

Puedo hacer esto. *Puedo.*

Entonces... ¿por qué no lo hago?

¿Por qué simplemente me quedo aquí, agarrando la parte superior de la barrera como si estuviera congelada en el lugar? ¿Por qué no me... *nuevo*...

Miro fijamente el agua durante un minuto. Dos.

Hasta que el momento de escape pasa, y una voz profunda en mi oído dice:

—¿Otro champán, pajarito?

Ni siquiera lo miro. No puedo. O estará regodeándose con una sonrisa de satisfacción, o estará enojado con esa rabia fría como el hielo más aterradora que la ira ardiente que la mayoría de la gente muestra cuando está molesta.

—Claro. ¿Por qué no? —¿Por qué diablos no? Tal vez debería emborracharme.

Extiendo la mano y él desliza una copa llena en ella. La llevo a mi boca y doy un gran sorbo. Casi un trago.

—Tranquila —dice en voz baja—. Aún queda mucho antes de que termine este día, Bianca.

Entonces sí lo miro porque hay una nota en su voz que no esperaba. ¿Preocupación? No puede ser.

Pero ahí está, en lo profundo de sus ojos. Preocupación y curiosidad. Ni regodeo ni rabia.

—¿Por qué no lo hiciste? —Sigue hablando en voz baja.

—¿Por qué no... Espera. ¿Tú... *sabías*? —¿Cómo podía saber lo que había estado considerando?

Lo que casi había hecho.

—Por supuesto que lo sabía. Te estaba observando desde la cubierta superior. —Levanta la barbilla y sigo su mirada hacia donde más personas están mezclándose en la cubierta más alta sobre nosotros.

—¿Y aun así no bajaste corriendo para evitar que saltara? ¿O enviaste a tus matones para mantenerme en mi lugar?

—Si huyes, sabes lo que pasará. Y no hay lugar donde puedas esconderte de mí, Bianca. Siempre te encontraré. Así que esperé. Quería ver si lo harías. Repito mi pregunta. ¿Por qué no saltaste por la borda cuando tuviste la oportunidad?

Lo miro con el ceño fruncido, tratando de articular mi razón para no intentar escapar, pero al final, me quedo con la verdad.

—No lo sé. Quería hacerlo. Casi lo hice, y luego, simplemente no lo hice.

No es mucha respuesta, pero el breve gesto en la comisura de sus labios me muestra que no está demasiado decepcionado con mi respuesta.

—Honestidad. Me gusta eso de ti, Bianca. Sé siempre honesta conmigo, y yo te corresponderé de la misma manera.

—De acuerdo —me giro y vuelvo a mirar el agua, estremeciéndome cuando una ligera brisa se levanta de repente, agitando mi cabello—. ¿Vas a matarme?

Una breve risa es su respuesta.

Le lanzo una mirada—. Honestidad, Rio. Por favor.

Apoya los antebrazos en la barandilla junto a mí, y espero lo que parece una eternidad antes de que abra la boca como si fuera a responder. Pero entonces la cierra de golpe cuando un grupo de hombres se acerca a nosotros.

Uno de ellos es su hermano Nicky. Otro es Carlos Rossi, el hombre que dijo que conocía y amaba a mi madre. No tengo ni idea de quiénes son los demás. Probablemente estuvieron en nuestra boda, pero las caras de todos eran un borrón ayer.

—No puedes acaparar a la hermosa novia toda la tarde, hermano. ¿Cómo estás esta tarde, Bianca? Veo que has sobrevivido a la noche de bodas con Rio —Nicky levanta mi mano libre y planta un beso en mis nudillos, sus labios se demoran un segundo de más en mi piel.

El gesto es extrañamente entrañable, y un desafío evidente para Rio, que parece erizarse a mi lado.

Resisto el impulso de poner los ojos en blanco ante la exhibición de testosterona de ambos, y en su lugar lanzo una sonrisa tensa de saludo a Nicky antes de arrebatar mi mano y volverme hacia Rossi—. ¿Cómo está hoy, señor Rossi? Confío en que haya disfrutado de nuestra... boda.

Mi voz gotea sarcasmo, y por alguna razón, todos los hombres se ríen como si hubiera dicho algo muy divertido.

—Por favor, querida. Llámame Carlos —luego mira a mi marido—. ¿Puedo robarle a tu novia, aunque sea por unos minutos? No muy lejos. Quizás podríamos sentarnos justo allí.

Señala hacia un banco acolchado que ofrece un poco de protección contra el sol.

Abro la boca para aceptar, pero Rio responde antes de que pueda decir una palabra—. Puedes. Cinco minutos, Rossi. Hay otros a quienes deseo que conozca.

Carlos sonríe, pero no hay alegría en su expresión—. Por supuesto. Ven, querida.

Ofrece su brazo, obviamente esperando que lo tome. Cuando lo hago, me guía hasta el banco y espera a que me siente antes de unirse a mí.

—La próxima vez, pregúntame directamente —digo, tratando de ser educada pero sin ocultar mi molestia—. No necesitas preguntarle a *él*.

Niega con la cabeza—. No funciona así en nuestro mundo, Bianca.

—Entonces, ¿soy una... *posesión* de Rio o algo así? Ahora que estamos casados, ¿él... qué? ¿Me *posee*?

—Eres suya, sí —Carlos asiente con calma como si simplemente estuviera hablando del clima.

Soy suya.

Nunca seré suya. Y sin embargo, de alguna manera, sé que ya lo soy.

Miro fijamente a Carlos, preguntándome cuán cercano era a mis padres—. Entonces, si te pidiera que me ayudaras a escapar de Rio...

Sus ojos se agrandan.

La desesperación me invade cuando leo el "no" en su expresión sin que tenga que decirlo en voz alta—. ¿Por el bien de mi madre? —añado—. Dijiste que la amabas. ¿No es así? *Por favor*, Carlos.

Mi voz se espesa mientras mi garganta se obstruye con lágrimas repentinas. ¿Nunca podré escapar de este lugar?

Debería haber saltado al río cuando tuve la oportunidad.

*Tonta. Maldita tonta indecisa.*

Carlos se inclina hacia adelante y brevemente me da una palmadita en la rodilla—. Sí, amé a tu madre. Te pareces tanto a ella, querida. Y por esa razón, deseo darte un pequeño consejo.

—¿Consejo? —En algún momento, he perdido la copa de champán. Cruzo los brazos sobre el pecho para detener el nervioso movimiento que mis dedos anhelan hacer—. Está bien, te escucho.

—Rio pronto te hará firmar la renuncia a tus derechos sobre el imperio Carlotti. Es vasto, Bianca, y como única Carlotti que queda, eres una mujer extremadamente rica por derecho propio. Tu padre era un hombre de negocios inteligente y dirigía un equipo eficiente en su época.

Una risa amenaza con burbujear y salir de mi garganta obstruida.

¿El *equipo* de mi padre? ¿El *maldito equipo* de mi padre?

Carlos sigue hablando. Parpadeo para alejar mi inminente histeria e intento concentrarme en sus palabras.

—Firma los papeles. Haz todo lo que te pida. Y cuando llegue el momento adecuado, intervendré y te ayudaré a recuperarlo todo. Pero debo advertirte, querida. Nunca intentes huir de Rio. Su alcance es demasiado poderoso.

Saca un pañuelo y se seca la frente. Todavía estoy procesando sus palabras anteriores sobre mi padre. Mi familia. Mi *imperio*.

—Le fascinas, por el momento —continúa Carlos—. Eso es obvio para todos los que os ven juntos. Pero no te equivoques, si huyes, nunca te lo perdonará. Te perseguirá y te matará. Y luego matará a todos los que hayas amado o apreciado. Es quien es, Bianca. Es todo lo que conoce, y no quiero que experimentes jamás el terror de estar en el lado equivocado de Gregorio Agosti.

## Capítulo Dieciséis

«El matrimonio es la única guerra en la que duermes con el enemigo».

Francois de La Rochefoucauld

*Bianca*

¿Cómo puedo mantenerme en el lado correcto —como dijo Carlos Rossi— de Gregorio Agosti? ¿Es posible evitar que caiga el hacha metafórica cuando estoy casada con un jefe de la mafia? Nunca estoy segura de cuándo o desde qué dirección aparecerá la próxima amenaza.

Durante el día hago poco más que sentarme en mi suite mientras varias personas me visitan para proporcionarme caras manicuras, pedicuras, tratamientos faciales y capilares.

Una mañana llega una mujer con un séquito que trae percha tras percha de ropa. Me invitan a elegir las piezas que quiero mientras la mujer mide cada centímetro de mi cuerpo para poder personalizar mis elecciones.

La visita es aterradora por lo que implica: un futuro a largo plazo como esposa de Rio, donde realmente podría necesitar todas estas piezas de ropa elegante, y todo lo que puedo pensar es en poder escapar algún día y volver a mi antigua vida.

Excepto que mi antigua vida se ha ido.

Nada volverá a ser lo mismo, incluso si logro salir de aquí y reunirme con el equipo de Lots of Paws. No es que me aceptaran de vuelta después de lo que sucedió justo en su puerta.

El problema más grande es que no puedo *desconocer* lo que ahora sé: que nací en una familia de la Mafia; que mi sangre está manchada por la violencia que tocó a mis amigos y amenazó a las personas y el lugar de trabajo que me importan.

No hay vuelta atrás de eso.

Francine continúa trayendo comida con su habitual manera inexpresiva, y de vez en cuando, se me permite salir —acompañada, por supuesto— a los jardines de la finca para pasear y tomar aire fresco.

En realidad, nunca he estado más aburrida en mi vida. ¿Es así como la gente rica llena sus días? Siempre he estudiado o trabajado y me he cuidado a mí misma, y en el centro de rescate, cosas como manicuras y peinados perfectos son una total pérdida de tiempo y dinero.

Las noches, sin embargo, se han vuelto completamente diferentes de mis días. Las dos primeras noches después del almuerzo en el río, Rio me dejó completamente sola. Debería haberme sentido aliviada, pero en lugar de eso me encontré dando vueltas en la cama y preguntándome si de alguna manera había dejado de desearme.

¿Por qué debería importarme si ya no me desea? Debería estar contenta por eso. Pero durante esas dos noches, solo logré conciliar el sueño cerca del amanecer, enredada en mis sábanas de seda y preguntándome si Rio estaba en la cama de otra mujer. Enterrado profundamente dentro de su coño dispuesto y haciéndola gritar mientras se corría, como me hizo a mí.

La tercera noche, la claustrofobia pudo conmigo. Dejé las cortinas del dormitorio abiertas de par

en par y abrí las puertas que daban al gran balcón. Cuando me acostara, al menos tendría aire fresco entrando en la habitación y podría ver las estrellas mientras contemplaba mi loca existencia actual.

Mientras me giraba de la ventana hacia la cama, una sombra se movió cerca de la puerta del dormitorio. Solté un pequeño grito y automáticamente salté hacia atrás, tratando de ocultar mi desnudez.

—¡Rio! ¡Me has asustado!

Él entró completamente en la habitación, y la luz de la luna iluminó sus rasgos. Estaba serio, como siempre, y no pude leer la expresión en sus ojos, que permanecían en la sombra.

Se movió rápidamente, rodeando la cama y agarrando una de mis muñecas con un agarre firme.

La excitación se acumuló entre mis piernas ante su toque. Ante la ligera rudeza en sus movimientos mientras me acercaba a él.

Ante la aspereza en su tono cuando anunció:

—He tenido negocios inesperados las últimas dos noches, pero ya está hecho. Te deseo, *cara mia*.

¿*Cara mia*? No tuve tiempo de procesar la frase y su significado antes de que su boca se aplastara contra la mía, y fui transportada instantáneamente a un estado de necesidad. Necesidad de él. De su toque. Mi cuerpo lo había estado anhelando durante días, y no me había dado cuenta de cuánto hasta ese momento.

No hubo juegos preliminares esa noche más allá de ese primer beso aplastante. Cuando nos separamos, ambos respirando pesadamente, simplemente me levantó, me arrojó sobre la cama y luego me dio la vuelta sobre mi estómago.

Mientras yo jadeaba y me revolvía entre las sábanas, tratando de encontrar apoyo con manos y rodillas, él se bajó la cremallera de los pantalones y agarró mis caderas, arrastrándome hacia él y empalándose profundamente dentro de mí.

Di un grito ante la invasión, pero se sentía tan condenadamente bien que mi grito fue seguido por un gemido decadente. Meneé el trasero, tratando de forzarlo aún más profundo, y entonces él comenzó a embestir.

—Oh, Dios mío, Rio. Sí. Más.

Él gruñó sobre mí.

—Cállate, mujer.

—No, yo...

El escozor de una fuerte palmada en mi nalga izquierda detuvo instantáneamente mis palabras.

En su lugar, solo gemí y supliqué silenciosamente por más bajando mi cara directamente sobre las sábanas para darle el mejor acceso posible.

Me folló duro y rápido, y la oleada de calor dentro de mí cuando se corrió me llevó al borde de mi propio orgasmo.

No hubo delicadeza esa noche, solo necesidad. Nada de ternura, solo liberación. Hasta que me

llevó al baño, y empezamos todo de nuevo bajo el aguijón de una ducha caliente y humeante.

Ahora, Rio visita mi cama cada noche y se queda hasta casi el amanecer. Por mucho que crezca mi ira y frustración por mi encarcelamiento, también crece mi deseo por mi marido.

Puede que sea reacia a admitirlo, pero ya no puedo negarlo, ni a él ni a mí misma.

Estoy desesperada por el toque de Rio. Y por alguna razón, él también parece desesperado por el mío.

\*\*\*

Hemos tenido sexo todas las noches durante las últimas dos semanas. Sexo increíble y estremecedor. Nunca supe que podía ser así: cuanto más lo tienes, más lo deseas. ¿Es así con todo el mundo, o solo se siente así porque mi cuerpo lo desea tan intensamente?

Las cortinas permanecen abiertas de par en par cada noche, y he llegado a disfrutar la experiencia de ver el amanecer cada mañana. Es una de las pocas cosas que realmente amo de mi situación actual, y sé que probablemente dormiré para siempre con las ventanas sin cortinas, sin importar lo que depare el futuro.

Ver a Rio dormir es una de las pocas ocasiones en las que siento que estoy viendo al verdadero hombre bajo la rígida máscara que lleva en cada momento de vigilia. La constante dureza de sus facciones se suaviza ligeramente durante el sueño, su mandíbula está menos tensa, y me encuentro trazando suavemente los contornos de su rostro mientras apoyo mi mejilla contra su pecho y escucho su respiración lenta y constante.

La primera vez que toco su rostro, se despierta instantáneamente y aparta mi mano tan rápido que mi corazón da un vuelco.

Su mirada está híper alerta, recelosa, hasta que se da cuenta de que solo soy yo intentando acariciar su mandíbula. Después de varios segundos, suelta mi muñeca y se acomoda de nuevo contra las almohadas, cruzando los brazos detrás de su cabeza.

—No duermo frente a otros —dice sin rodeos.

—Excepto conmigo. —Hay una inesperada oleada de orgullo al darme cuenta de que soy una de las pocas personas a las que ha permitido echar un vistazo detrás de la máscara, aunque no hubiera tenido la intención de permitirlo, o de quedarse dormido frente a mí.

—Eso parece.

El más leve indicio de vulnerabilidad en su tono es tan impactante que automáticamente extendiendo la mano y paso mis dedos por su mandíbula una vez más, queriendo consolarlo. Se tensa, pero esta vez permite la caricia sin detenerme.

Ahora, cuando lo toco mientras duerme, se mueve pero no se despierta completamente. Ocasionalmente, su boca, que suele parecer cruel, se levanta en las comisuras en una leve sonrisa.

Hacer sonreír a Rio se ha convertido en una de mis cosas favoritas en toda esta locura.

No tengo idea de lo que está pasando entre nosotros. Todavía lo odio, o al menos odio quién y qué es, y lo que me ha hecho a mí y sin duda a muchos otros a lo largo de los años, pero me fascina de una manera que ningún otro hombre lo ha hecho jamás.

Rio es un monstruo hermoso y fascinante, y yo soy como una polilla atraída por la proverbial llama monstruosa.

Una mañana, cuando Rio está a punto de salir de mi cama, la locura de nuestra situación explota de la nada y llena mi cabeza y mi corazón.

Agarro su brazo, sin estar segura de lo que estoy haciendo o por qué. —Por favor, Rio.

El sol está asomando por el horizonte, y los rayos dorados comienzan a deslizarse por el paisaje exterior. Esta vez, se ha quedado más tiempo de lo habitual, y su evidente renuencia a dejarme cada mañana es quizás lo que me ha envalentonado esta vez.

Se detiene ante mi súplica, luego sus músculos de la espalda se ondulan mientras se endereza y balancea sus piernas sobre el borde de la cama. Me mira por encima del hombro, con las cejas arqueadas inquisitivamente.

—¿Por favor qué?

Me siento, acercando mis rodillas hacia mi pecho y aferrándome a la sábana para cubrir mis pechos desnudos. —¡No puedo vivir así más!

Las palabras brotan de mí, y sus cejas levantadas se bajan en un ceño fruncido. Sus ojos se oscurecen, su desagrado momentáneamente obvio incluso en las sombras de la luz temprana de la mañana. Luego, la aterradora "nada" que mostró cuando lo conocí por primera vez desciende sobre su rostro.

Trago saliva con dificultad. Odio esa mirada de "nada".

Casi me había olvidado de ella porque no la he visto en varios días. Me asusta más que su ira, esa mirada, porque lo convierte de nuevo en un monstruo desapegado que puede tomar decisiones de vida o muerte sin parecer preocuparse por las consecuencias.

Aprieto los bordes de la sábana en mis puños cerrados. Puede que tenga miedo, pero por el bien de mi cordura, tengo que hacer mi siguiente pregunta.

—No estoy acostumbrada a estar sentada sin hacer nada, Rio. A que la gente me mime. No es mi estilo. Necesito *hacer* algo con mi vida. Un trabajo, alguna forma de contacto con el mundo exterior, ¿un teléfono? ¿Acceso a internet? Incluso un periódico sería un comienzo. Me estoy volviendo loca por el aburrimiento. Por la desconexión con todo y con todos. Excepto contigo.

—¿No soy suficiente para ti?

Abro la boca para mentir y decir "sí, por supuesto que lo eres", pero la verdad sale en su lugar.

—No. No lo eres.

Parpadea como si lo hubiera sorprendido de alguna manera.

—Me pediste que siempre fuera honesta contigo.

—Lo hice. —Se queda quieto como si estuviera pensando antes de añadir—: Estás pidiendo contacto con el mundo exterior.

Ante mi asentimiento, me estudia un momento más, luego se levanta y se pone su ropa. No hay prisa en sus acciones; rara vez la hay. Siempre está en control, metódico y sin emociones, y ahora no parece ser la excepción.

—Ambos sabemos lo que pasará si permito eso —dice al fin, cuando está completamente vestido.

Se dirige a la puerta y me mira con una expresión ilegible.

—No lo haré. —Niego con la cabeza y parece que no puedo dejar de hacerlo—. Lo prometo. No huiré. Si prometo por mi vida, y por las vidas de mis amigos y colegas de trabajo, no huir, ¿por favor me darás *algo*? ¡Por favor!

Finalmente, levanta un hombro ancho en un encogimiento. —Lo consideraré. Hay un evento de gala mañana por la noche al que se espera que asista...

Sus ojos se estrechan como si estuviera considerando y descartando la idea de que yo pudiera asistir junto a él. Intento parecer lo menos amenazante posible, dejando deliberadamente que la sábana caiga y exponga mis pechos desnudos. Sutilmente, arqueo un poco mi espalda, empujándolos hacia adelante en su campo de visión.

Dios, ¿en qué me ha convertido?

Su mirada cae sobre mi cuerpo expuesto, luego abruptamente se da la vuelta y se va.

Bueno, tanto para usar el sexo para vender mi mensaje.

Me dejo caer contra las almohadas, luchando contra el impulso de gritar mi frustración en voz alta. Una vez más, me han dejado para enfrentar el amanecer de otro día como la esposa de Río. Sola.

Y sin solución sobre cómo escapar de esta situación loca e intolerable.

## Capítulo Diecisiete

*«En el sentido más verdadero, la libertad no puede ser otorgada; debe ser alcanzada».*

Franklin D. Roosevelt

*Bianca*

Más tarde esa mañana, cuando Francine llega con una cafetera y un muffin de arándanos —le había mencionado a Rio una noche que me encantan los arándanos—, hay una sorpresa esperando en la bandeja del desayuno junto a la cafetera y la comida.

Un periódico doblado.

Mi primera comunicación —de cierta manera— con el mundo exterior a este complejo aislado.

Lo agarro rápidamente antes de notar que la fecha es de hace una semana más o menos. Se me hunde el corazón. Noticias viejas, entonces. Aunque incluso eso es mejor que nada.

Francine debe ver mi decepción porque de repente habla.

—Él pensó que le gustaría ver esta edición en particular. Página cinco.

Obedientemente abro el periódico en la página que indica y no puedo evitar el jadeo que se me escapa. Hay una foto enorme de Rio y yo en nuestra boda. Parece haber sido tomada después de la ceremonia justo cuando salíamos de la capilla. Mi brazo está entrelazado en el suyo, mi mano descansando en su antebrazo, y su otra mano cubre la mía. Él me está mirando con el más leve indicio de una sonrisa enigmática en sus labios.

El calor llena mis mejillas mientras estudio la mirada embelesada que le estoy dando a cambio. Incluso entonces, mi deseo por él debe haber sido obvio para todos los que nos rodeaban. Mi deseo, y una especie de pasión ardiente que podría ser interpretada de varias maneras diferentes por personas que no me conocen.

Ira. Impaciencia. Desesperación por terminar con las festividades y llevar a mi nuevo marido a la cama. Cualquiera de ellas podría aplicarse, aunque yo sé que fue la rabia por las circunstancias lo que alimentó mi sistema ese día.

Dios, ni siquiera parezco yo en esta foto. Miro mi reflejo en el espejo sobre la chimenea en el área de estar.

Ya no me parezco en absoluto a la antigua yo.

Parezco la esposa de un mafioso. Pulida y elegante y con una pasión casi oculta ardiendo justo bajo la superficie, oscureciendo mis ojos y levantando mi barbilla en desafío.

La consternación me golpea en el estómago cuando me doy cuenta de que probablemente todos de mi antigua vida habrán visto esta foto y leído el artículo adjunto que ocupa la mayor parte de la página. El periodista debe haber sido preparado por la gente de Rio. Por supuesto que lo habría sido. Así es como funciona en este mundo.

El artículo habla sobre mi descubrimiento de mi verdadero origen, e insinúa que Rio amablemente me ayudó a navegar el camino para convertirme en Bianca Carlotti. Afirma que

nos enamoramos instantáneamente y tuvimos un noviazgo relámpago que terminó en nuestro matrimonio. Concluye que la unión de dos grandes familias del área de Boston solo puede significar grandes cosas para esta ciudad y la región.

*Joder. Me.*

Arrojo el periódico a la chimenea, la ira hirviendo dentro de mí mientras veo el papel arder.

Ninguna mención de la verdad. Del hecho de que me secuestró a punta de pistola. Que sus matones *dispararon* a mis amigos. Que me golpearon en la cara, me metieron en el maletero de un coche, y que él me *obligó* a casarme con él amenazando con lastimar a personas que me importan.

¿Ha olvidado todo eso? ¿Es simplemente un psicópata que reescribe la realidad para adaptarla a su propia versión distorsionada de la verdad?

Yo no lo he olvidado. Y nunca lo haré.

Francine gruñe y sacude la cabeza mientras ambas vemos arder el periódico. Hay censura en su mirada cuando me aparto de las llamas.

Qué mala suerte. Ella es tan horrible como él. Levanto la barbilla y la miro fijamente, desafiándola a decir algo sobre el artículo.

En lugar de eso, dice:

—Él quiere que esté lista para una reunión a las once. Tiene papeles que firmar, creo. Y luego esta noche, asistirá a la gala de su brazo. Argumenté en contra de lo último, por supuesto, pero él insiste.

—¿Me va a dejar salir a la gala? —La miro boquiabierta, mi mente dando vueltas con la noticia inesperada. Luego la otra parte de lo que dijo penetra—. Espera. ¿Papeles para firmar? ¿Te refieres a...?

Mi corazón se salta un latido. Así que, supongo que hoy es el día en que le cedo el imperio Carlotti a Rio Agosti. A menos que me atreva a desafiarlo, por supuesto. Pero si hago eso, probablemente las personas que me importan terminarán muertas.

\*\*\*

Está hecho. Los papeles están firmados, y Rio ahora está formalmente en control del imperio Carlotti que ni siquiera sabía que existía hasta que sus hombres me arrebataron de la calle y pusieron toda mi vida patas arriba.

Levanto mis ojos hacia los de Rio, ignorando al equipo de abogados alrededor de la mesa de conferencias que están guardando contratos y papeleo de vuelta en sus maletines y haciendo movimientos para salir de la oficina donde acabo de firmar mi vida.

—¿Estás contento ahora, *esposo*? —No me molesto en ocultar la amargura en mi tono.

No es que quiera el dinero para mí. No tendría idea de qué hacer con tanta riqueza, o cómo dirigir un cártel. Y no quiero tocar nada que probablemente esté creado con sangre. No tengo idea exactamente de lo que mis padres hicieron para construir el imperio Carlotti, pero no puedo imaginar que todo fuera limpio y legal.

No en esta industria. Esta *vida*.

No. Ninguna de esas cosas impregna mi voz con vitriolo.

Lo que realmente tiene mi estómago revuelto es la forma en que Rio procedió para asegurar mi fortuna como suya. Si mi nacimiento y herencia me hubieran sido explicados de una manera civil y racional, y se me hubiera permitido tomar decisiones por mí misma en relación con mi vida y mi futuro, tal vez hubiera podido hacer una diferencia positiva en las vidas de tantas personas.

Cuando Rio me secuestró, hizo que *dispararan* a mis amigos, y destruyó todo lo que alguna vez supe sobre mi vida —incluyendo mi propia identidad—, me quitó la capacidad de elegir por mí misma. Y a pesar de que su presencia me excita sexualmente, no puedo perdonarle por quitarme el derecho humano básico relacionado con la elección.

También hay una pequeña parte de mí —una parte que estoy tratando de ignorar— que teme el momento en que anuncie que ya no me necesita. Tiene mi dinero. Mi nombre. Y los derechos de mi herencia familiar, tal como es.

Ya no me necesita. Me pregunto si obtendremos una anulación o un divorcio.

Rio encuentra mi mirada, y un rayo de temor me atraviesa ante la falta de emoción en sus rasgos. Incluso después de la cercanía física que hemos compartido, parece completamente impasible por todo excepto los negocios.

¿Y si no quiere un divorcio? ¿Y si simplemente me hace matar? Seguramente sería mucho más barato para él simplemente ponerme una bala en la cabeza y arrojarme con botas de cemento al río detrás de su propiedad.

Como si pudiera sentir el miedo que dispara mi pulso, la boca de Rio se curva en una esquina. Sin embargo, no hay humor en esa sonrisa suya, solo desdén. Coloca sus manos cuidadosamente sobre la mesa de conferencias, con los dedos extendidos, y se levanta lentamente.

—Estoy satisfecho con el resultado de la reunión de hoy —su mirada se cierra aún más, y se gira antes de volver casualmente como si acabara de recordar algo—. La gala de esta noche es una prueba. Si la fallas, habrá consecuencias. *Esposa*.

Su sonrisa desdeñosa se ensancha, volviéndose lobuna, y luego se va en un torbellino de movimiento, dejándome con una sala llena de abogados y un guardaespaldas que indica con aire impasible que debo precederlo hacia la puerta.

\*\*\*

*Rio*

Va en contra de todo lo que soy permitir que Bianca asista a la gala esta noche. Habrá más de cuatrocientos cincuenta invitados, incluyendo agentes encubiertos, estoy seguro, dada la lista de invitados. Y el evento, que se celebrará en el Renaissance Waterfront, será ampliamente cubierto por los medios, lo que añade otra capa de complejidad para mantener a Bianca bajo control.

Habrà muchas oportunidades para que mi esposa se escape de mí o hable públicamente sobre cómo se produjo nuestro matrimonio. Se arrepentirá si lo hace.

Muchos de los medios presentes están en mi nómina, y aquellos que no lo están sin duda pueden ser persuadidos para escribir lo que me convenga a mí y a mi familia.

Aun así, instruyo a Danelli cuidadosamente de antemano, asegurándome de que entienda la importancia de mantener los ojos sobre Bianca en todo momento. Incluso si tiene que duplicar la seguridad habitual o pagar una prima al equipo. Cualquier cosa que sea necesaria para que hagan su trabajo y eviten que ella huya tiene mi aprobación.

Hablaba en serio cuando se lo dije en la sala de conferencias antes. Si supera la noche de hoy y se comporta, puede que se gane más libertad. Si no lo hace, habrá consecuencias y sentirá mi ira.

El escalofrío que recorre mi espina dorsal mientras la espero en la entrada principal de la finca no me es familiar, ni tampoco lo son las dudas que rondan mi cabeza.

Yo no dudo. Sé lo que quiero y hago lo que sea necesario para conseguirlo.

Control. Y poder. Van de la mano. Así es como me criaron y cómo mantengo mi posición a la cabeza de esta familia.

Bianca ha creado una pequeña grieta en mi confianza innata. Necesito remediar eso. Pronto.

Y sin embargo, no puedo obligarme a deshacerme de ella, aunque ambos sabemos que ya no la necesito ahora que el imperio Carlotti está oficialmente alineado con el mío.

Las imágenes se suceden en mi mente. La forma en que me mira con tanto odio, y luego sus ojos se oscurecen y se derriten cuando la tomo en mis brazos y reclamo su cuerpo. La forma en que se muerde el labio inferior cuando está nerviosa, pero balancea sus caderas con tranquila confianza cuando se mueve. La forma en que su aroma se eleva a mi alrededor, enviando mis sentidos a la sobrecarga cada vez que está cerca. Ese pequeño sonido que hace cuando empujo con mi polla lista en su coño caliente, una mezcla entre gemido y quejido que envía una descarga eléctrica directamente a mi ingle.

Todo en Bianca es contradictorio e intrigante. Como si la mujer que fue criada para ser —Bree— hubiera sido superpuesta por su sangre Carlotti, pero Bree se niega a rendirse y desaparecer por completo.

Ella es tanto Bree como Bianca, todo en uno, y de alguna manera ha tallado un camino profundo en mis pensamientos sin que yo me diera cuenta de cuándo o cómo.

Mi polla se agita, como si solo pensar en ella hubiera recreado su aroma y sus sonidos y su irresistible llamado de sirena. Cambio el peso de un pie a otro, sofocando la necesidad inoportuna.

Habría tiempo para eso más tarde. Si se comporta. Y si no, entonces mi pequeña esposa bien podría encontrarse recibiendo una muy merecida azotaina. Aunque, a juzgar por sus respuestas hasta ahora, una azotaina puede ser menos disuasoria de lo que pretendo.

Miro mi reloj; está cerca de llegar tarde. Estoy a punto de enviar a alguien arriba para que la revise cuando veo movimiento en lo alto de las escaleras.

Desciende lentamente con sus tacones como si tuviera un poco de miedo de caerse, y no es hasta que llega al último escalón que me doy cuenta de que no he respirado desde que apareció.

Inhalo aire por la nariz y luego lo expulso, profundo y lento. Cuando finalmente estoy de vuelta en completo control, hablo:

—Te ves impresionante, Bianca. Hermosa.

Su vestido es largo y de un plateado brillante. La tela abraza sus curvas, dejando poco a la imaginación a pesar del corte modesto del escote. Al menos, es modesto en el frente. En la parte trasera, que noto cuando ella se gira ligeramente, el vestido expone la mayor parte de su espalda.

Su cabello está recogido por una vez, asegurado en un estilo suelto con un broche tachonado de diamantes, y sus generosos labios están cubiertos de un rojo rubí profundo.

Levanta su mirada hacia la mía, escrutando mi rostro como si tratara de medir mi reacción. Un tono rosado se extiende por sus mejillas, haciéndola aún más hermosa, si eso es posible. Baja la mirada, luego vuelve a mirarme a través de sus largas pestañas oscuras. Miradas falsamente inocentes como esa son donde puedo ver tanto a Bree como a Bianca.

—Gracias, Rio. Tú... —tose y aclara su garganta—. Tú también te ves muy guapo con tu esmoquin. Como siempre.

Extiendo mi mano. Ella no se mueve, permaneciendo quieta casi demasiado tiempo antes de finalmente dar un paso adelante y entrelazar nuestros dedos. La conduzco hacia la limusina que espera bajo el pórtico y la ayudo a entrar al vehículo antes de subir tras ella. Mientras el conductor sale de la finca hacia el hotel del paseo marítimo, mantengo la mano de Bianca en la mía, sintiendo una oleada de algo embriagador que no he experimentado antes.

Permanezco en silencio durante el viaje, pasando la mayor parte del trayecto tratando de identificar qué es. No es hasta que estamos llegando a la entrada del hotel que finalmente lo descifro.

Vivo. En presencia de Bianca, me siento vivo.

Y eso podría ser un gran problema, porque significa que le he permitido meterse bajo mi piel.

## Capítulo Dieciocho

«Hay una delgada línea entre el amor y el odio».

Simone Elkeles

*Bianca*

Hubo un momento, mientras Rio me observaba bajar las escaleras de su mansión, en el que simplemente no pude respirar. El calor ardiente en su mirada mientras me miraba fijamente fue tan inesperado que casi tropiezo.

Por suerte, logré recuperar el control de mis piernas repentinamente temblorosas y llegar al final sin desplomarme a sus pies.

Es tan guapo, de una manera oscura y taciturna, aunque no creo que sepa o le importe su propio aspecto. El esmoquin negro con camisa blanca y corbata negra es el atuendo tradicional, pero en Rio, con sus anchos hombros y su poderosa presencia, el look se transforma en algo impresionante.

Cuando me tendió la mano, me quedé paralizada. Se sentía como un momento crucial en lo que sea que fuera esta *cosa* entre nosotros. Él es mi secuestrador, mi carcelero, mi marido y ahora mi amante. Y mis sentimientos hacia él siguen siendo una gran bola de confusión en mi pecho.

Se sintió como una especie de compromiso cuando di un paso adelante y entrelacé mi mano con la suya.

Un compromiso para pasar la noche en sus términos y reconocer la pizca de confianza que me está ofreciendo sin intentar huir.

La gala está en pleno apogeo cuando llegamos. Cientos de invitados deambulan por el vasto espacio del salón de baile Pacific Grand, bebiendo y picoteando canapés servidos por un ejército de camareros. No tenía idea antes de llegar de qué se trataba el evento, pero mirando alrededor la decoración y los carteles, me doy cuenta de que debe ser para una beneficencia de un hospital.

Empiezo a mordeme el labio inferior con los dientes, los nervios me traicionan, pero luego recuerdo que llevo lápiz labial y disimuladamente me paso la lengua por los dientes, esperando que ahora estén libres de pintalabios.

¿Cuántos de los presentes están involucrados en el crimen? ¿Saben el hospital y los miembros de su junta directiva de dónde proviene probablemente parte del dinero recaudado?

Antes de que pueda seguir con esos pensamientos, Rio desliza un brazo alrededor de mi cintura y me sostiene firmemente contra su costado. Sus dedos rozan el borde de mi pecho, y contengo la respiración ante la sensación ondulante que se extiende desde su toque.

Se inclina para susurrarme al oído:

—Me gusta que pueda encenderte tan rápido, Bianca. Solo con las puntas de mis dedos. Me complace.

Lo miro fijamente, y la expresión en sus ojos transforma mi tensión interna en deseo instantáneo. Desearía que estuviéramos de vuelta en mi habitación, en mi cama, antes de darme cuenta de que

nos ha detenido en el lugar perfecto para que los fotógrafos que deambulan capten una foto de nuestra entrada. Justo cuando lo miro con lo que probablemente parece adoración.

*De nuevo.*

Las cámaras están por todas partes, disparando en rápida sucesión mientras él nos gira ligeramente y asiente a algunos de los fotógrafos. Finalmente, nos adentramos más en la sala.

—Bien hecho —murmuro—. Muy calculado.

—Por supuesto. Quiero que todos vean que estamos unidos como pareja esta noche —dice—. Aunque no estaré a tu lado toda la velada. Tengo negocios que atender.

—¿Negocios? Por supuesto que los tienes. —Mi tono es seco, pero obedientemente sonrío a uno de los fotógrafos que se demoran mientras toman otra foto final de la «feliz» pareja recién casada.

—Nunca estaré lejos de ti, Bianca.

—¿Tú o tu equipo de asesinos?

Él no se inmuta ante mi intento de provocarlo.

—No te preocupes, Rio, sé lo que esperas de mí esta noche. Me portaré bien.

—Asegúrate de hacerlo.

Detiene a un camarero que pasa, coge dos copas alargadas llenas de vino espumoso, me entrega una y toma un sorbo de la suya.

Sus ojos se encuentran con los míos por encima del borde, y mi estómago se revuelve.

Levanto mi copa y tomo un gran sorbo fortificante.

—¿Habrás alguien que conozca aquí esta noche? ¿Esperas que entable conversación con alguien en particular, o debo simplemente deambular y ser vista? ¿Qué necesitas que haga, Rio? ¿Por qué me has traído aquí?

No me hago ilusiones. Rio me quiere aquí para sus propósitos, no los míos. Mi súplica por algo más que el encarcelamiento en su finca probablemente solo llegó en un momento oportuno.

—No estarás sola por mucho tiempo. La gente acudirá a ti. Querrán conocerte, hablar contigo, porque todos sienten curiosidad por la nueva señora Bianca Agosti. Si preguntan cómo nos conocimos, sé vaga. Diles que nuestras familias se conocen desde hace años. Eso, después de todo, es esencialmente cierto.

Levanta una de mis manos y deposita un ligero beso sobre los nudillos en un gesto que se siente ensayado.

—Volveré más tarde para reclamarte un baile, Bianca.

Resisto el impulso de apartar mi mano de un tirón y, en su lugar, entorno los ojos hacia él.

—Vete entonces —logro decir—. Mejor no hagas esperar a tus colegas de *negocios*.

Sus labios se aprietan en una fina línea.

—Mantén esa actitud y pagarás por ello más tarde, mi querida esposa. En el dormitorio.

—Oh, qué maravilla. —Mantengo mi tono ligero y ligeramente sarcástico, pero no puedo negar la punzada de deseo que me atraviesa al pensar en lo que su castigo en el dormitorio podría implicar.

Momentos después, Rio desaparece, tragado por la multitud, y me quedo sola por lo que parece la primera vez desde que este monstruoso torbellino comenzó fuera del Centro de Rescate Lots of Paws hace tantas semanas.

Por supuesto, no estoy realmente sola. Hay varios de los matones de Rio repartidos por la sala, incluido el que dirige su equipo de seguridad. Su segundo al mando, me dijo Francine.

Danelli encuentra mi mirada escrutadora con su habitual expresión impasible. Él también va vestido de esmoquin como Rio, oscuramente apuesto y con un aspecto ligeramente peligroso. Pero no es ni de lejos tan poderosamente sexy como su jefe. Parece que mi marido es el único en la sala que puede despertar deseo en mí con solo una mirada de soslayo o un delicado roce de sus dedos contra mi piel.

El segundo de Rio levanta su copa en un saludo burlón, y me aparto de él en un desprecio deliberado y comienzo a deambular, escaneando la multitud para ver si hay alguien que pueda conocer. Poco probable, ya que estos no son el tipo de personas con las que alguna vez me relacioné como Bree Walker.

Pero si hay alguien, cualquiera, que me conociera antes, tal vez pueda hacer llegar un mensaje subrepticio para explicar un poco lo que pasó y de alguna manera desenredarme de este lío.

Una mano ligera en mi codo me detiene apenas unos segundos después de comenzar mi exploración de la sala.

—Hola. Te ves hermosa esta noche, querida. Tanto como tu madre.

Carlos Rossi me sonríe con sus ojos centelleantes que de alguna manera ocultan la verdad del monstruo que sé que debe yacer en su interior. Son todos tan buenos en eso: ponerse la máscara de la civilidad.

Los dos guardias de seguridad que lo flanquean van armados, y no son tan buenos ocultándolo como los hombres de Rio. O tal vez es solo que sus trajes no son tan caros, y el corte de sus chaquetas no esconde completamente el bulto de sus armas.

—Hola, Carlos. Qué sorpresa verte aquí.

Él se ríe de mi tono irónico.

—En efecto. Todo el que es alguien está aquí esta noche, querida. Estoy seguro de que habrá mucho interés en ti. ¿Ya puedes sentir las miradas de la multitud sobre ti?

Su comentario me hace mirar a mi alrededor con inquietud. ¿Realmente todos me están mirando?

Oh Dios. Algunos *realmente* lo están haciendo.

Noto a un hombre en particular, mirando más intensamente que los demás. Está de pie a un lado de la sala junto a una mujer rubia con un largo vestido rojo. Me siento vagamente incómoda bajo el escrutinio, pero cuando encuentro su mirada, él se gira y le dice algo a la mujer, y se alejan juntos hacia la pista de baile.

Falsa alarma. Debo haberme equivocado sobre el interés del hombre. Supongo.

Me vuelvo hacia Rossi, frunciendo el ceño.

—¿Tú también estás aquí para la reunión de negocios de Rio?

Su mirada se agudiza, y la inquietud me invade. ¿Acabo de revelar inadvertidamente algo que no debería? *Ups*.

—¿Reunión de negocios? —dice—. No sabía que hubiera una programada para esta noche. ¿Quién asistirá, si se puede saber? Aparte del joven Gregorio, por supuesto.

—Ni idea. Esta es la primera vez que se me permite salir de la finca de Rio —No puedo evitar el ligero tono de amargura en mi voz—. No hay manera de que me dejara participar en ninguno de sus negocios —Entonces me doy cuenta de cómo puede sonar eso. Como si yo *quisiera* involucrarme—. No es que yo *quiera*, entiéndame —añado rápidamente.

Rossi me estudia durante varios segundos. No puedo decir qué está pensando. Pero de repente, la personalidad del tío de ojos brillantes parece muy lejana, y el calculador y posiblemente violento jefe del crimen aparece muy cerca de la superficie.

Mi respiración se acorta mientras visiones de todas las películas de mafia que he visto alguna vez pasan por mi mente. El rápido cambio de la civilidad a la violencia. La forma en que la gente común está ocupada en sus asuntos cotidianos, y de repente son acribillados en un mar de sangre y gore.

Como Dave y Shelley.

Aunque eso fue por órdenes de Rio, no de Carlos Rossi, pero aun así... Mismo mundo. Mismo potencial de peligro.

Me aferro con fuerza a mi copa de champán y trago saliva.

—Creo que estás diciendo la verdad —dice al fin—. No estás tan interesada en seguir los pasos de la familia después de todo.

—Ajá. Sí. Quiero decir, no. No lo estoy —Asiento como una idiota, y sigo asintiendo, incluso cuando él se despide.

—Ha sido encantador verte, Bianca. Nos encontraremos de nuevo pronto, estoy seguro.

—Claro. Genial.

Carlos se desvanece entre la multitud, y finalmente puedo respirar con normalidad una vez más.

Mientras me doy la vuelta y doy un par de pasos temblorosos en la dirección opuesta a Rossi, noto de nuevo a la pareja que me estaba mirando antes. Todavía están en la pista de baile, girando y dando vueltas como los demás a su alrededor, pero hay algo en ellos que me pone los pelos de punta.

El vestido de la mujer es sin tirantes y ajustado, su cabello recogido en un elegante moño. Él lleva el esmoquin obligatorio, y en la superficie, encajan perfectamente con esta multitud. Pero hay algo vigilante en sus expresiones mientras miran más allá que el uno al otro. Y su mano en la curva de la espalda de ella parece... bueno, más fraternal que íntima.

Me pregunto cómo será cuando Rio me tome en sus brazos para el baile solicitado. Si lo hace. Especialmente después de que se entere de que accidentalmente dejé escapar lo de su reunión.

Una cosa es segura: no habrá nada fraternal en el abrazo de Rio.

Mi marido tenía razón en una cosa. Estoy inundada de gente que se acerca para presentarse. Parece que todos quieren un pedazo de la famosa esposa del empresario mafioso. O al menos, quieren satisfacer su curiosidad sobre qué fue lo que lo atrajo hacia mí en primer lugar.

*Mi dinero*, quiero gritarles, una y otra vez. Mi nombre. El imperio de mi familia. Y ahora él lo tiene todo, y no tengo idea de si -o más bien, cuándo- decidirá descartarme.

En lugar de gritar, sonrío y asiento y murmuro respuestas educadas a las diversas preguntas que todos me lanzan. ¿Cómo nos conocimos? ¿Cuánto tiempo hace que lo conozco? ¿Fue un noviazgo relámpago? ¿Cuándo fue el momento en que me di cuenta de que estaba enamorada del infame Rio Agosti? ¿Soy consciente de que es sospechoso de varios crímenes graves?

Esas últimas preguntas fueron hechas por una pareja mayor que claramente no está en la nómina de Rio. Un dolor de cabeza me agarra las sienes, y ahogo un gemido. Necesito alejarme. Necesito espacio.

Necesito recuperar mi antigua vida.

Murmuro una disculpa indistinta y me apresuro hacia el tocador. Cuando la puerta se cierra detrás de mí y escaneo la antesala y la encuentro vacía, doy un suspiro de alivio.

Gracias a Dios. Necesito unos minutos para recuperar el aliento. Cruzo hacia el espejo más alejado y tomo asiento en la silla acolchada, posicionada para aquellas que desean retocar su cabello y maquillaje. Simplemente me siento aquí, mirando mi reflejo y preguntándome quién diablos me está devolviendo la mirada.

Bree Walker se ha ido. Tengo que enfrentar ese hecho por fin. No queda nada de la joven inocente, excepto quizás muy dentro de mí. Soy Bianca Carlotti -por ahora, Bianca Carlotti-Agosti- y tengo que averiguar quién es esa y cómo puedo encontrar mi nueva normalidad de ahora en adelante.

Dejo caer mi cabeza entre mis manos y gimo en voz alta, quedándome así hasta que escucho el susurro de la puerta exterior abriéndose.

Cuando levanto la cabeza, me encuentro con la mirada calculadora de la mujer rubia con el vestido rojo sin tirantes.

## Capítulo Diecinueve

«La venganza es un plato que se sirve frío».

Eugene Sue

*Bianca*

—Hola —la mujer me dedica una pequeña sonrisa tensa y luego camina para tomar el asiento a mi lado. Arroja su bolso de mano sobre el mostrador frente a ella—. Soy Felicity.

—Hola —no le doy mi nombre a cambio, sintiéndome cautelosa.

¿Quién es ella y qué quiere?

Sonríe con ironía, como si no esperara nada más de mí que mi mirada silenciosa.

—No tenemos mucho tiempo, Bree.

Me sobresalto violentamente al escuchar mi antiguo nombre, un nombre que segundos antes lamentaba haber perdido, pero ella ya está mirando alrededor como para asegurarse de que estamos solas y se pierde mi reacción de sorpresa.

—Trabajo para una agencia federal. Sabemos lo que te pasó y necesitamos tu ayuda para derrocar a tu nuevo marido, Gregorio Agosti.

Me quedo boquiabierta mirando a Felicity, si es que ese es su verdadero nombre, tratando de procesar lo que está diciendo. Una agencia federal. ¿Se refiere al FBI?

—Hubo testigos, por supuesto, de tu secuestro, pero hasta que apareciste en los medios como la novia de Gregorio Agosti, no estábamos cien por ciento seguros de quién te había llevado.

—Yo... eh... —¿Testigos? Me inclino hacia adelante y le agarro el brazo—. Dave y Shelley. Mis amigos que estaban allí... ¿Están...?

Ni siquiera puedo formular la pregunta. Lágrimas calientes de preocupación queman mis ojos, y las parpadeo furiosamente. ¿Y si Rio me mintió cuando dijo que sobrevivieron? ¿Y si en realidad están muertos?

Felicity da unas palmaditas a mis dedos antes de apartar su brazo de mi agarre.

—Están bien. Bueno, tu amiga Shelley está bien. Le dispararon por encima de la cabeza, probablemente para asustarla y alejarla del vehículo, diría yo. David Trentham aparentemente se abalanzó sobre ellos, tratando de llegar a ti. Le dispararon en el muslo izquierdo. Estará bien, eventualmente. Tengo entendido que salió del hospital y se está recuperando en casa.

Oh, gracias a Dios. Están bien. Realmente están bien.

No me había dado cuenta de que había estado cargando tanta preocupación por ellos hasta este momento. Me desplomo en mi silla. Al menos Rio me dijo la verdad sobre eso.

La boca de Felicity se tensa.

—Ninguno de los dos está hablando. Creemos que Rio llegó a ellos de alguna manera. Ya sea con una amenaza o un soborno. Pero con tu ayuda...

Mete la mano dentro de su bolso, saca una pequeña tarjeta blanca y lisa, y la deja caer sobre el mostrador frente a mí.

—Tómala. Mi número está ahí, al igual que el de mi compañero. Llama a cualquiera de nosotros, las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, y te sacaremos de ahí, Bree.

¿Sacarme de ahí? —¿Qué significa eso exactamente?

—Podemos ponerte en un programa de protección de testigos. Protegerte de él, y luego cuando testifiques sobre lo que te hizo...

—¿Testificar? Espera un momento. No he aceptado eso.

Me mataría. Mataría a mis amigos. A mis colegas. Destruiría a todos y todo lo que una vez conocí si lo traiciono de esa manera.

Aunque todo en mí está gritando por ser rescatada de esta terrible situación con Rio, la repentina aproximación de esta mujer es algo que no sé muy bien cómo procesar. No la conozco de nada. No ha dicho para qué agencia federal trabaja, si es que trabaja para alguna.

—¿Trabajas para el FBI?

Una breve risa escapa de sus labios rubí. —No.

—¿Qué agencia federal, entonces? ¿Quién demonios eres?

Felicity me mira sin parpadear. —Ayúdanos, Bree, y nosotros te ayudaremos. Es una situación en la que todos ganan. Excepto ese criminal de Agosti.

*Tiene* sentido que testifique contra Rio por secuestrarme. Después de todo, él lo hizo. Puede que no haya ordenado a sus hombres que le dispararan a Dave, pero la realidad es que lo hicieron.

En este momento, justo ahora, tengo la oportunidad de abrir la boca y aceptar lo que Felicity me está pidiendo.

Mi mente divaga. *Solo di que sí. Solo di que sí. Dilo.*

De alguna manera, no puedo.

*Una situación en la que todos ganan menos Rio.*

Es como ese momento en el barco de Rio en el río cuando miré hacia las aguas turbias marrones. ¿Por qué no me tiré del barco ese día y me hundí bajo la superficie con al menos una oportunidad parcial de escapar? De huir.

No lo hice entonces, y todavía no sé exactamente por qué.

—¿Él iría a prisión? —Si lo traiciono. Si testifico.

—¿Con tu testimonio? Estoy segura de que sí. Una vez que hables, los demás también lo harán.

—¿Y qué? ¿Me pondrían en protección de testigos?

—Sí, como dije —el tono de Felicity es impaciente, y vuelve a mirar alrededor—. Estamos tardando demasiado. Ambas necesitamos volver allá afuera, Bree, y...

—Por favor, no me llames así.

Frunce el ceño como si estuviera confundida. —¿Qué? ¿Bree?

—Mi nombre es Bianca. Aparentemente. No Bree. Aunque nunca lo supe hasta hace poco.

—Bueno. Está bien. *Bianca* —se pone de pie de un salto—. Piénsalo. Llámanos. Estaremos esperando.

Mientras sale del tocador, miro fijamente la tarjeta blanca frente a mí. Lentamente, la recojo, considerando qué hacer. La doblo por la mitad, y luego por la mitad otra vez. Finalmente, la meto en mi zapato. Cuando me dirijo hacia la puerta, tengo la extraña sensación de que me están quemando una marca en la planta del pie.

Y si alguien mira lo suficientemente de cerca, verá que la marca dice claramente: *traición*.

\*\*\*

## *Rio*

Danelli dijo que entró al baño hace más de diez minutos. ¿Qué demonios está haciendo? No hay ventanas de salida, así que sé que no puede haber escapado, pero ¿y si alguien ahí dentro la ha lastimado? Debería haber insistido en que Danelli incluyera al menos a una mujer en el equipo de seguridad. Me aseguraré de que lo haga en el futuro.

Abro la boca para ordenarle que entre a revisar cuando la puerta se abre. Una mujer rubia vestida de rojo sale y se dirige hacia un hombre que la espera. Lo saluda con un beso, y se van tomados de la mano.

Mi instinto se agita. Algo no está bien. Confío implícitamente en mi instinto.

—¡Sígueme adentro. Ahora! —lanzo la orden por encima de mi hombro, pero ya estoy entrando sin esperar a que mi segundo me siga.

Mientras irrumpo por la puerta, casi choco con Bianca, que está en el acto de alcanzar el pomo de la puerta.

—¡Joder! —giro, evitando por poco chocar con ella, luego la agarro por los brazos—. ¿Qué demonios te tomó tanto tiempo? Pensé...

Me interrumpo, odiando que mi voz y comportamiento muestren algo más que calma y control.

Su boca se entreabre mientras me mira con ojos grandes y asustados. Sus mejillas están pálidas y parece... petrificada, a falta de una mejor palabra.

—¿Estás bien? —espeto—. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. Aparte de que me has asustado. ¿Por qué crees que ha pasado algo? —Agarra su bolso con fuerza—. Me sentí un poco mal. ¿Quizás por el vino? Solo necesitaba unos minutos sin que todo el mundo viniera a preguntarme por *ti*.

—Ya veo. —Entrecierro los ojos—. Incluyendo a Carlos Rossi, según tengo entendido.

—Oh. —Al menos su palidez disminuye cuando sus mejillas se sonrojan ligeramente—. Sí. Lo siento por eso. Si algo debe ser un secreto, probablemente deberías hacérmelo saber en el futuro.

—No hay daño hecho. Llegó demasiado tarde para tener algún impacto en el resultado.

Le sostengo la puerta y volvemos a entrar en el salón de baile.

—¿El resultado de qué? —Sus manos se aferran a ese bolso; parece estar usándolo como un

escudo—. Quiero decir, lo siento, no es asunto mío.

Por alguna razón, su curiosidad apenas disimulada me divierte en lugar de molestarme. Decido darle un poco de margen. —Dicen que la venganza es un plato que se sirve frío. He recibido confirmación de algo que he sospechado durante mucho tiempo en relación con Carlos Rossi y sus hombres, y he arreglado un pequeño quid pro quo.

Se detiene en seco. —Pero... ¿estás diciendo que vas a... *matarlo* en represalia por algo que te hizo?

—Yo no he usado esa palabra, pequeña. No necesitas saber más. Excepto que debes ser consciente de que Rossi, como todos nosotros en este mundo nuestro, conoce la consecuencia de enfrentarse a la familia Agosti.

Ella retrocede ligeramente, y decido suavizar mis palabras con un toque de humor. —Además, no quería que ganara la apuesta que teníamos en juego. Parece ser un mal perdedor.

—¿Te refieres a la apuesta sobre *mí*? Mi nombre. El dinero de mi familia. —Su voz se aplana de repente, sin vacilación ni horror como hace unos momentos. Sus dedos se blanquean mientras se aferra a su bolso.

Mi instinto me dice de nuevo que algo no anda bien.

Le hago un gesto a Danelli, quien da un paso adelante. —Registra su bolso.

—Sí, jefe.

—Espera, no, yo... —Intenta retroceder, pero Danelli fácilmente le quita el bolso de sus dedos reticentes.

Hace un rápido trabajo de registro, luego se lo devuelve y niega con la cabeza.

Nada sospechoso.

—¿Acaso tu hombre se excita ahora estudiando mi lápiz labial y mis tampones?

Ignoro su infantil provocación y extendiendo mi mano. —Me debes un baile, Bianca. Suponiendo que te sientas con ánimos, ¿no?

—¿Por qué no habría de estarlo?

Levanto las cejas. —Dijiste que te sentías mal. Y hay un tono en tu voz. Ligeramente antagónico.

—Bueno, ya sabes cómo es. Hablar de golpes y muerte. *Registrarme*. Pero mi malestar fue temporal. Estoy bien ahora. Vamos a bailar, Rio.

Ella coloca su mano en la mía y me permite llevarla a la pista de baile, pero cuando la tomo en mis brazos, está rígida y poco receptiva.

—Relájate —ordeno mientras la música cambia a un ritmo más lento. Su aroma se eleva y me envuelve, y aprieto mi agarre, sacudiéndola un poco cuando permanece impasible—. Tengo ganas de ponerte sobre mis rodillas, pajarito.

Después de un momento, cualquier tensión que la mantenía rígida comienza a disminuir.

—¿Lo prometes? —Su tono se ha vuelto seductor ahora en lugar de beligerante.

Parece haber superado el extraño humor en el que estaba minutos antes.

—Si lo deseas, entonces no es un verdadero castigo.

—Supongo que no. —Damos vueltas por la pista en silencio, y luego ella vuelve a hablar—. No me has llamado así mucho últimamente.

—¿Qué? ¿Pajarito? ¿No te gusta el término?

Ella niega con la cabeza. —Debería odiarlo. Lo que significa; lo que representa. Un pájaro enjaulado. Atrapado.

—¿Pero no lo odias?

Ella suelta un suspiro. —Quiero hacerlo, pero no. No lo odio. Hay algo en la forma en que lo dices...

—¿En serio, pajarito?

Esta vez, ella se estremece y presiona su cuerpo más firmemente contra mí. —Sí. En serio.

Permito que mi mano vague desde su cintura hasta su cadera. Es pequeña, pero tan curvilínea y femenina. —Entonces lo diré más a menudo.

Deslizo mis dedos alrededor del borde de su vestido, disfrutando de la piel de gallina que se levanta en su piel. La espalda de su vestido es tan baja que puedo sentir donde comienza la curva de sus nalgas.

La golpeo ligeramente allí, disfrutando del pequeño maullido que escapa de sus labios. Me inclino y tomo brevemente su lóbulo de la oreja entre mis dientes, tirando suavemente. —Eres una bruja, pajarito. Atrayéndome con tu magia. Y sin embargo, te has portado muy bien esta noche. Estoy complacido contigo.

La música se eleva, y la conversación cesa mientras sucumbo a la sensación de mi hermosa esposa en mis brazos. Sé que Danelli y el equipo están vigilando a nuestro alrededor, y por unos minutos, me permito simplemente *sentir*.

Ella me está cambiando, esta mujer, de maneras sutiles, y no estoy seguro de si es para mejor o no. Tengo menos enfoque, menos control, cuando estoy cerca de ella. Tendré que volver a levantar mi guardia. Pronto.

Por ahora, al menos hasta que concluya esta canción, sostendré a Bianca y permitiré que algo más suave entre en mi consciencia.

Pero no olvidaré ese mensaje instintivo que mi intuición trataba de decirme antes cuando ella estaba en el baño.

Algo no anda bien. Algo malo se avecina.

Si ese instinto se relaciona específicamente con mi esposa, o con una amenaza menos obvia, está por verse.

## Capítulo Veinte

«Perdónate por amar a la persona equivocada».

Anónimo

*Bianca*

Creo que Rio está ordenando un asesinato de otro hombre por una apuesta que hicieron. Sobre mí.

La náusea se agita en mi estómago mientras me hace girar en la pista de baile. No sé cómo librarme de la culpa por algo así. ¿Es eso a lo que se refería cuando mencionó el quid pro quo en relación con Rossi? ¿Y si lo consigue? ¿Y si acaba matando a alguien por *mi* culpa?

Antes fingía estar enferma para superar el impacto de ver a Rio solo segundos después de haber metido esa pequeña tarjeta blanca en mi zapato. Ahora, la enfermedad que agita mi estómago es real. Pero no puedo hacer nada al respecto. Al menos esta noche. Es demasiado tarde para llamar a Felicity y decirle que *sí*. Quiero ayuda. Quiero alejarme de esta locura.

Esta vida definida por la violencia.

Y, sin embargo, mientras Rio continúa sosteniéndome y guiándome por la pista, mi cuerpo comienza a relajarse, como si mi ser físico y mi mente fueran dos entidades separadas. Una no parece tener suficiente de él. La otra se siente repelida por quién y qué es él.

Ese término —pajarito— comenzó como una frase despectiva y controladora. Lo sé. Yo soy la que está en la jaula, y él tiene la llave. Ahora, hay algo más cuando lo dice, como si la puerta de la jaula se hubiera abierto y él estuviera tratando de atraerme hacia fuera.

Algo ha cambiado entre nosotros.

¿Es por eso que no hablé con Felicity? ¿Encontraré la fuerza para hacerlo en el futuro?

Las emociones se arremolinan dentro de mí, exacerbando mi náusea. La duda, la confusión, el miedo y el deseo se mezclan en una horrible y ardiente bola de tensión. Y aun así, a través de la tensión, me doy cuenta de que no quiero que Rio me suelte.

Sus brazos me rodean con firmeza; su aroma es casi reconfortante. Lo cual es ridículo dado quién y qué es él. Debería sentirme asqueada conmigo misma por dejar que un hombre así me toque; me sostenga. Me afecte de la manera en que lo hace. *Estoy asqueada*.

Pero cuando me mira ahora, a diferencia de cuando nos conocimos, hay algo real en su mirada. Es como si finalmente me viera —a la verdadera yo, y ahora hay destellos de emoción en su expresión que nunca estuvieron antes.

¿Lo he conmovido realmente de una manera positiva? ¿O es simplemente mi imaginación tratando de dar sentido a una situación horrible y encontrando deseo y necesidad mutuos donde realmente no existen?

—A veces tu rostro es un libro abierto, pero en otros momentos, no tengo idea de lo que estás pensando, Bianca. Te escondes de mí. Como ahora mismo...

Mueve una mano de mi cadera a mi rostro, acariciando mi mandíbula antes de forzar mi barbilla hacia arriba con uno de sus dedos. —¿Qué está pasando por tu mente en este momento?

Lo miro fijamente, a sus ojos, y creo ver un atisbo de pasión en lo profundo de su mirada. —Me pregunto si alguna vez veré al verdadero tú, Rio. Si alguna vez me dejarás entrar completamente.

No sé por qué digo eso. Sé que probablemente no es lo que él quiere o espera oír, pero en este momento, no parezco capaz de pronunciar nada más que la verdad.

Su boca se curva hacia arriba, solo por un segundo, pero cualquier destello de humor es tan raro que parece súper significativo viniendo de Rio. —Nunca dejo entrar a nadie, Bianca. Es así como he logrado mi posición y cómo me mantengo en la cima.

Otro giro, y luego se inclina para susurrar en mi oído: —Pero tú me intrigas. Mucho más de lo que esperaba, pajarito. Y hay algo en ti que me atrae, lo quiera o no.

La náusea en mi vientre retrocede, superada por repentinas mariposas mientras mi estómago da un vuelco y se asienta en el deseo.

Como si pudiera sentir mi necesidad, su agarre sobre mí se aprieta. —Es hora de ir a casa, esposa mía. Voy a hacerte gritar antes de que termine la noche.

—Sí, por favor. Llévame a casa, Rio. Quiero que me hagas gritar.

Pensaré en Carlos Rossi mañana. En Felicity y la sombría agencia federal para la que puede que trabaje o no. En asesinatos y violencia e imperios robados.

Y en un paralizante autodesprecio.

\*\*\*

*Rio*

Bianca dice la palabra *casa* en relación con mi finca junto al río, y casi me deshace. Entrelazo mis dedos con los suyos y salgo a zancadas de la pista de baile, arrastrándola detrás de mí.

Le hago una señal a Danelli con un brusco asentimiento, y él toca su auricular antes de hablar subrepticamente en el micrófono, presumiblemente diciéndole a alguien del equipo que traiga el coche a la entrada.

*Hazme gritar*, dijo ella. No puedo esperar para complacerla.

Bianca no se parece a ninguna otra mujer que haya conocido. No es ni inocente ni experimentada. Es ambas cosas, y ninguna. No puedo categorizar a esta mujer en mi cabeza.

Excepto por saber que no puedo parecer tener suficiente de ella. Y en ese hecho, bien podría ser mi perdición en algún momento en el futuro.

Para cuando llegamos a la entrada del hotel y el equipo de seguridad nos avisa que es seguro salir, la limusina nos está esperando. El chofer sostiene la puerta, y ayudo a Bianca a entrar antes de deslizarme detrás de ella. Cuando el chofer sube a su asiento, le ordeno que siga conduciendo hasta que yo le diga que se detenga, y luego cierro la mampara, dándonos privacidad a Bianca y a mí en la parte trasera.

—¿Conducir a dónde? —pregunta Bianca con curiosidad, su tono ligeramente sin aliento—. ¿No vamos de vuelta a tu finca?

—Ven aquí. —La jalo a través del asiento y la levanto sobre mi regazo en una posición que obliga a su hermoso vestido a subir por sus piernas y amontonarse alrededor de su cintura, exponiendo la suave piel de sus muslos.

—¡Oh! Yo... Te siento...

Su pequeña mueca de sorpresa ante mi miembro ya endurecido presionando ahora su núcleo es una invitación que no puedo ignorar. Capturo su boca en un beso, y ella instantáneamente suelta un pequeño sonido y comienza a devolverme el beso.

Agarro sus caderas y amaso su redondeado trasero, atrayendo su monte hacia mí mientras su cuerpo se mece ligeramente hacia adelante y hacia atrás. Lo está haciendo justo bien.

*Jodidamente. Bien.*

Interrumpo nuestro beso para soltar una pequeña risa. —Aprendes rápido. —Mi voz es ronca, áspera.

—Dios, se siente tan bien, Rio. Tan bien. Estás tan duro, y listo...

—Tú me haces eso, pajarito. Con una mirada, un toque, o incluso ese gemido de tu garganta cuando te reclamo con mis besos.

—¿Te refieres a esto? —Bianca se inclina esta vez para apoderarse de mis labios, y cuando deslizo mi lengua en su boca para saborear su calidez, un pequeño gemido brota de su garganta y se pierde en la mía.

*Oh, pequeña bruja, exactamente así.*

Levanto una mano para acariciar uno de sus senos a través del vestido plateado, disfrutando de la curva que encaja perfectamente en mi palma, mientras deslizo las yemas de los dedos de mi otra mano por su muslo para rozar el trozo de encaje que cubre su sexo.

Incluso a través de la tela, siento su calor y su humedad. Está lista para mí, tan lista, y todo lo que hemos hecho es besarnos.

El aroma de su deseo se eleva a mi alrededor, y mi miembro se endurece por completo. Necesito estar dentro de ella.

Curvo mis dedos bajo sus bragas y me deslizo en su hendidura, rozando la humedad mientras ella interrumpe nuestro beso y se inclina ligeramente hacia atrás para permitirme un mejor acceso a su centro. Su cabeza cae hacia atrás, y alcanzo con mi otra mano para agarrar y quitar el clip de diamantes que sostiene su cabello.

La masa oscura cae por su espalda, rozando mi piel mientras deslizo los finos tirantes de su vestido por sus hombros. La tela cae, exponiendo sus hermosos senos.

Los pezones son de un rosa rosado, tensos y listos para ser succionados. Los rozo con un dedo, uno tras otro. —Estos son míos.

—Sí. Todos tuyos. —Su voz es entrecortada, sus ojos cerrados.

Me tomo un momento para estudiar sus rasgos: la delicada estructura ósea, sus labios anchos ligeramente separados, sus pecas que incluso con el maquillaje completo aún logran asomarse.

Todo en Bianca proclama tanto inocencia como seducción.

Todo en ella es diferente, nuevo. Emocionante.

Rápidamente, desabrocho mis pantalones, luego agarro sus caderas y la levanto, posicionando la entrada de su canal en la punta de mi miembro.

Sus ojos se abren de golpe, esas profundidades doradas y marrones no iluminadas por la ira por una vez. Esta vez, solo el deseo me devuelve la mirada.

—Ahora, fóllame, pajarito. Fuerte. Y no pares hasta que te dé permiso para hacerlo.

\*\*\*

*Bianca*

Me hundo sobre la dura carne de Rio, y se siente tan condenadamente *correcto*. Me llena, profundo y doloroso, y por un momento, ni siquiera puedo moverme porque no quiero destruir la exquisita sensación de convertirme en uno con otro ser. Convertirme en uno... con *él*.

Luego sus dedos se aprietan en mi trasero, instándome a moverme, y ya no puedo mantener la quietud. Él empuja debajo de mí, sacudiéndome hacia arriba, y comienzo a moverme, tratando de encontrarme con él embestida tras embestida mientras me balanceo hacia adelante y hacia atrás y me froto con fuerza contra él.

Sus manos están en todas partes, en mis caderas, mi trasero, luego suben a mis senos mientras agarra y amasa mi carne. Inclina su cabeza y toma uno de mis pezones erguidos en su boca, succionándolo con tanta fuerza que el deseo se mezcla con el dolor.

*Me encanta*. No hay separación entre los dos. Dolor y placer. Se entremezclan, y me muevo más rápido, más violentamente, mientras él bombea con más fuerza dentro de mí.

—Oh, Dios, Rio. Duele, pero se siente tan bien. Tan jodidamente bien...

Su respiración está tan entrecortada como la mía. Me encanta tener ese efecto en él. Que nos afectemos mutuamente de la misma manera loca.

—Córrete para mí, Bianca. Córrete para mí. *Ahora mismo*.

Su orden me lleva al borde del orgasmo, y comienzo a sacudirme y a gritar. Luego el calor arde dentro de mí mientras él gime y libera su semilla, y el momento se convierte en algo más. Algo tan intenso que ni siquiera puedo describirlo.

Un grito erupciona mientras todo lo que he estado conteniendo firmemente dentro de mí se rompe y se desmorona. El sonido reverbera alrededor del espacio confinado de la limusina, una y otra vez. No puedo detenerlo, no puedo dejar de gritar... Es como si mi clímax hubiera abierto las compuertas, y simplemente no puedo *parar*...

Su boca aplasta la mía, llevándose mi sonido dentro de él, silenciándome con sus labios, dientes y lengua. Eventualmente, las sensaciones dentro de mi cuerpo comienzan a disminuir, y caigo hacia adelante sobre su pecho, permitiendo que mi cabeza se acurruque en el hueco de su hombro. Escuchando nuestras respiraciones entrecortadas finalmente comenzar a calmarse.

Nos quedamos así por varios minutos. Él todavía está dentro de mí, pero incluso cuando me doy cuenta de eso, se desliza hacia afuera y me mueve de su regazo al asiento a su lado. Pasamos un par de minutos arreglando nuestra ropa, y luego me alejo de él, inexplicablemente avergonzada.

Mi reacción fue exagerada. Y, sin embargo, no podía detener esos gritos que salían de mí más de lo que podía dejar de... bueno... respirar.

Sus dedos rozan mi espalda, solo brevemente, como si quisiera proporcionar consuelo pero no supiera cómo. Luego su mano se aleja, y se inclina hacia adelante para golpear en la ventana divisoria.

Cuando se baja, mantengo la mirada desviada, esperando que el conductor no pudiera ver ni oír lo que estaba sucediendo detrás de él. Saber lo que probablemente está sucediendo y verlo u oírlo directamente son dos niveles diferentes de incomodidad.

—Llévanos a la finca.

—Inmediatamente, señor.

La ventana vuelve a subir, y una vez más estamos encerrados en este pequeño capullo. Un capullo que ahora huele a sexo y satisfacción.

—Te hice gritar.

Dejo escapar una risa ante el tono de suficiencia en su voz. —Sí, en efecto lo hiciste. —No puedo resistir mirarlo. —Fue demasiado, lo sé.

Una sola sacudida de su cabeza me sorprende. —No. Me gusta el sonido de tus gritos. Quiero más de eso, Bianca.

—Oh. —Me quedo sentada en silencio por un momento, digiriendo eso. Luego digo con sinceridad—: Yo también, Rio. Mucho más.

Incluso mientras digo las palabras, la voz de Felicity hace eco en mi cabeza.

*Necesitamos que testifiques contra tu esposo. Estaremos esperando tu llamada.*

No puedo evitar preguntarme si mis futuros gritos serán inducidos solo por el deseo. Si me pongo del lado malo de Rio, bien podrían ser inducidos por algo mucho más aterrador que hacer el amor con un jefe de la mafia.

## Capítulo veintiuno

«Quien fuiste, quien eres y quien serás son tres personas diferentes».

Desconocido

*Bianca*

Me quedo boquiabierta ante la caja que contiene el teléfono móvil sobre el amplio escritorio frente a mí, preguntándome si esto es una trampa.

Estoy en la oficina de Rio en la ciudad, la que está encima de su club nocturno, y el sol de la tarde se cuela por los ventanales que van del suelo al techo cerca del sofá de cuero. Un par de sus matones me trajeron aquí hace unos minutos.

En un momento estaba sentada fuera en el balcón de mi suite en la finca, viendo cómo la brisa agitaba los árboles junto al río mientras terminaba mi almuerzo de ensalada de pollo, y al siguiente me estaban escoltando abajo y metiendo en un coche negro que esperaba, para traerme aquí, al club donde me llevaron por primera vez hace todas esas semanas, atada como un pavo de Navidad.

¿Semanas? He perdido un poco la noción del tiempo, pero creo que el secuestro pudo haber sido hace unos dos meses.

—¿Es esto real? ¿Qué es esto, Rio?

Él gruñe ante mi evidente conmoción y me estudia, juntando las puntas de los dedos bajo su barbilla.

—¿Qué parece? Te estoy dando un teléfono móvil, Bianca.

—Pero creía que no confiabas en mí —Temo extender la mano y tocarlo por si el teléfono desaparece mágicamente. Lo deseo *tanto*.

—Te has ganado algo de confianza. Primero por tu comportamiento en la gala hace dos semanas, y en las salidas que has tenido desde entonces.

Pienso en las pocas salidas que me han permitido. Un par de veces pedí ir a un centro comercial solo porque quería sentirme normal. No es posible cuando estás flanqueada por matones de seguridad todo el tiempo, pero al menos era otra conexión con el mundo exterior.

Y luego ha habido una visita de vuelta aquí al club antes de hoy, donde Rio se reunió una noche con un contingente de empresarios y pareció querer exhibirme en ese momento.

Podría haber huido en cualquiera de los viajes al centro comercial, aunque con dificultad dado el constante escrutinio cada vez que salgo de la finca, pero siempre hay oportunidades para escabullirse entre la multitud. Incluso los mejores agentes de seguridad necesitan apartar la vista del objetivo ocasionalmente, aunque solo sea para escanear su entorno.

Pero elegí no huir. Y creo que finalmente he descubierto por qué.

Estuve convencida durante mucho tiempo de que tenía síndrome de Estocolmo, pero durante mis muchas horas de soledad, he llegado a la conclusión de que la necesidad de quedarme tiene algo

que ver con mi herencia. Mi identidad. Tuve una familia de nacimiento, tuve *padres*, que no me abandonaron como siempre pensé. No fue por falta de amor que me entregaron a esa iglesia.

En cambio, fueron asesinados, y mi niñera intentó salvarme del mismo destino escondiéndome. Necesito saber más. Necesito averiguar quién es realmente Bianca Carlotti, y la mejor manera en que puedo hacerlo por ahora es quedarme aquí y aprender más sobre esta extraña vida mafiosa en la que aparentemente nací.

Quedarme no tiene nada que ver con mis complicados sentimientos hacia Rio. Toda esa cosa de amor-odio que amenaza con volverme loca. No. Por supuesto que no.

Mentalmente pongo los ojos en blanco ante mi propia mentira descarada.

—Esta es tu recompensa por buen comportamiento —dice Rio, empujando la caja hacia mí—. Tómala.

Algo tan simple como un teléfono móvil no debería crear tanta emoción y alegría. Cojo la caja con dedos temblorosos.

—Gracias —Se me ocurre una idea—. Supongo que monitorizarás su uso.

Una casi sonrisa revolotea en sus labios.

—Supones correctamente. No confío en ninguna persona al cien por cien.

No sé por qué esa declaración me divierte, pero me encuentro sacudiendo la cabeza y riendo.

—No. ¿Por qué lo harías? Aun así, aprecio esto.

*Mucho más de lo que sabes. Una conexión real con el mundo exterior. Por fin.*

Él asiente a Danelli, que está de pie en silencio junto a la puerta de la oficina, y sé que esa es mi señal para irme. Aprieto la caja contra mi pecho y me dirijo a la puerta. Su oficina es hermosa, toda de madera oscura, muebles lujosos y obras de arte caras. No es de extrañar que disfrute haciendo negocios desde aquí cuando puede.

En la puerta, me detengo y me vuelvo. Ya que se siente generoso, bien podría preguntar.

—¿Estaría bien si llamo a mi viejo amigo Dave? Y, tal vez, ¿quedar con él para tomar un café rápido algún día? Solo, ya sabes, para asegurarme de que se está recuperando bien del disparo —*De tus hombres.*

No digo esa última parte en voz alta, pero Danelli aspira bruscamente como si hubiera pedido algo completamente impactante. Tal vez lo he hecho. Tal vez en este mundo, la gente no «toma café». O tiene amistades platónicas.

O hace seguimiento de sus víctimas de disparos.

Rio solo me mira con esos ojos oscurecidos y esa expresión inescrutable, y finalmente dice:

—Sí. Eso es aceptable.

Luego baja la mirada a un conjunto de papeles frente a él en el escritorio, y sé que he sido despedida.

Mientras Danelli me acompaña al ascensor donde uno de sus hombres se adelanta para hacerse cargo del deber de acompañante, me toca ligeramente el brazo.

—Nunca lo he visto tratar a nadie con la indulgencia con la que te trata a ti.

Estoy tentada de bromear-no-bromear con una respuesta del estilo: *¿Qué? ¿Te refieres al secuestro, al matrimonio forzado y al estilo de vida carcelario desde entonces?*

Al final, me quedo en silencio y solo asiento porque sé a lo que se refiere Danelli. Rio está demostrando ser un ser humano complejo, y está claro que no da su confianza a la ligera. Incluso si, según los estándares de la sociedad normal, mi marido es un monstruo, parece haberse suavizado un poco cuando se trata de mí. Un hecho que me fascina tanto como me repele.

Hay una gran responsabilidad sobre los hombros de uno si un monstruo deposita su confianza en ti.

—Que Dios te ayude si alguna vez traicionas al hombre. Ten eso en cuenta, Bianca, por tu propia seguridad. Estás empezando a caerme bien, y no quiero tener que matarte.

\*\*\*

Espero hasta estar de vuelta en la finca y sola en mi suite antes de llamar a Dave. Me siento notablemente ansiosa por el próximo contacto, como si mi vida antigua y mi nueva vida estuvieran a punto de chocar, y yo pudiera terminar como daño colateral en algún lugar en medio de las dos.

*No quiero tener que matarte.*

*Ciertamente espero que no, Danelli.*

La conversación entre Dave y yo es incómoda; mucho más forzada de lo que esperaba o deseaba. Pero claro, desde su punto de vista, la última vez que me vio me estaban metiendo a punta de pistola en el maletero de un coche, y cuando intentó lanzarse para salvarme, le dispararon por sus esfuerzos. Luego, de repente, aparezco en los medios, recién casada con el tipo que ordenó mi secuestro.

¿Qué habrá pensado?

Es un milagro que siquiera atienda mi llamada.

—¿Estás realmente bien? —le pregunto por tercera o cuarta vez, después de que finalmente accede a encontrarse conmigo en Happy Beans, una cafetería cerca de mi antiguo lugar de trabajo.

El personal del centro de rescate solía ir allí por café todo el tiempo, y todavía puedo recordar las preferencias de bebidas de la mayoría de mis compañeros de trabajo.

Me gusta la idea de volver allí para encontrarme con Dave, pero al mismo tiempo, espero no toparme con nadie más de Lots of Paws. ¿Cómo puedo explicar mi situación actual de una manera que tenga sentido? Apenas puedo entenderla yo misma.

—Ya te lo he dicho, Bree. Voy mejorando. Mucho mejor que hace unas semanas.

—Vale, bien. Eso es realmente bueno. —Sueno tan patética que quiero darme un golpe en la cabeza—. ¿Y qué hay de Shelley? Ella no, eh, fue...

No puedo decirlo en voz alta. Lo hace todo demasiado real.

—¿Disparada? —Dave lo dice por mí—. No, ella no. Yo fui el desafortunado.

Su tono es irónico; ligeramente amargo.

—Lo siento mucho —susurro—. Lo siento mucho.

No sé qué más decir. Nunca supe que era secretamente una bebé de la Mafia, arrebatada al nacer y plantada en una supuesta vida "normal". No lo sabía.

—No es tu culpa, Bree. ¿O debería llamarte *Bianca*? —La pregunta debe ser retórica; no espera una respuesta—. Y aunque a Shelley no le dispararon, no lo está llevando muy bien, para ser honesto. Dejó su trabajo hace unas semanas. Citó el TEPT como razón. Cada vez que se presentaba a trabajar, aparentemente todo lo que podía pensar era en hombres grandes con armas grandes, y seguía reviviendo el momento en que pensó que moriría. Al igual que yo.

—¿Cuando vuelves a Lots of Paws, quieres decir?

—No. Quiero decir todo el tiempo.

*Oh.*

—No he vuelto, Bree. No he sido capaz de poner un pie de nuevo en esa acera, mucho menos entrar por la puerta del trabajo. Revivo ese momento cada noche cuando cierro los ojos.

Abro la boca para responder, pero no sale nada. Rio les hizo eso. Mi marido les arrebató la inocencia y les dio pesadillas que probablemente tendrán el resto de sus vidas. Mi marido, cuyo comportamiento estoy como que aprobando al quedarme aquí con él y no intentar escapar.

*No "como que", corrijo mis pensamientos. Al menos sé honesta.*

Mi presencia *aprueba* su abominable comportamiento. Y eso debe ser horrible para Dave y Shelley.

En el silencio que sigue, Dave ríe sin humor. —Muy bien, entonces. Nos vemos el viernes en Happy Beans, Bree.

Cuelga antes de que tenga la oportunidad de responder.

\*\*\*

*Rio*

Solo el tiempo dirá si he cometido un grave error al confiar en Bianca con su propio teléfono móvil. Pero la creciente emoción en su expresión cuando se dio cuenta de que el teléfono era suyo provocó un escalofrío de algo inesperado en mi pecho.

Tendré que crear más momentos como ese para mi esposa. Disfruto de su sonrisa cuando se vuelve genuina en lugar de forzada. La transforma en una verdadera belleza y me recuerda su relativa inocencia en nuestra noche de bodas.

Un repentino dolor en mi polla me recuerda que me salté su cama anoche. No me abstendré esta noche. Mi cuerpo la anhela, como un adicto necesitando su dosis.

Un tono de llamada estridente interrumpe el tren lujurioso de mis pensamientos, el sonido anunciando que mi interlocutor no es un miembro inmediato de la familia. A todos ellos se les ha asignado un tono de pitido bajo. Este será uno del equipo de Danelli. Pero entonces, ya lo sé. He estado esperando esta llamada durante la última hora.

Presiono el botón de respuesta. —¿Está ahí?

—Sí, Jefe —llega la respuesta—. El cargamento llegó a los muelles exactamente a la hora que dijeron. Cuatro contenedores. Los hemos revisado. Está todo ahí.

—Bien. Que Danelli contacte al comprador y arregle un encuentro. Aquí en mi club, el sábado por la noche.

—Lo haré.

He estado distraído con pensamientos sobre Bianca, encontrándome cuestionando cada decisión que tomo y preguntándome qué pensará ella. ¿Me juzgará? ¿Me mirará con fuego y pasión en sus ojos, o solo verá censura?

En este caso, tendría poco motivo para censurarme. Un cargamento de equipos para amueblar un nuevo establecimiento de juego difícilmente es lo mismo que un envío de drogas o armas. De hecho, sería completamente legal, excepto que el comercio de equipos de juego está resultando ser una forma razonable de canalizar dinero de algunas de nuestras ramas menos saludables de la empresa mientras hacemos la transición a algo más legítimo.

La mayor parte de nuestro negocio estos días está digitalizado, se realiza en línea. Envíos como el actual se están volviendo más raros. Los envíos físicos que pueden ser rastreados significan que más cosas pueden salir mal, y hacen mucho más difícil permanecer bajo el radar de las diversas agencias que estarían encantadas de derribar a la familia Agosti por cualquier medio posible.

A pesar de la naturaleza mayormente legal de este envío en particular, mi instinto me dice que algo anda mal esta semana. No puedo señalar exactamente qué es lo que ha levantado mis sospechas. He tratado con este comprador en particular —de la familia Carbone— varias veces a lo largo de los años. No creo que mi inquietud provenga de esa dirección.

Carlos Rossi ha estado manteniendo un perfil muy bajo últimamente. Tengo planes en marcha que lo involucran, pero aún no he dado la orden de seguir adelante con esos planes, y no creo que él esté al tanto de lo que se avecina.

Pero aun así, mi instinto dice *cuidado*. Solo he ignorado mi instinto una vez antes, y mi falta de acción hizo que mataran a mis padres. Sabía que algo andaba mal esa noche, y en lugar de contactar a mi padre para hacérselo saber, deseché mis preocupaciones como estúpidas y sin importancia y pasé la noche de fiesta en un hotel de Nueva York con tres mujeres dispuestas.

Mientras el rival de mi padre lo abatía a tiros durante la cena y acabó con mi madre cuando ella se lanzó frente a mi padre para intentar —en vano— salvarlo.

No volveré a cometer ese error.

Necesito dejar de pensar en el sexo con mi esposa y volver a concentrarme en los asuntos de negocios antes de que mueran las personas equivocadas.

## Capítulo veintidós

—Las comodidades del pasado deben dejarse atrás para alcanzar los sueños del futuro—.

Desconocido

*Bianca*

Cuatro de los hombres de Rio me acompañan a la cafetería Happy Beans. Al menos no intentan sentarse en la misma mesa que yo, aunque hacen una revisión bastante obvia del lugar cuando llegamos, y me dictan dónde debo sentarme.

Luego, una pareja se desliza en el reservado detrás del mío, y la otra pareja toma posición en una mesa cerca de la puerta.

¿Qué harían si me levantara y me sentara en un lugar diferente al que me ordenaron? A juzgar por sus expresiones impasibles pero alertas, puedo adivinar que no me gustaría el resultado. Probablemente implicaría que me metieran de vuelta en ese SUV negro de afuera y más tiempo en aislamiento en la finca de Rio, contemplando el error de mis acciones.

Me siento en silencio hasta que Dave llega, casi diez minutos después de la hora acordada. Justo cuando he llegado a la conclusión de que debe haber decidido dejarme plantada, entra en la cafetería. Se detiene y mira alrededor por un momento, como si no estuviera seguro de quedarse o no. Luego me ve y avanza.

Está usando un bastón, y su progreso cojeando a través del café es lento. A pesar de que es alto y está decentemente construido, parece más pequeño de lo que recuerdo. Menos viril. Mi corazón duele por lo que podría haber sido entre nosotros.

Lo que probablemente *habría* sido, hasta que Rio hizo pedazos nuestras vidas.

Ese interés naciente que sentí en mi cumpleaños —la esperanza de que Dave finalmente me invitara a salir y pudiéramos explorar el hilo de atracción entre nosotros— se ha ido. Ahogado en la estela del tsunami que Rio desató sobre mi vida, mi cuerpo... y mi corazón.

Finalmente, Dave llega a mi mesa y se queda allí, mirándome. ¿Se estará preguntando si debería abrazarme o no? Me pongo de pie de un salto, con la intención de tomar la iniciativa, pero él retrocede, y me quedo congelada ante el inesperado desaire.

Se desliza en el reservado, inclinando su pierna lesionada para que sobresalga un poco. Y me quedo allí parada sintiéndome tonta por esperar un abrazo dadas las circunstancias. ¿Por qué diablos me abrazaría? Probablemente me odie por lo que él cree que es una traición a nuestra amistad.

Me casé con el hombre que ordenó que le dispararan. Y sí, me obligaron a casarme con Rio, pero con al menos un par de oportunidades para huir desde entonces, tengo que aceptar la responsabilidad por el hecho de que he elegido quedarme.

Lentamente, me deslizo de vuelta a mi asiento, con las mejillas calientes. —Lo siento, solo pensé...

No sé qué planeaba decir mi cerebro confuso. Mis pensamientos están dando vueltas al verlo. Mi vida real de repente se siente como un recuerdo lejano, y no sé exactamente cómo reconectarme con la parte de mí que era Bree, o cómo reconectarme con Dave, para el caso.

Su mirada es de reproche mientras se acomoda y me mira fijamente. —Viniste aquí con los mismos hombres grandes y sus armas que pueblan mis pesadillas —dice, y miro alrededor a los matones, el horror filtrándose a través de mí.

—Oh, Dios mío. ¿Fue uno de estos tipos? —Toda esa experiencia fue un borrón de terror. No creo que Rio asignara a ninguno de los hombres de esa noche para vigilarme ahora. ¿Lo haría?

Mientras encuentro la mirada de uno de los matones que tomaron el reservado de al lado, el tipo —creo que su nombre es Leon— discretamente sacude la cabeza.

Bien. Ninguno de estos tipos, entonces. El alivio afloja mis músculos, y me recuesto contra el asiento del banco. Luego me siento cuando me golpea la realización. Oh. Así que realmente están escuchando.

Mientras proceso eso, Dave suelta un resoplido. —Estoy tratando de no mirarlos en absoluto, Bree. No lo dije literalmente. Lo dije metafóricamente. ¿Están aquí para proteger el nuevo activo marital de Gregorio Agosti? ¿Su *esposa*?

Casi escupe cuando dice el nombre de Rio. Frunzo el ceño ante la virulencia, tratando de dirigir la conversación hacia algo menos controvertido que las armas y mi marido.

—Ya pedí nuestros cafés —digo—. Los mismos que siempre tomábamos en el pasado. ¿Espero que esté bien?

La duda me asalta. Debería haber esperado. Por lo que sé, ahora podría odiar los lattés con un ligero espolvoreo de chocolate encima y solo beber té.

—Está bien, Bree. Gracias. De hecho, es bueno verte.

¿En serio? Me habría engañado.

Ante mis cejas levantadas, se ríe. El sonido seco parece liberar un poco de la tensión que nos ha mantenido a ambos desde que entró.

Se inclina hacia adelante, ajustando su posición y poniendo sus manos sobre la mesa, y por impulso, me estiro y agarro sus dedos. Se sobresalta bajo mi agarre, luego se calma, permitiendo el contacto.

—Pensé que te encontrarían muerta después de esa noche —admite—. ¿Sabías que venían por ti?

Suelto sus manos y meto las mías firmemente en mi regazo. Mejor para ocultar el temblor. —¡Por supuesto que no lo sabía! Nunca he tenido nada que ver con... bueno, ya sabes...

—¿La mafia? Ja. Yo tampoco. Hasta esa noche.

—¿Estás realmente bien, Dave? ¿Te estás curando?

Asiente. —Sí. Los médicos dijeron que probablemente tendré una cojera permanente, pero no siempre necesitaré esto. —Golpea la cabeza del bastón, apoyado contra el lado del asiento del banco—. Solo tomará tiempo, y un montón de terapia física, para recuperar la fuerza y el tono

muscular.

—Eso es bueno. Quiero decir, no lo de la cojera, pero el hecho de que se curará en su mayoría.

La camarera llega en ese momento para dejar nuestros cafés en la mesa y, cuando declinamos la comida, se aleja para tomar un pedido de otra mesa.

—Leí sobre tu pasado en los medios —dice, sin tocar su bebida—. Está por todo internet. El hecho de que alguna vez fuiste una Carlotti. Una princesa de la mafia. Hice algunas investigaciones mientras me recuperaba. Esa familia —*tu* familia, supongo— aparentemente alguna vez fue tan poderosa como los Agosti lo son hoy.

—Sí, eso me han dicho. Los medios han estado disfrutando el hecho de que surgí aparentemente de la nada.

—Y no puedes negar que están fascinados por el hecho de que te casaste con el bastardo que te secuestró de la calle. Te *casaste* con él, Bree? Vamos. ¿Por qué *coño* harías eso?

El dolor oscurece su expresión, y me envuelvo con los brazos alrededor del medio, tratando de contener el sollozo que quiere estallar libre.

Esa es la pregunta del millón de dólares.

Decido ser lo más sincera posible con él. No se merece menos de mí. Después de todo, intenté salvarme la vida aquel día, y tiene derecho a su amargura ahora.

—Al principio, creo que estaba en estado de shock —mi voz suena ronca, y me aclaro la garganta antes de continuar—. Estaba entumecida. Luego, completamente aterrorizada. Después me enojé. Tan condenadamente enojada. Intenté escapar una vez. Pero Rio hizo lo que mejor sabe hacer. Amenazó con lastimar a las personas que me importan si no hacía lo que él ordenaba. A ti, a Shelley y a todos los que trabajan en Lots of Paws. Probablemente a mi padre también, si alguna vez puede encontrarlo en las remotas montañas de Tailandia.

—Luego, al descubrir que había nacido como Bianca Carlotti, me di cuenta de que no había sido abandonada por mis padres biológicos como siempre había pensado. Quiero saber más sobre quién era, quién soy. Y aprender todo lo que pueda sobre mi familia biológica. Hay personas en el círculo de Rio que los conocieron, Dave. Stefano y Rina Carlotti. Eran reales y, por lo que he escuchado hasta ahora, realmente me amaban. Me entregaron a la niñera para esconderme porque sospechaban lo que se avecinaba y querían protegerme.

Parpadeo con fuerza, decidida a no llorar. Además, necesito reunir valor para la siguiente parte, que es mucho más difícil de admitir ante alguien que no sea yo misma.

Tomo una respiración profunda y la dejo salir lentamente.

—Más tarde, descubrí que había algo en Rio... algo que me atraía y me retenía... algo que nunca antes había sentido...

—¿Qué? ¿*Amor*? —su tono es despectivo hasta que mira profundamente en mis ojos y lee la verdad enterrada allí.

—*Jesús*, Bree. ¿Realmente lo *amas*? ¿Tú, joder, amas a *Rio Agosti*? —su labio se curva hacia arriba, transformando su rostro en una expresión que solo puede describirse como asqueada.

Me siento más erguida en mi asiento.

—Por favor, no me llames Bree, Dave. Si has estado leyendo sobre mí, entonces sabes que ahora uso el nombre de Bianca.

Su boca se tensa.

—Vaya. No tengo palabras. Quiero decir, *vaya* —levanta una mano y se la pasa por el pelo, dejando el mechón rubio más despeinado de lo habitual—. Has cambiado, Bree. Quiero decir, *Bianca*. Nunca esperé eso de ti. Es un *asesino*, por el amor de Dios. Un criminal común. Un...

—Rio Agosti es muchas cosas, pero no es *común*. Y por terrible que haya sido toda esta situación en los últimos dos meses, ahora también es mi esposo.

Dave me mira boquiabierto como si ya no supiera quién soy, y luego sacude la cabeza.

—Realmente te ha manipulado, ¿verdad? Jesús, la Bree que yo conocía nunca se habría dejado caer bajo el hechizo de un asesino de la mafia. *Nunca*.

Me deslizo fuera del reservado y me pongo de pie, dejando mi café sin tocar. Esta reunión fue claramente un gran error. Debería haberlo dejado en la llamada telefónica.

—El asunto es, Dave, que no soy Bree. Ya no. Y supongo que nunca conociste a la verdadera yo. Lo cual no es sorprendente, dado que yo tampoco conocía a la verdadera yo. Simplemente no me di cuenta de eso hasta que conocí a Rio.

Asiento a Leon, el tipo de seguridad que respondió a mi pregunta no formulada antes, indicando que estoy lista para irme.

—Lamento mucho que te hayas lastimado, Dave. Es realmente terrible lo que te pasó. Y lamento que Shelley esté experimentando TEPT. Sospecho que yo también lo tendré, en algún momento, cuando todo esté dicho y hecho y deje de reprimir todo.

—Pero necesito averiguar más sobre quién soy, y... y... Sí, odio quién es él y mucho de lo que hace, pero *me he* enamorado de Rio. Nunca quise ni esperé hacerlo, pero así es. Y necesito entender lo que eso significa para mí de ahora en adelante.

Levanto la barbilla y me alejo de Dave y su expresión aún horrorizada. Lejos de mi antigua vida. Lejos de todo lo seguro y familiar. Lejos de todas las esperanzas y sueños sobre mi futuro y las cosas hermosas que solía pensar que mi futuro podría contener.

Y apenas puedo ver la salida por mis lágrimas.

## Capítulo veintitrés

*«... no hay giros equivocados, solo caminos inesperados».*

Mark Nepo

*Bianca*

Paso las siguientes veinticuatro horas encerrada en mi suite, llorando silenciosamente sobre las almohadas por la pérdida de mi inocencia. Así es como la veo: *Bree*. Era mi lado inocente. Antes de Rio.

No creo que ella siga dentro de mí, pero aún no sé quién y qué es Bianca. Rechazo la cena, para disgusto de Francine, y paso la mayor parte de la noche acurrucada en posición fetal en medio de mi enorme cama, preguntándome si Rio vendrá a visitarme.

Rezando para que no lo haga, porque no tengo la fuerza emocional para lidiar con su presencia omnipresente en este momento.

Devastada cuando no lo hace. Porque cada átomo de mi cuerpo lo anhela, en cada momento de vigilia. ¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido a mi cama como lo ha hecho la mayoría de las noches en las últimas semanas? ¿Ha encontrado a alguien más, ahora que ya no me necesita para ceder el negocio de mi familia?

Dios, soy un desastre. Soy un maldito desastre emocional.

En algún momento cerca del amanecer, finalmente me quedo dormida, solo para despertar sobresaltada unas horas después cuando una súbita realización me golpea.

Me siento de golpe, agarrándome el vientre. Tengo tres semanas de retraso en mi ciclo.

La sangre se drena de mis mejillas, y siento como si estuviera a punto de desmayarme. Me tambaleo hacia el baño y me salpico agua fría en la cara antes de mirar mi reflejo en el enorme espejo de bordes dorados sobre el lavabo.

Unos ojos conmocionados me devuelven la mirada. Podría estar llevando al hijo de Rio.

Francine elige ese momento inoportuno para tocar y entrar en mi suite. La oigo moverse por la zona del salón, abriendo las puertas del balcón para dejar entrar la brisa matutina como hace todos los días si el clima es agradable. Tararea un poco, el tintineo de la vajilla y los cubiertos indica que está preparando mi desayuno en la mesa cerca de la ventana.

Suena más feliz de lo habitual. Me pregunto qué lo habrá provocado. No puede ser nada relacionado conmigo. Curvo mi mano protectoramente alrededor de mi estómago. Ella no sabe que la vida como la conocemos todos puede estar a punto de cambiar para siempre.

Me tomo un minuto o dos extra para secarme la cara antes de salir a saludarla. Sin duda me obligará a comer, dado que me salté la cena anoche, y el conocimiento envía una nueva oleada de náuseas a través de mi sistema.

No es de extrañar que haya tenido episodios de malestar últimamente, si realmente estoy embarazada. Había atribuido mi falta de apetito a la ansiedad, pero ahora...

No puedo procesar la idea de que realmente pueda estar llevando al hijo de Rio. Cambiaré todo si es así.

Voy a tener que hacerme una prueba, de alguna manera, sin que nadie más se entere.

Tomo un par de respiraciones profundas, y cuando me siento estable, me dirijo al salón.

—Buenos días, Francine —estoy orgullosa de lo tranquila que sueno, cuando por dentro estoy temblando con tantas emociones revueltas—. Suenas alegre hoy.

—Buenos días. *Estoy sintiéndome...* alegre, como usted dice. Tommaso llega hoy para una visita más larga. Como sabe, la última vez solo se quedó brevemente para asistir a la boda de Rio.

Y la mía. Me muerdo una sonrisa. Está tan enfocada en su familia, pero claramente, aún no he sido aceptada en su mente como parte de ese círculo élite.

—Eso es emocionante para usted, Francine.

Tomo asiento en la mesa del desayuno, complacida de ver tostadas como parte de la oferta esta mañana. Puedo manejar las tostadas. Creo.

—Lo es —me lanza una gran sonrisa que parece genuina, y la vista es tan inesperada en su rostro habitualmente sombrío que casi me río—. Él dirige la rama de Filadelfia del negocio para Rio, y no lo veo tan a menudo como me gustaría.

Su sonrisa desaparece tan rápido como vino. —Tendrá que comer hoy, querida. Rio se quedó en la ciudad anoche, preparándose para algo esta noche. Ha pedido que lo acompañe en su club más tarde, así que necesitará un sustento adecuado hoy.

—¿Sabe qué es lo que tiene planeado? ¿Para qué me quiere allí?

La expresión de Francine no cambia. —No pregunto los detalles, querida. Pero será tarde, creo. Y tendrá que arreglarse. Volveré más tarde para ayudarla, si lo necesita.

Una oleada de gratitud me invade, y con ella, tristeza por la mujer frente a mí. La pregunta sale de mí sin pensarlo. —¿No quiere *más* que simplemente ser el ama de llaves de Rio, Francine? ¿Tiene su propia casa, e intereses, y... bueno, vida? ¿No podría mudarse a Filadelfia para estar más cerca de Tommaso?

Me callo ante la mirada de asombro en sus ojos.

—Este es mi hogar. Rio, sus hermanos y hermana... los amo a todos tanto como a mi propio hijo. Haría cualquier cosa por cualquiera de ellos. Este es mi mundo, Bianca, y soy feliz en un papel donde puedo ser de servicio.

Se gira para irse, claramente molesta.

—Lo siento —le grito cuando llega a la puerta—. No quería molestarla. Solo... bueno, realmente quería darle las gracias por cuidarme tan bien.

Algo se suaviza en su expresión. —De nada, querida. Puedo notar que Rio está muy encariñado con usted, y eso es importante para todos aquí. Creo que, con el tiempo, usted y él encontrarán la verdadera felicidad juntos.

¿Felicidad? ¿Con Rio? Mi mano inadvertidamente va a mi estómago, y descanso mis dedos sobre el área donde un bebé podría estar creciendo. Necesito saber, de una manera u otra.

—¿Le importaría preguntar al equipo de seguridad de turno si me llevarían de compras hoy?

Sus ojos inmediatamente se entrecierran como si sospechara un truco.

—Me sentía un poco deprimida anoche, pero estoy segura de que algo de terapia de compras ayudará a alegrar mi estado de ánimo. Volveré con tiempo de sobra para prepararme para visitar a Rio en el club. ¿Por favor?

Después de un momento, asiente. —Muy bien —mira significativamente la comida que queda en la mesa—. Siempre y cuando coma.

Como respuesta, tomo mi tostada con mantequilla y la muerdo con determinación, lanzándole una rápida sonrisa con la boca llena.

Ella sacude la cabeza y suelta una risita. —Esté lista en una hora, entonces, Bianca. Les haré saber que necesita... *terapia de compras*.

Arruga la nariz ante la expresión antes de darse la vuelta para irse, y me obligo a comer la tostada y luego un pequeño cuenco de ensalada de frutas frescas también.

Todavía no estoy segura, por supuesto, pero si es posible que esté esperando un hijo de Rio, necesito empezar a cuidarme. Y eso significa no saltarme más comidas.

\*\*\*

Al final, no es tan difícil como esperaba conseguir discretamente un test de embarazo. Una vez que Rio empezó a dejarme salir, me proporcionó algo de dinero en efectivo para cosas como cafés o gastos menores. Dinero para alfileres, lo llamó de manera un poco anticuada, aunque la cantidad es demasiado excesiva para ser considerada "dinero para alfileres" desde mi punto de vista, a menos que me acostumbre a comprar café hecho con oro líquido.

Les explico a los matones de turno hoy que necesito parar en una farmacia para comprar "cosas de mujeres", y aunque me acompañan a la tienda, al menos me dan algo de privacidad cuando me dirijo con determinación a la sección de productos femeninos.

Pago en efectivo y guardo mi compra discretamente en mi bolso de gran tamaño, donde me quema mientras finjo disfrutar del resto de la excursión de compras. Acabo comprando un conjunto de lencería innecesario solo para poder demostrar que el viaje no fue en vano, si alguien llega a preguntar.

Cuando regreso a la finca, escondo el test en un montón de ropa en mi enorme vestidor. Todavía no me atrevo a hacer la prueba. Aunque es lo único en lo que puedo pensar durante toda la tarde y hasta bien entrada la noche.

Francine llega obedientemente después de la cena para ayudarme a vestir, aprobando mi elección de un vestido rojo ajustado con un escote bajo que me llega por encima de la rodilla, dándole un aire ligeramente festivo. Lo combino con tacones de aguja y me recojo parte del pelo con otro clip de plata incrustado de diamantes que hace juego con mis pendientes colgantes, dejando que la mayor parte de mi melena caiga por mi espalda.

Ahora me siento menos incómoda con los tacones y el maquillaje. Casi se siente bien "pintarme" la cara, ya que ayuda a ocultar mis emociones y proporciona una barrera, aunque sea mental, entre yo y todos los pares de ojos que estudian cada uno de mis movimientos.

—Buena elección —dice Francine mientras me sube la cremallera del vestido y luego me da una palmadita suave en el hombro para indicar que ha terminado—. El rojo realza tu color. Complementa el tono de tu piel y tu cabello oscuro de manera hermosa, Bianca. Eres una joven muy atractiva.

—Gracias —Estudio mi reflejo en el espejo de cuerpo entero del vestidor, sintiéndome más "Bianca" y menos "Bree" por momentos.

Mi mirada baja hacia mi estómago; está tan plano como siempre.

Tal vez me equivoco. Tal vez solo estoy retrasada. O quizás la tensión nerviosa de los últimos meses simplemente ha alterado las hormonas de mi cuerpo.

La idea de que tal vez no esté embarazada después de todo es extrañamente desconcertante. No puedo determinar si estoy esperando un resultado positivo o negativo. De cualquier manera, mis nervios están tan tensos que la energía zumba a través de mí, haciendo difícil permanecer quieta.

—¿Me darías unos minutos, por favor, Francine? Solo quiero retocar mi maquillaje y mi pelo. Diles a los chicos que estaré lista para salir en quince minutos.

La tía de Rio asiente y se va para transmitir el mensaje. Me apresuro hacia donde escondí el test de embarazo antes y lo saco. No hay manera de que pueda pasar esta noche sin saber con certeza de una forma u otra.

Es hora de descubrir la verdad.

\*\*\*

Debe haber algo universal sobre el estrés de orinar en una prueba de embarazo y esperar el resultado. Ya sea que una mujer quiera que sea positivo o negativo, la espera se siente como una tortura.

Este momento en el tiempo podría cambiar mi vida irrevocablemente. O podría ser simplemente una falsa alarma. Camino de un lado a otro por el baño, mis tacones resonando en el mármol y el sudor cubriendo mis palmas mientras me retuerzo las manos.

Si es positivo, ¿Rio estará feliz? ¿O enojado? ¿Cómo me sentiré yo?

Mi respiración se acorta y mi corazón late con fuerza mientras finalmente dejo de caminar y miro fijamente la prueba que ahora muestra un resultado muy claro.

Dos líneas. Para nada tenues. Un positivo muy decisivo.

Estoy embarazada del hijo de un jefe de la mafia.

## Capítulo veinticuatro

*«Evitar el peligro no es más seguro a largo plazo que exponerse abiertamente. La vida es una aventura atrevida o no es nada».*

Helen Keller

*Rio*

Necesito a Bianca a mi lado esta noche porque me hizo falta estar con ella anoche. No quiero admitirlo ante nadie, pero si hay algo que soy —al menos conmigo mismo— es honesto.

Me costó todo permitirle asistir a esa cita de café con su amigo. Él la conocía, antes. Intentó salvarle la vida. Si ella lo veía como heroico... Si se daba cuenta de lo que se estaba perdiendo y decidía que quería volver a ese estilo de vida, tendría que intervenir y evitar que lo hiciera.

Y probablemente su odio hacia mí volvería a surgir.

El informe que recibí del equipo de turno ese día fue satisfactorio. Dijeron que ella me defendió ante su antiguo amigo. Y le admitió que me ama.

Los pensamientos sobre Bianca llenan mi cabeza cuando debería estar concentrándome en los negocios. Pero he llegado a disfrutar de su expresión ligeramente embelesada cuando me mira ahora. Escucho el aumento del ritmo de su respiración cuando entro en la habitación, y disfruto del ligero rubor que colorea sus mejillas incluso mientras finge ante todos los que nos rodean que no tengo ningún efecto sobre ella.

Conozco la verdad sobre lo que mi presencia le provoca.

Y lo que la suya me provoca a mí. Todo sobre Bianca Carlotti-Agosti me excita.

Imagino hundirme en su cuerpo dispuesto, o deslizar mi polla dura entre sus labios calientes y ansiosos y permitir que su hermosa boca me chupe hasta dejarme seco. Mi verga se contrae hasta quedar semidura al instante.

La deseo. Más de lo que he deseado jamás a ninguna mujer. Y sin embargo, sé que desearla me hace débil. No puedo permitirme debilidades en un mundo en el que el más mínimo indicio de vulnerabilidad podría significar una disminución de mi poder y control.

Podría significar el caos. O la muerte.

Mi necesidad de Bianca me hace vulnerable, pero no parezco poder apagarla.

A pesar de eso, tenerla a mi lado en el club esta noche se siente correcto. Ha demostrado que se puede confiar en ella, hasta cierto punto al menos, y me gusta la idea de introducirla más en nuestro negocio familiar, aunque sea de la manera más pequeña para empezar.

La reunión con los representantes del comprador debería ser sencilla. La familia Carbone ya conoce el producto y el precio. Han recibido envíos similares de nosotros varias veces antes. Nuestras negociaciones ya se han completado. Esto será simplemente una reunión de cortesía para concluir el contrato, y aprovecharé la oportunidad para decirles que este será el último envío de este tipo.

Mis sentidos me dicen que sea cauteloso, pero no creo que el posible peligro provenga del trato con los Carbone.

Presiono el botón del intercomunicador en mi escritorio y le pido a mi asistente, Dana, que llame a Danelli a mi oficina.

—Estate extra alerta esta noche —le digo cuando asoma la cabeza por la puerta—. Por si acaso. Equipos adicionales de servicio, y necesito que todos vayan armados.

Danelli se endereza y entra completamente en la habitación, cerrando cuidadosamente la puerta tras él.

—¿De verdad, jefe? ¿Deberíamos posponer la reunión, entonces? Sus instintos suelen ser acertados. Puedo...

—No —lo interrumpo—. Quiero que esto se haga y que el envío se recoja mañana por la noche a más tardar. Simplemente necesito que estés preparado para cualquier cosa. No solo esta noche, sino todo el tiempo. Rossi ha estado muy callado últimamente.

—Sí, jefe.

Se gira para irse, con la preocupación frunciendo sus cejas. Bien. Quiero que esté preocupado. Yo estoy preocupado, y no me gusta nada ese estado.

Al llegar a la puerta, me mira.

—¿Y Bianca? ¿Quiere que vuelva a la finca? Ya viene de camino aquí, pero siempre puedo decirles que den la vuelta y la lleven a casa.

Durante unos segundos, debato en mi cabeza. No sé qué me tiene tan nervioso, pero mi instinto me dice que estoy tomando la decisión correcta al traerla a la ciudad esta noche.

—Mi esposa se queda conmigo durante esto. Pero asegúrate de que haya protección adicional en la finca esta noche también.

El ceño de Danelli se profundiza.

—Sí, señor.

Se va, presumiblemente, a organizar seguridad adicional y asegurarse de que todos estén armados y listos para cualquier cosa.

Quizás después de esta noche, podré dejar de lado esta duda persistente de que algo no es lo que parece. Hasta entonces, Bianca permanecerá a mi lado donde puedo protegerla mejor, si es necesario.

Y si todo va bien en la reunión, estaré en condiciones de acostarme con ella más rápidamente.

Esta noche, tengo la intención de llevar a mi esposa a mis habitaciones sobre el club y follarla hasta que grite pidiendo clemencia. Pidiendo el olvido. Pero no antes de que ambos ascendamos al cielo cuando ella envuelva sus brazos y piernas a mi alrededor, y yo libere mi semilla caliente y dispuesta en lo profundo de su hermoso y apretado coño.

Bianca es mía, y esta noche tengo la intención de reclamarla de una manera que asegure que olvide todo sobre su pasado, y sepa que yo soy su única opción para el futuro.

\*\*\*

*Bianca*

Espero subir en el ascensor al ático de Rio, o al menos al nivel donde está situada su oficina, pero en su lugar, los matones me llevan directamente al área VIP del club. Es tarde, ya pasadas las once, pero supongo que en este mundo de oscuridad, las reuniones nocturnas son comunes, y las 11:00 p.m. en el mundo de los clubes probablemente se considera temprano, no tarde.

La música resuena a través de mí en un bajo *tum tum tum* mientras diviso a Rio en el área del salón del entresuelo sobre la pista de baile. Está sentado en uno de los sofás en una pose relajada, con los brazos extendidos sobre el respaldo del sofá y un tobillo descansando ligeramente sobre su otra rodilla.

Se ve pensativo y sexy, y desearía tener el coraje de simplemente acercarme contoneándome hasta él y subirme confiadamente a su regazo, presionando mi coño contra su entrepierna e ignorando a todos los demás en el área.

Por supuesto, no hago nada de eso. En su lugar, simplemente camino hacia él, pasando por el bar VIP donde me senté para observar sus negocios la última vez que estuve aquí. Mientras me acerco, una camarera llega antes que yo y se inclina para entregarle una bandeja de bebidas. El movimiento empuja sus abundantes pechos justo en su cara, y los celos se alzan dentro de mí, rápidos e inesperados.

*Él es mío.*

La sensación de la música en mis venas es casi tribal, primitiva. El ritmo parece encajar con mi estado de ánimo salvaje.

*Mío. Mío. Mío.*

Una parte de mí está aterrorizada de contarle mis noticias, y la otra parte quiere soltarlo de golpe y medir su reacción.

Él es mi marido. Y pronto, será el padre de mi hijo.

¿Cómo se sentirá al respecto?

Ignora a la camarera, y ella hace un puchero y se aleja. Su mirada permanece fija en mí, intensa e ilegible, y no puedo evitar el contoneo ligeramente exagerado de mis caderas mientras recorro el último tramo de espacio para cerrar la distancia entre nosotros.

No parece importar lo que piense mi cerebro. Mi cuerpo automáticamente entra en modo sexy cada vez que Rio está cerca.

Me detengo frente a él y lo miro fijamente, esperando escuchar qué quiere de mí. Estoy desesperada por hablar y, al mismo tiempo, igualmente desesperada por mantener mi secreto un poco más.

Este tira y afloja no es diferente de cualquier otra cosa que haya sentido cuando se trata de interacciones con este hombre. Él inspira conflicto dentro de mí a cada paso.

Como si sintiera mi tormento interior, sus ojos se entrecierran ligeramente. Luego, su boca se curva en las comisuras. ¿Disfruta saber que me hace dar vueltas con mis emociones?

Palmea el asiento a su lado y, cuando obedezco, baja su mano para acariciar mi muslo. La carne está expuesta ya que mi vestido se ha subido un poco, y el roce de sus dedos contra mi piel hace

que se me erice la piel a su paso.

Levanto la barbilla y encuentro su mirada. En ese momento, él permite que su máscara se deslice. La pasión ardiente que leo en las profundidades de sus ojos hace que se me corte la respiración.

—Te ves hermosa, Bianca. Sexy como el infierno —su voz es baja y rasposa, y aun así puedo oírlo perfectamente a pesar del zumbido de la música de fondo.

Es como si mi sistema estuviera sintonizado con él, y aunque los sonidos de un club lleno de gente se elevan a nuestro alrededor e intentan invadir nuestro espacio, de alguna manera solo existe Rio.

—Aunque siempre lo estás —añade.

—No viniste a mí anoche. *Mierda*. No quiero decir eso, pero la acusación simplemente sale de mi boca.

Una de sus cejas se alza brevemente. —¿Me extrañaste, esposa?

Ahora es mi turno de entrecerrar los ojos. —¿Tú qué crees?

—Dilo.

—¿Por qué?

—*Dilo*.

La orden insinúa algo desesperado. Algo que alimenta mi deseo. Rio no está tan en control como quiere que todos crean.

Le sonrío y me acerco. Me encanta el sonido de su respiración entrecortada de esa manera. Me encanta el delicioso aroma que emana y asalta mis fosas nasales. La necesidad se acumula entre mis piernas.

¿Puede olerlo? ¿Mi deseo? Eso espero. Estoy húmeda y anhelando su toque. Quiero la sensación de sus dedos justo ahí contra mi clítoris. Acariciando a lo largo y alrededor de mi hendidura. Deslizándose en mi canal en una promesa de lo que está por venir.

—Sí, te extrañé, Rio. Mucho. Y no quiero dormir sola esta noche. *Marido*.

Su mano sube y rodea mi garganta. Aprieta, ligeramente, como si me recordara, o quizás a sí mismo, quién está a cargo. Sé exactamente quién está a cargo en este momento. Podría hacerme cualquier cosa, y yo se lo permitiría.

—Rio, te deseo tanto...

—Jefe, ya están aquí.

La voz de Danelli y su presencia imponente rompen el hechizo, y Rio me suelta y se recuesta con un pequeño gemido. Dudo que alguien más pueda escuchar ese sonido por encima de la música, pero estoy lo suficientemente cerca para captar el arrepentimiento.

—Pronto, Bianca. Te lo prometo.

—Bien.

Entonces la máscara sin emociones vuelve a su lugar, y dirige su atención a un grupo de hombres

de negocios vestidos de traje que caminan hacia nuestro grupo de sofás. Rio se levanta y me pone de pie antes de cementarme a su lado con un agarre firme.

Me estremezco un poco al rozar el metal bajo su brazo. Rio lleva un arma.

Echo un vistazo alrededor y me doy cuenta de que hay más de su seguridad aquí de lo habitual. Muchos más. Están por todas partes. ¿Qué está pasando? ¿Es peligroso estar aquí esta noche? ¿Debería irme? Ya no es solo en mí en quien debo pensar ahora; es en mi bebé... *Nuestro* bebé...

Mientras mis pensamientos vuelan y mi ritmo cardíaco aumenta, me doy cuenta de que Rio no me pondría deliberadamente en peligro. Incluso sin su conocimiento de nuestro hijo, se preocupa más por mí de lo que quería o planeaba. No estoy segura de cómo lo sé, pero lo sé. Se preocupa mucho por mí, a su manera retorcida.

—Carbone —el tono de Rio es tenso—. Toma asiento. Tenemos negocios que discutir.

El hombre más bajo en el centro del grupo de seguridad dirige su mirada hacia mí. Reprimo un escalofrío instantáneo ante la frialdad de sus rasgos. Se parece un poco a Carlos Rossi, pero sin el brillo de abuelo.

—¿Con *ella* aquí?

—Te refieres a mi esposa, Bianca Carlotti-Agosti? Te dirigirás a Bianca con respeto. O perderás tu lengua.

Ante mi gemido de angustia, el brazo de Rio se tensa, manteniéndome firmemente en mi lugar cuando intento alejarme.

Después de un momento, el otro hombre asiente respetuosamente en mi dirección. —Mi error, señora Agosti. Es un placer conocerla.

No puedo hacer nada más que asentir. Si hablo, puede que accidentalmente se me escape un gemido o empiece a llorar. ¿Rio realmente le cortaría la lengua? Deslizo mi brazo alrededor de la cintura de Rio. Si no lo hago, temo que mis piernas temblorosas no puedan sostenerme.

Todos estamos en el proceso de volver a tomar asiento en los diversos sofás cuando de repente estalla un griterío abajo y la música se detiene bruscamente.

Ni siquiera tengo tiempo de mirar hacia abajo para ver qué está pasando. Se oye un extraño sonido de *pop, pop, pop*, luego una serie de fuertes explosiones, y entonces Rio se lanza sobre mí, derribándonos al suelo mientras todo el infierno se desata a nuestro alrededor.

## Capítulo veinticinco

«La realidad apesta, quiero que me devuelvan mis sueños».

Sandra Chami Kassis

*Bianca*

El suelo alfombrado está pegajoso contra mi mejilla. Huele asqueroso, como a licor rancio.

Tendré que decirle a Rio que necesita un nuevo equipo de limpieza cuando esto termine. Pensamientos estúpidos e insustanciales siguen apareciendo en mi cabeza, como si el tiempo se hubiera detenido y realmente tuviera la capacidad de considerarlos en una burbuja de calma en medio del caos.

¿Estoy muerta? ¿Es esto lo que se siente estar muerta?

Sí, definitivamente necesita un nuevo equipo de limpieza.

Los gritos se intensifican; los disparos son más fuertes.

El caos invade la calma.

Me doy cuenta de que tengo la boca abierta y estoy contribuyendo al sonido de los gritos. Pero no puedo parecer capaz de apagar el ruido de pánico que brota de mi garganta.

Me aferro a la camisa de Rio, sintiendo su corazón latiendo contra mi pecho y escuchando su gruñido de rabia mientras alcanza su arma.

¡No! Arañó su brazo. No más armas. *No más.*

Pero él evade mi agarre y rueda fuera de mí, subiéndose a sus rodillas. Apunta su arma y dispara antes de que pueda detenerlo. La explosión es tan fuerte que me ensordece. Quiero gritarle que se quede abajo. Que se mantenga a salvo. Que deje que sus hombres hagan lo necesario y evite que le den un balazo. Él es el objetivo; tiene que serlo.

¿A quién más estarían disparando? Quienquiera que *ellos* sean.

Va a ser padre, y puede estar muerto en unos segundos. *Yo* puedo estar muerta en unos segundos.

Y mi bebé...

Encojo las piernas hasta quedar acostada en una pequeña bola apretada, con los brazos alrededor de mis rodillas. Creo que puedo estar balanceándome de adelante hacia atrás. No puedo decirlo. Hay demasiado movimiento y ruido y los gritos y disparos... Está por todas partes a mi alrededor.

Debería cerrar los ojos. No quiero ver la muerte venir por mí y mi bebé.

Pero no puedo dejar de mirar. Y la muerte se ha instalado en todas las direcciones.

El hombre de negocios con los ojos fríos está tirado en el suelo a unos metros de mí. Al menos, *tenía* ojos fríos. Ahora, solo parece vacío; vacío.

Incluso mientras lo miro boquiabierto, notando el agujero bordeado de sangre en su garganta, escucho una voz llamando mi nombre.

—Bianca. Muévete. Ahora. —Es Leon el matón, arrastrándose hacia mí por el suelo. Me agarra del brazo y me pone de pie—. Muévete, mujer.

Sigo mirándolo fijamente. No puedo hacer que mi cerebro funcione. Ni mis extremidades. Me empuja hacia adelante, no en dirección al ascensor sino hacia el otro lado, por un pasillo y hacia un conjunto de escaleras que ni siquiera sabía que existían.

Me protege con su cuerpo mientras me arrastra lejos de la pelea.

—¡Espera! —Jesucristo, ¿todavía estoy gritando? Finalmente, logro controlar el sonido, tragándome el terror hasta que solo se escapa un gemido ocasional—. Rio. ¿Dónde está? ¿Está...?

—Danelli lo tiene cubierto. Necesito llevarte a un lugar seg...

*Pop pop pop.* Los ojos de Leon se abren de par en par mientras me mira, luego su boca se afloja, y la vida simplemente desaparece de sus facciones. Se desploma en el suelo a mis pies.

Lo miro fijamente. ¿Él también está muerto? Así sin más. He estado presente cuando han tenido que sacrificar animales en el centro de rescate, pero nunca he visto morir a un ser humano. Justo frente a mis ojos. Un momento vivo y al siguiente... *nada*.

Miro hacia atrás y veo hombres todavía disparando armas, gritando, chillando, gente corriendo por todas partes, alrededor de los cuerpos muertos, resbalando en toda la sangre...

¿Dónde está mi marido?

Tropiezo de vuelta hacia el bar. Ni siquiera sé qué estoy planeando. Adónde voy. Qué se supone que debo hacer en este lío de horror.

Entonces me doy cuenta de que estoy chillando su nombre. —*Rio. Rio.* —Una y otra vez. *Ahí.* Lo veo, con el arma levantada y apuntando a alguien. ¿Quién? ¿Es ese...? —¿*Anders?*

El hombre de Carlos Rossi. ¿Por qué está aquí? ¿Por qué está apuntando un arma a Rio? ¿Por qué está...?

Oh, vale, Anders también está muerto. Mi marido acaba de dispararle. Justo en la cara. No le queda cara. Miro boquiabierto el desastre de sangre y hueso y materia cerebral por todo el suelo. *Era Anders.* Ya no lo es.

Nada tiene sentido para mí. Quiero que esto termine. Quiero irme a casa. Quiero mi antigua vida. Quiero...

Caigo de rodillas y empiezo a sollozar.

*Quiero a Rio.*

\*\*\*

*Rio*

Traje a Bianca a un baño de sangre. Ni siquiera puedo girar la cabeza para ver si mis hombres la pusieron a salvo. Porque si lo hago, estoy muerto. Y si estoy muerto, ella me seguirá al olvido tan pronto como los hombres de Rossi la alcancen.

La rabia arde en mi sangre, pero no cederé a su efecto distractor.

*Mantente enfocado. Sobrevive. Y entonces la venganza seguirá tan seguro como el sol saldrá por la mañana.*

El peligro que sentí no era del trato con Carbone. Al menos en eso tenía razón. Era Carlos Rossi, esperando entre bastidores. Lo cortaré en *putos pedazos* cuando alcance al hombre que amenazó mi mundo. Mi familia. Mi esposa.

Estaba contando con su afecto por Rina Carlotti para detener su mano, al menos en relación con Bianca. Se parece a su madre, y Rossi estaba embelesado con la mujer cuando eran más jóvenes. Me equivoqué, y ahora mi familia puede estar a punto de pagar las consecuencias. Igual que antes, cuando mi falta de atención llevó a la muerte de mis padres.

Danelli y dos de sus hombres están tratando de sacarme del área, pero me niego a moverme. Esta es mi equivocación para arreglar.

El segundo de Rossi levanta su arma, con una intención mortal en su mirada. Disparo primero, directo a la cara de Anders. No hay posibilidad de fallar a esta distancia. El cuerpo cae, y así sin más, la pelea ha terminado.

Solo que no ha terminado, ni de lejos, porque Danelli me aparta y sus palabras me llenan de pavor. —La finca también fue atacada. No estoy seguro de cuántos están caídos, o quiénes. Es un caos allí, aparentemente.

—Averígualo. *Ahora*. Mi hermano. Mi tía. Mi prima. Todos se están quedando en la finca esta noche.

Como lo habría estado Bianca, si no hubiera tenido el instinto de traerla aquí.

—Sí, señor. —Su expresión es impasible, pero sus ojos están preocupados—. Tan pronto como lo sepa, usted lo sabrá.

Dirige a sus hombres para que reúnan al resto del equipo de Rossi, agrupándolos y obligándolos a arrodillarse frente al bar. Luego se hace a un lado, hablando por su auricular.

Carbone está muerto, atrapado en medio de una disputa que ninguno de nosotros vio venir. Dos de sus hombres también han caído, y los que quedan de los que trajo consigo ya están al teléfono, hablando con urgencia con quienquiera que se encargue de la limpieza.

Es poco probable que yo sea el objetivo de su venganza. Conocen a Anders también —todo el mundo en la ciudad lo conoce— y saben que eso significa que Rossi debe estar detrás de este intento de asesinato.

Me dirijo a zancadas hacia los cobardes bastardos del equipo de Rossi, todos me miran con miedo en los ojos. *Bien*. Levanto mi arma y apunto a cada uno de ellos, uno tras otro. El terror en sus expresiones alimenta a mi bestia interior sádica. Ha estado dormida durante algún tiempo. Pacificada por la presencia de Bianca.

Aparté la vista del negocio. Y mira dónde nos ha llevado eso. No más.

Cuando transfiero mi mirada al último tipo, su boca se abre y se cierra mientras traga convulsivamente, y el sudor cubre su frente. Le sonrío, y él retrocede sobresaltado.

¿Qué ve en mis ojos? ¿Su muerte? ¿Mi bestia interior?

Coloco mi arma en la parte superior de su nariz entre sus ojos y me inclino cerca.

—Eres el afortunado de hoy. Vivirás para entregar un mensaje a tu jefe.

El hombre deja escapar un extraño gemido, pero asiente rápidamente.

—Dile a Rossi que voy por él. Voy por su familia. Sus hijos. Sus malditos *nietos*. Su mundo. Voy a destruir todo lo que aprecia. Y lo dejaré para el final para que pueda ver cómo se desmorona y cae su imperio. ¿Entendido?

El hombre asiente de nuevo y gimotea, y lo agarro del brazo y lo levanto bruscamente.

—Vete, entonces. De vuelta con tu jefe. Y sabré si no entregas mi mensaje palabra por palabra. Créeme. *Lo sabré*.

Mientras el hombre sale corriendo, el sonido de un sollozo femenino entra en mi conciencia. Levanto la mirada entonces para ver a Bianca de rodillas, un brazo fuertemente envuelto alrededor de su cintura y el otro con el puño contra su boca.

Sus ojos, mirándome fijamente, están atormentados.

Llenos de nada más que horror y repulsión.

## Capítulo veintiséis

*"Puedes amar a un monstruo, incluso puede amarte a ti, pero eso no cambia su naturaleza".*

Eliza Crewe, *Crushed*

*Bianca*

Mantengo el puño presionado contra mi boca porque si no lo hago, más gritos podrían estallar y esta vez no parar nunca. Estoy a punto de quebrarme y romperme en un millón de pedazos diminutos. Estoy casi segura de que el padre de mi bebé está a punto de ejecutar a esos hombres arrodillados frente a él.

Si lo hace, eso elevará su cuenta del día a seis, si incluyes al de antes. Anders.

¿Cuento a Anders? Estaba a punto de disparar a Rio y sin duda a mí después, así que al menos ese podría considerarse defensa propia. Protegiendo a los suyos. Protegiéndome a mí.

Pero los otros...

¿Están a punto de morir simplemente porque están en el bando equivocado en una guerra que parece no tener fin? ¿Es esto una guerra? ¿Es ese el término correcto?

Miro alrededor de la habitación, a los cuerpos y la sangre. A los hombres arrodillados frente a Rio, mirando a su probable verdugo con el conocimiento de la muerte inminente en sus ojos.

Sí. Esto es una guerra. Una guerra por la ciudad de Boston y más allá. Una guerra con el poder, el dinero y el control como premio final.

Y mi marido está en el centro de todo.

Mi cerebro deja de funcionar en este punto. No puedo procesar nada más sobre esta situación. Es demasiado horroroso.

Alguien me arrastra y me pone de pie. Me atrae hacia un pecho firme. Me sostiene con fuerza. Me mece. Quien sea huele bien. *Seguro*. Su aroma enmascara el olor a sangre y muerte, al menos por unos segundos. Me hundo en el abrazo, agradecida por el respiro.

¿Quién diría que la muerte podría oler tan abrumadoramente horrible?

Me doy cuenta de que están llamando mi nombre, una y otra vez.

—Bianca. ¡*Bianca! La mia bella moglie*. Pajarito. Vuelve a mí. Ah, ahí estás. De vuelta con nosotros.

Parpadeo mirando a Rio. Es él quien me sostiene. El que me ha dado una sensación de seguridad. El que me llama de vuelta de donde sea que me fui. Todavía tiene un arma aferrada en su mano.

Una risa desquiciada sale de mí ante la ironía. —Sobrevivimos a una tormenta de balas, Rio. Tú, yo y el bebé.

El anuncio sale inesperadamente de mi boca, que no parece estar conectada a mi cerebro en este momento.

No tenía la intención de decírselo así. No estaba segura de si se lo diría en absoluto.

Sigo riendo. ¿Por qué no puedo parar?

Sus cejas se alzan y su boca se abre. Así que así es como se ve un momento de asombro total. Luego la cierra de golpe. Hay un repentino tic en su mejilla, una expresión cruda en su rostro que nunca antes había visto. Por primera vez desde que puse los ojos en Rio después de mi secuestro, parece... inseguro.

—No puedes estar... ¿Estás...? —Sus cejas se convierten en la única parte expresiva de su rostro. Se bajan, juntándose en un ceño fruncido—. Debes estar en shock, Bianca —Se gira y ladra una orden a alguien—. Sácala de aquí. Ahora.

—Sí, Jefe. ¿Dónde...?

—No a la finca. Obviamente. Llévala a mi barco. Está amarrado en Constitution Marina.

*La finca.* Las palabras anteriores de Danelli revolotean en mi mente. *La finca también fue atacada.*

—¿Francine? ¿Está bien? Espero que esté bien. —Ni siquiera me agrada particularmente esa mujer. Pero últimamente ha ido creciendo en mí. La ferocidad con la que ama y sirve a su familia, *mi* familia ahora, merece respeto—. Su hijo llegaba hoy. Estaba tan feliz.

Rio me da una pequeña sacudida y se inclina para mirarme fijamente a la cara. Está realmente alterado. ¿Pueden verlo los demás? Sospecho que no. Pero estoy empezando a conocerlo. Y vislumbro su miedo profundo detrás de esos ojos oscuros. Creo que me *deja* verlo, solo por un momento, aunque no estoy segura de por qué permitiría que alguien, incluso yo, viera su vulnerabilidad.

De alguna manera, siento que no tiene miedo por sí mismo. En cambio, Rio tiene miedo por su familia. Tiene miedo por mí. Y tiene un miedo mortal por nuestro bebé.

Al menos tenemos eso en común.

Casi levanto una mano para acariciar su mejilla, consolarlo... hasta que recuerdo todos los cuerpos. Y la sangre. Aprieto los dedos en un puño en su lugar y mantengo mi mano a mi lado.

—Bianca —dice en voz baja—. Ve ahora con Matteo. Haz lo que él diga, cuando lo diga. Me uniré a ti cuando... —Echa un vistazo alrededor y luego vuelve a mí—. Cuando pueda.

—¿Vas a matarlos a todos ahora?

Sus ojos se suavizan por un segundo. —No pienses en ello, pajarito. Quiero que estés a salvo. Tú y...

Su mirada baja a mi vientre, la contemplación como una suave caricia.

Extiendo los dedos de una mano sobre mi vientre aún plano, como si pudiera proteger al pequeño de la escena violenta en la que se encuentran sus padres. Abro la boca para decir algo, pero ni siquiera estoy segura de qué intento decir. No parece que esté pensando con claridad ahora mismo.

Antes de que pueda articular mis pensamientos caóticos, un matón que no he conocido antes se acerca y agarra mi brazo. No es brusco, sin embargo. Más insistente que otra cosa.

—Venga, señora Agosti.

Este debe ser Matteo. Supongo. Me dejo arrastrar lejos de Rio y la horrible escena que probablemente veré en mis pesadillas desde ahora hasta el día que muera. Pero cuando llegamos a la puerta, no puedo evitar volverme a mirar.

Como un espectador en un accidente de coche. No quiero mirar. No quiero ver. Pero simplemente no puedo evitarlo.

Rio está de pie en medio de la carnicería, todavía mirándome. Parece el diablo mismo, alto, oscuro y sombrío en medio de los caídos en su sangriento reino del Infierno.

*¿Vale la pena, Rio? ¿El precio que todos pagan por el poder en este mundo terrible?*

Me vuelvo hacia Matteo. —¿Qué significa *la mia bella moglie*?

Un resoplido del hombre a mi lado, luego dice en voz baja: —Significa, mi hermosa esposa.

Empiezo a darme la vuelta para seguirlo, cuando noto a la camarera de antes, saliendo a gatas de detrás de la barra. La última vez que la vi —antes del ataque— me molestó muchísimo con su evidente adulación hacia Rio. Ahora, me alegro de ver que sobrevivió, al igual que algunos otros miembros del personal de servicio.

No todos lo lograron. Hay empleados del club nocturno entre los cuerpos en el suelo. ¿Cómo llamó Rio una vez a Dave y Shelley? Daños colaterales. Incidentales.

¿Es todo el mundo alrededor de Rio un incidental?

Quizás la barra está reforzada, precisamente para este tipo de situaciones. Si yo estuviera en el lugar de Rio, reforzaría todo a mi alrededor. Todo el tiempo.

Matteo tira de mi brazo, disipando mis pensamientos aleatorios, y me empuja por la puerta hacia el pasillo casi oculto.

Al hacerlo, me estremezco ante el repentino sonido del ya familiar *pop-pop-pop*. ¿Es Rio quien aprieta el gatillo, o es uno de sus hombres? ¿Importa quién sea? Todos son asesinos.

*Pero solo uno de ellos es el padre de tu hijo.*

Me escabullo como una cobarde, siguiendo a Matteo y sabiendo que no puedo hacer nada para salvar a esos hombres. Mientras me guía escaleras abajo y hacia un coche oscuro que espera, me pregunto si este mundo violento es el único destino posible para mi hijo.

\*\*\*

*Rio*

Si pudiera cambiar algo de hoy, sería asegurarme de que Bianca no estuviera cerca de este baño de sangre. La devastación en sus ojos cuando me miró... y luego ese pequeño comentario... Me destruyó. *Ella* me destruyó.

*Está esperando un hijo mío.*

Nunca he estado más aturdido en mi vida. Y en este momento más que en cualquier otro, no puedo permitirme distracciones.

Mis mejillas palidecieron cuando hizo el anuncio. Pude sentir cómo la sangre abandonaba mi

rostro. ¿Pudo ella percibir mi conmoción? Por su expresión, pude notar que ni siquiera era consciente de lo que estaba diciendo. ¿Era verdad, o su mente divagaba por lo que acababa de presenciar?

Creo que decía la verdad. Lo siento en los huesos. Voy a ser padre.

Me froto la cara con la mano como si pudiera borrar la suciedad de esta vida. Pero, por supuesto, no puedo. Necesito concentrarme. Necesito averiguar cómo manejar este maldito desastre. Necesito saber si mi hermano sigue vivo. Mi tía. Mi primo.

*Joder.*

*Rossi pagará por esto.*

El sonido de disparos resuena detrás de mí, y me giro instintivamente levantando mi arma. Pero no necesito usarla. Los cinco hombres que trabajaban para Rossi ya no existen. Uno de los hombres de Danelli ha terminado el trabajo que yo debería haber hecho.

El trabajo que no pude hacer cuando vi la censura en la expresión de Bianca.

Miro por encima de su hombro hacia Danelli, quien encuentra mi mirada directamente, pero hay preguntas en su rostro ensombrecido. Preguntas que no puedo responder en este momento.

¿Por qué no los maté ya? ¿Por qué estoy aquí parado, aparentemente perdido, en lugar de tomar el control como normalmente lo hago, en cualquier situación, por más grave que sea? ¿Por qué estoy dudando cuando debería estar siendo el más decidido que he sido en mi vida?

¿Por qué mi mente está en Bianca, cuando debería estar firmemente concentrada en el asunto entre manos?

Aunque Danelli no exprese ninguna de sus preocupaciones frente a los demás, siento su duda. La siento dentro de mí mismo.

Mi familia fue atacada, en más de un frente. Algunos de ellos incluso ahora pueden estar muertos o muriendo.

Y me tocará a mí vengarlos.

Rossi descubrirá que esta guerra entre nosotros, que sin duda pensó que terminaría hoy, apenas ha comenzado.

Y ahora es matar o morir, porque si no, Bianca y mi hijo podrían quedar atrapados en el fuego cruzado.

## Capítulo veintisiete

*«Si miras largo tiempo un abismo, el abismo también mirará dentro de ti».*

Friedrich Nietzsche

*Bianca*

Para cuando llego a la marina con Matteo, y pasamos por todo el proceso de comprobar que no haya peligro antes de que me apresure a subir a bordo, mi cerebro vuelve a funcionar. Más o menos.

Aunque mis nervios están destrozados y mis manos no dejan de temblar.

Rio llamó a esto su barco, pero es más bien un lujoso superyate que un barco. Al menos, para mi mente inexperta en embarcaciones.

Sigo a Matteo escaleras abajo, bajo cubierta supongo que se llama, y me muestra un área de camarote privado que contiene tanto un dormitorio como una sala de estar.

—Espere aquí en el salón a Rio. Siéntase como en casa, señora Agosti. Hay bebidas en el bar si las necesita —indica un botón en la pared cerca de la puerta—. Pulse eso si necesita algo. Las únicas personas a bordo son el personal de máxima confianza de Rio.

—De acuerdo —me abrazo a mí misma—. Gracias, Matteo.

Se da la vuelta para irse, pero lo llamo de nuevo.

—¿Puedes avisarme si te enteras de algo sobre los que están en la finca? Especialmente, bueno... ¿Francine?

Me estudia en silencio por un momento, luego asiente.

—Si me lo permiten, entonces sí. Le avisaré.

¿Si se lo permiten? Supongo que trabajar para Rio significa que nadie hace nada sin el permiso del Jefe.

—Eso es justo. Gracias. Y por favor, llámame Bianca en el futuro.

Inclina la cabeza, y esta vez lo dejo ir, y luego me hundo en uno de los sillones y me inclino sobre mis rodillas, luchando contra las ganas de vomitar.

Cada vez que cierro los ojos, veo muerte. Trozos de masa cerebral volando por todas partes. Fragmentos de hueso. Sangre. Tanta sangre.

Así que, en su lugar, mantengo los ojos abiertos, parpadeando lo menos posible, y miro fijamente la alfombra bajo mis pies. Pelo lujoso. Parece suave. Me quito los tacones y lo compruebo, moviendo los dedos de los pies. Es tan suave como parece.

Pero este color casi blanco no es práctico en el mundo de la Mafia. Nunca podrían sacar la sangre si la muerte también viniera a llamar aquí.

Finalmente, me incorporo y me reclino contra el sofá. ¿Cómo puedo justificar traer un hijo a este mundo? ¿Cómo le diré alguna vez que su padre es un monstruo? ¿Un asesino?

Al menos él reconoce quién y qué es. Y al menos lo hace con un propósito: mantener su imperio y mantener a su familia a salvo.

¿Cuál es mi excusa? Lo amo, y por mucho que odie quién es y lo que representa, ese amor no se ha disipado.

Pensé que lo haría, después de lo que pasó esta noche.

Durante el viaje hasta aquí, a la marina, examiné mis sentimientos, suponiendo que el amor se habría ido. Que sentiría solo repulsión y odio y que la necesidad de escapar —de huir lejos y rápido— volvería a surgir en mis pensamientos.

La repulsión está ahí. Se asienta en mi estómago, revuelto con ácido. La vida humana no debería ser tan poco valorada. Aunque estaba claro que Anders estaba a punto de matar a Rio, y ese era un caso claro de matar o ser matado, eso no explica a los demás.

Odio lo que él es con cada célula de mi cuerpo. Pero el amor sigue ahí, a pesar de eso. Lo deseo, incluso ahora. Quiero sus brazos a mi alrededor. Quiero su polla profundamente dentro de mí mientras follamos y nos olvidamos por unos minutos del horror de lo que acaba de suceder. El horror de vivir esta vida.

Y odio sentirme así, *más* de lo que lo odio a él.

¿En qué me convierte eso?

Tal vez soy tan monstruo como él. Más aún, quizás, porque no nací en esta vida. Me criaron para tener un conjunto diferente de valores morales. Debería saber mejor.

*Pero sí naciste en esta vida, Bianca.* La traidora voz interior se entromete y no se irá.

*Naciste princesa de la Mafia, y esta vida está en tu sangre.*

Recuerdo la pequeña tarjeta blanca que la agente Felicity me entregó hace tantas semanas. No creo que sea del FBI. Creo que realmente trabaja en algún tipo de agencia de aplicación de la ley, pero no estoy segura de cuál. De todas formas, la tarjeta hace mucho que desapareció, rota en pedacitos y tirada por el inodoro. Pero memoricé el número antes de destruir la evidencia de una posible traición.

Podría llamar a ese número ahora mismo, si quisiera, antes de que Rio regrese. Antes de que más de su personal invada mi espacio personal y me quite la capacidad de hacer algo sin un escrutinio constante.

Podría salvar a mi hijo de un futuro de violencia y muerte haciendo esa llamada. Pero al hacerlo, condenaría al padre de mi hijo a una vida en prisión.

Sé lo que *debería* hacer. Pero aún no sé lo que *haré*.

Y en ese hecho justo ahí, me doy cuenta de que soy mucho más monstruosa de lo que mi esposo jefe del crimen alguna vez fue o será.

\*\*\*

*Rio*

No estoy seguro de qué esperar cuando entro en el salón. ¿Bianca me mirará con esos ojos acusadores? ¿Sigue en estado de shock, incapaz de procesar lo que sucedió antes? ¿Ha caído en

la locura?

La suite está en silencio, el salón vacío. Frunzo el ceño y me dirijo al dormitorio. Está acostada despierta en medio de la cama, acurrucada de lado con los brazos alrededor de sus rodillas. Se ha duchado —su cabello esparcido por las almohadas está suelto y mojado— y se ha puesto una gruesa bata blanca. Sus pies están descalzos, y parece más joven de lo habitual con su rostro sin maquillaje y ese rocío de pecas sobre su nariz que le da un aire inocente.

Ya no es inocente. No después de esta noche.

Lentamente, gira la cabeza para encontrarse con mi mirada. No queda shock en sus rasgos, ni señales de locura. Simplemente está callada, estudiándome con una expresión que no puedo leer.

—¿Podrías ducharte, Rio? Y luego únete a mí.

Doy un paso más cerca de la cama, pero ella levanta una mano.

—No. Necesito que te duches. Por favor. No... —su mano cae, y su agarre alrededor de sus rodillas se aprieta—. No te acerques a mí hasta que te hayas duchado. Frótate bien. Mucho.

—De acuerdo. Pero tenemos que hablar, Bianca.

—Sí. Tenemos que hacerlo.

Quiero decir más. Quiero pensar en algunas palabras que la consuelen. Pero no sé qué decir ni cómo hacerlo. Nunca he consolado a nadie antes. Nunca tuve la necesidad, ni el deseo.

Ella aparta su rostro de mí, hundiéndolo en la almohada, y después de unos segundos más en los que lucho por encontrar las palabras, simplemente la dejo allí y me dirijo a la ducha para quitarme los últimos restos del ataque.

No me molesto en vestirme después. Necesito sentir a mi esposa, piel con piel. Cuando regreso, Bianca parece tener la misma idea. Se ha quitado la bata y está acostada boca arriba, desnuda.

Abre sus brazos, y sus pechos se alzan, con los pezones erectos y apuntando. Luego separa ampliamente sus piernas, con las rodillas dobladas para mostrar los pliegues rosados de su sexo. Ya está húmeda y lista.

Mi miembro se endurece al instante ante la visión.

—Abrázame, por favor, Rio —su voz se quiebra al pronunciar mi nombre. Traga saliva convulsivamente antes de aclararse la garganta. Luego levanta la barbilla—. Fóllame. Haz que lo olvide.

\*\*\*

*Bianca*

Rio está sobre mí en segundos, sus labios chocando contra los míos y sus manos aparentemente en todas partes a la vez mientras acomoda sus caderas entre mis piernas abiertas. Su carne ya está rígida, presionando contra mi vientre mientras se frota contra mí.

Gimo ante la sensación que se extiende desde nuestra conexión. Deseando más. Necesitando más. Necesitándolo todo.

No puedo creer que esté haciendo esto. Deseando sexo después de un evento tan horrendo. Pero anhelo a Rio. Lo necesito más que nunca. Quiero su fuerza, su poder, su *posesión*, como nunca

antes lo he querido.

Me retuerzo debajo de él, cediendo al impulso y dejando que el pensamiento se disipe. Me arqueo cuando unos dedos fuertes pellizcan uno de mis pezones, retorciendo el botón hasta el punto del dolor.

—Sí —grito entre dientes apretados—. ¡Más!

Él inclina la cabeza y se lleva mi pecho a la boca, lamiendo y mordisqueando la carne. Me estremezco ante el dolor y gimo aún más, sabiendo que tendré marcas de mordidas mañana.

No es suficiente. Nunca será suficiente.

A él le excita mi dolor. Y desde que conocí a Rio, sé que a mí también.

Paso mis manos por sus duros músculos y su piel sedosa, clavando mis uñas profundamente cuando llego a su espalda. Desahogándome. Marcándolo. *Mío*.

Él gruñe y levanta la cabeza, mirándome fijamente con ojos tan oscuros e intensos que sé que nunca veré el fondo de ese pozo de negrura dentro de él.

¿Qué ve él? ¿Tengo yo la misma oscuridad dentro de mí?

¿Somos iguales, Rio y yo?

Abruptamente, me da la vuelta sobre mi estómago antes de levantar mi trasero y darme una nalgada. El ardor es repentino y agudo y me provoca lágrimas instantáneas. Lo hace de nuevo, y dejo escapar un chillido involuntario. A pesar del shock y el dolor, levanto mi trasero más alto, queriendo más.

*Necesito más. Lo necesito todo. Para poder olvidar.*

—¡*Fóllame!* —apenas puedo pronunciar palabras; mi voz está tan ronca y llena de deseo—. Dios, Rio, por favor. Dame el olvido. Después de hoy, dame al menos eso.

No queda pensamiento después de eso, solo instinto. No más juegos previos, solo follar.

Agarra mis caderas y luego me penetra de una sola y dura embestida. Me balanceo contra él, retorciéndome sobre su miembro, instándolo a ir más rápido, más fuerte, a *destruirme*...

—Joder, Bianca. Joder, mujer. Te necesito. Te necesito tanto... —Su ritmo vacila, se vuelve errático, y su carne dentro de mí crece imposiblemente más grande. Más dura. *Perfecta*.

El orgasmo surge dentro de mí, no clitoral sino desde lo más profundo. Se enrolla, crece y se extiende como una ola de tsunami a través de mi cuerpo hasta que ya no puedo contenerlo más, y grito y me sacudo incontrolablemente debajo de él mientras la fuerza de mi liberación me lleva al límite.

Vagamente escucho su rugido detrás de mí y siento sus temblores y el calor pulsante dentro de mí mientras se precipita conmigo al borde del clímax.

Pero incluso mientras mi cuerpo se convulsiona junto con Rio y sigo rogando por el olvido, las horribles imágenes de sangre y vísceras y ojos muertos que miran fijamente permanecen grabadas en mi mente y quemadas en mi memoria.

## Capítulo veintiocho

«Es imposible subestimar la importancia de tus decisiones de hoy».

Gautama Buda

*Bianca*

—¿Estás segura de que estás embarazada, Bianca? —Acaricia mi vientre después de hacer el amor, su toque es ligero y tan lleno de amor que no puedo contener las lágrimas que se acumulan en mis ojos.

¿Cómo puedo conciliar esta mano, que me acuna tan delicadamente, con la que sostuvo un arma, que *mató* a personas, hace solo unas pocas horas?

Y sin embargo, es la misma mano; el mismo hombre. El monstruo es el hombre que amo.

No sé qué hacer.

Me estoy mintiendo a mí misma en este momento. Por supuesto que sé qué hacer.

*Llama a Felicity. Llama al agente. Y sal de aquí, por el bien de tu bebé.*

Entrelazo mis dedos con los suyos sobre mi vientre, la tristeza me abruma. —Eso creo. Me hice una prueba casera que dio positivo. Supongo que necesitaré un análisis de sangre para estar segura, pero... sí.

—Me has hecho muy feliz con esta noticia.

Sus dedos trazan mi abdomen, y la más pequeña de las sonrisas juega en sus labios mientras se inclina y deposita un tierno beso en mi hombro.

Me alejo un poco de él, no quiero que me mire cuando mis lágrimas comiencen a caer, pero él me hace girar de nuevo para enfrentarlo. No hay forma de esconderse de Rio. Ni siquiera en este momento en que estoy aterrada de que esa pueda haber sido la última vez que hagamos el amor.

Cuando estoy aún más aterrada de que pueda descubrir que estoy considerando huir.

—¿Mataste a esos hombres, Rio, después de que me fui? ¿Los que trabajaban para Rossi?

Simplemente me mira intensamente como si intentara leer mi mente.

—No vas a responder a esa pregunta, ¿verdad?

Sus cejas se juntan. —No deberías estar involucrada en ese lado de las cosas. —Se gira sobre su espalda, levanta los brazos y los coloca debajo de su cabeza sobre la almohada—. Haré arreglos para que veas a nuestro médico de familia lo antes posible. Normalmente, él vendría a verte a la finca, pero...

*La finca.* —¿Está bien todo el mundo allí? ¿Qué pasó? ¿Está...? —Me detengo cuando él comienza a negar con la cabeza y su boca se tensa.

Mi corazón se detiene casi por completo antes de lanzarse a un ritmo más rápido de lo habitual.

—No —dice—. Hubo un ataque simultáneo en la finca y en el club. Mi hermano está bien, al

igual que Tommaso.

—Pero... Francine... —Las lágrimas obstruyen mi garganta. Ya sé lo que va a decir.

—Mi tía está muerta.

El tono parece frío e impersonal, pero ahora lo conozco mejor. Escucho la corriente subyacente de dolor crudo en esa simple declaración.

—Dios, Rio, lo siento mucho. —Extiendo mis brazos y lo abrazo, y nos quedamos así durante varios minutos en silencio.

Finalmente, inhala un suspiro entrecortado y lo libera lentamente. —Me dicen que se interpuso frente a Nicky. Detuvo la bala destinada a él, aparentemente. Murió por su familia, y ese acto de valentía nunca será olvidado.

Abruptamente, se levanta de la cama y sale de la habitación, dirigiéndose al área del salón. Escucho el tintineo del hielo y luego el sonido del líquido vertiéndose en un vaso.

Me acuesto boca arriba y miro fijamente el techo revestido de madera, envolviendo mis brazos alrededor de mi cintura para ahuyentar un repentino escalofrío.

Pobre Francine. No la amaba, pero no merecía eso. Nadie lo merece.

Y sin embargo, parece que la violencia y la muerte son una ocurrencia regular en esta vida.

No puedo seguir haciendo esto. No puedo.

Un sonido agudo suena cerca, haciéndome saltar, mi ritmo cardíaco acelerándose de nuevo antes de darme cuenta de que es simplemente el teléfono celular de Rio. Él contesta rápidamente, y me siento y dejo colgar mis piernas sobre la cama, con la intención de ir a darme otra ducha.

Estuve en el baño antes durante más de media hora, bajo un chorro de agua tan caliente que dolía, pero era como si no pudiera quitarme el hedor a sangre y muerte. Sé que solo está en mi mente. Me lavé y me froté hasta que me dolió la piel. No es posible que tenga ningún rastro de sangre en mí. Pero aun así... Tiemblo. Otra ducha no hará daño.

La voz de Rio se eleva ligeramente en el salón, su cadencia cambiando a una de molestia.  
—...con Carbón muerto, tendremos que blanquear de otra manera. Haz que Carnarvon mire...

La voz se desvanece, y con ella, mi sensación de temor crece. Salto de la cama y corro al baño.

No quiero oírlo. No quiero oír nada que pueda tentarme a entregarlo. Pero ahora no puedo desoírlo.

*Tendremos que blanquear de otra manera.*

Abro el agua tan caliente como puedo tolerarla y me deslizo bajo el chorro, rogando una vez más por algún tipo de olvido del dilema moral en el que se ha convertido mi vida de alguna manera.

\*\*\*

A la tarde siguiente, camino de un lado a otro en el salón, con mi teléfono celular en la mano mientras trato de reunir el coraje para hacer la llamada que sé que debo hacer.

Mi esposo o mi hijo.

A eso se reduce este momento, y al final, no hay elección posible. Supe lo que tendría que hacer

en el momento en que miré a los ojos de Rio esa noche mientras él estaba de pie sobre esos pobres hombres condenados.

Confía en mí, no mucho, pero entonces, él no confía mucho en nadie. Y sin embargo, hay un ablandamiento dentro de él, al menos cuando se trata de mí. Lo veo en sus ojos cuando me mira. Está empezando a preocuparse por mí, y no creo que se haya permitido sentir por otra mujer de esta manera.

Eso solo hace que lo que estoy a punto de hacer sea aún peor. Se siente como el acto de traición definitivo.

Mis náuseas son tan fuertes que no he podido retener nada en todo el día. No puedo decir si la náusea revuelta en mi estómago es por las hormonas del embarazo o por el estrés de saber que estoy a punto de traicionar a mi esposo.

Rio está fuera hoy, reuniéndose con Tommaso para finalizar los arreglos funerarios de su tía.

Agarro mi teléfono con fuerza. Tengo que llamarla. A Felicity. Es eso o criar a mi hijo para que se convierta en alguien como su padre. Inmune a la violencia y la muerte, y empapado de inmoralidad.

Estoy a punto de marcar el número cuando recibo un mensaje de texto de un número desconocido.

Mi corazón da un vuelco cuando leo las palabras en la pantalla.

*Anders actuaba sin autorización. Nunca querría hacerte daño, querida. Quiero que estés a salvo, a toda costa. Por favor, créeme. Nunca le haría daño a la hija de Rina.*

¿Rossi? Me desplomo en el sofá, mis piernas tiemblan tanto que no creo que puedan sostenerme. ¿Es esto una trampa? ¿Me está usando para enviarle un mensaje a Rio? ¿Para intentar detener cualquier ataque de venganza contra su propia familia? Conociendo a Rio, habrá venganza, y estoy segura de que será mucho más violenta que lo ocurrido la otra noche.

Leo el mensaje de nuevo. ¿Y si es sincero? Nunca tuve la sensación de que Rossi quisiera hacerme daño. ¿Y si está diciendo la verdad? ¿Y si Anders *estaba* actuando sin el permiso de Rossi?

Un atisbo de idea se forma, y golpeo suavemente el teléfono contra mi mejilla mientras pienso.

¿Y si hay una manera de escapar de este mundo violento sin traicionar a Rio en el proceso?

¿Podría funcionar?

¿Tengo la fuerza para usar la conexión de Rossi con mi madre para evadir no solo a Rio, sino también a los federales?

Rápidamente, envío un mensaje de respuesta, pidiéndole a Rossi que me llame. Quince minutos insoportablemente largos después, lo hace.

—Bianca, querida. ¿Le transmitirás a Rio que-

—Por favor, Carlos, escucha —mi corazón late con fuerza y mis manos tiemblan.

Rossi guarda silencio, luego finalmente dice:

—¿Sí? —El tono de tío amable ha desaparecido.

—Prometo que le haré saber a Rio lo que dijiste sobre Anders. Pero a cambio, necesito tu ayuda.

—¿Con qué?

—Para desaparecer.

Después de esa llamada telefónica, permanezco sentada durante un tiempo, aterrorizada por lo que acabo de poner en marcha. Mis piernas no me sostendrían si intentara ponerme de pie ahora mismo.

Cuando las luces se encienden automáticamente sobre mi cabeza en el techo del salón, me doy cuenta de que debe estar oscureciendo afuera. Rio probablemente volverá pronto.

Se me ha acabado el tiempo. La decisión ha sido tomada y la suerte está echada.

Tomando una respiración profunda, la suelto de golpe, y luego levanto mi teléfono una vez más y marco el número que he tenido grabado en mi memoria desde la noche del baile de gala.

## Capítulo veintinueve

—*La traición es la única verdad que perdura.*

Arthur Miller

*Rio*

No queda rastro del baño de sangre que ocurrió aquí en mi club hace solo tres semanas. El equipo de limpieza de la firma es de primera categoría, al igual que los trabajadores de la construcción y los reparadores en nuestra nómina. Aparte del cierre del club durante un par de días, es como si el ataque de la gente de Rossi nunca hubiera sucedido.

Y sin embargo, sucedió, y ese momento lo cambió todo. Tenía la venganza en mente para desenmascarar al asesino de mis padres, y planeaba usar a Carlos Rossi para hacer salir al perpetrador.

Ahora, la vieja venganza puede esperar. Una nueva venganza ha tomado su lugar.

Los hombres de Rossi intentaron lastimar a mi esposa y al niño que crece en su vientre. *Mataron* a mi tía. Nada se interpondrá en el camino de mi retribución. Rossi está firmemente en mi mira.

No me preocupa en este momento la policía. Hace tiempo que sé que es beneficioso tener a las fuerzas del orden en tu nómina, y como consecuencia, su investigación sobre el incidente del tiroteo fue breve.

Estoy sentado en mi oficina sobre el club, escuchando el bajo zumbido de la música desde abajo. No es tarde, pero como es viernes por la noche, la música comienza temprano para captar a la multitud del trabajo que quiere festejar un poco antes de regresar a casa desde la ciudad.

Ninguno de ellos parece saber —o importarle— que múltiples cuerpos fueron retirados del mismo suelo en el que ahora bailan.

Esa noche —cuando Bianca me dijo que llevaba a mi hijo— perdí a mi tía en el ataque a la finca. Enterramos a Francine en la parcela familiar a las afueras de la ciudad en un servicio al que asistieron cientos de personas. Tommaso ha ordenado un monumento elaborado para marcar su lugar de descanso final con honor. Cuando el monumento esté listo, realizaremos otra ceremonia más pequeña con solo la familia inmediata presente.

Me reclino en la silla, inexplicablemente cansado. Por un momento, me pregunto cómo sería haber nacido como segundo o tercer hijo, y no el mayor. O incluso haber nacido en otra familia por completo, fuera de esta vida en el negocio.

¿Cómo se sentiría no tener el peso de toda una organización sobre tus hombros? ¿Sería diferente? ¿Menos inclinado a alimentar la oscuridad que yace dentro de mí? ¿Sería más adecuado para alguien como Bianca?

Dos inocentes juntos en una vida que incluye anteojeras puestas y la ingenuidad intacta.

¿Sería esa una vida satisfactoria? ¿O el aburrimiento de vivir dentro de la ley —vivir con convenciones— sería nuestra perdición? ¿Mi lado oscuro anhelaría realizarse independientemente de mi sangre?

Sé cómo se siente Bianca respecto a mí. Siento la complejidad y ambigüedad de sus emociones cada vez que estamos en la misma habitación. Sus hermosos ojos marrones no pueden mentir.

Parte de mí se arrepiente de haberla traído a esta vida, pero ese otro lado más básico se regocija en el hecho de que la mujer que inicialmente pensé que necesitaría ser eliminada de alguna manera ha terminado capturando mi corazón y tomando su lugar a mi lado.

Pensamientos frívolos. Inútiles. Necesito volver al trabajo. Giro la silla y me sirvo un whisky de la jarra de cristal que guardo detrás de mí, y luego me vuelvo para reanudar la lectura del contrato frente a mí.

Levanto el documento, pero solo he tomado un sorbo del líquido ámbar cuando se desata un alboroto más allá de la puerta de la oficina. Gritos y forcejeos, una mezcla de voces masculinas y femeninas. Coloco el vaso cuidadosamente sobre el escritorio y alcanzo debajo del escritorio para apoyar mi mano en el arma asegurada debajo. El cañón apunta hacia la puerta. Quien entre estará muerto en segundos si intenta hacerme daño o atacarme.

—No, lo siento. ¡Deténganse! No pueden...

La puerta se abre de golpe, y un grupo de extraños irrumpe en la oficina, seguidos por mi secretaria Dana, que siempre trabaja hasta tarde los viernes, y tres de mi equipo de seguridad. Mi mano en el gatillo del arma se relaja, pero solo ligeramente.

Puedo decir inmediatamente que estos extraños son agentes de la ley. Dos hombres y una mujer, bien vestidos y todos con un aire de vigilancia ansiosa. Probablemente federales en lugar de locales, supongo. Las señales son inconfundibles una vez que sabes qué buscar.

La mujer da un paso adelante, agitando un papel en el aire antes de dejarlo caer frente a mí.

—Gregorio Agosti, tenemos una orden para registrar estas instalaciones.

No miro el documento. En su lugar, la miro intensamente, surgiendo una familiaridad, y mi corazón da un extraño latido, casi como si acabara de saltarse uno.

La conozco.

O al menos, la reconozco. Es la rubia que estaba en el baño con Bianca en el baile de gala hace varias semanas. La noche en que mi instinto me dijo que algo andaba mal. Pero estaba tan concentrado en Bianca que ignoré mi instinto sobre cualquier cosa que pudiera estar mal.

La mujer continúa con más palabrería, pero la ignoro, tratando de controlar mi conmoción.

¿Cuál es el papel de Bianca en la presencia de esta mujer en mi oficina? ¿Tiene *algún* papel? ¿Es consciente de que estas personas son nuestros enemigos?

¿Los envió aquí para derribarme en represalia por secuestrarla y sacarla de su vida anterior? ¿Ha estado jugando un juego largo, jugando conmigo, atrayéndome con su sexualidad inocente y su promesa de eternidad a través de nuestro hijo?

No. No puedo creer eso de ella. Bianca no me traicionaría de una manera tan monstruosa. No cuando lleva a mi bebé. No cuando me mira de la forma en que lo hace, con amor —por reluciente que sea— en su expresión.

Suelto completamente el arma y me reclino en mi silla con los brazos cruzados. La encontrarán cuando registren, por supuesto. Junto con otras armas escondidas por todo el edificio.

Pero mi equipo legal siempre se ha asegurado de que tenga los papeles y licencias necesarios para todo en esta oficina —y el club de abajo, de hecho. Hasta el último bolígrafo o botella de vino.

No encontrarán nada incriminatorio aquí.

Danelli irrumpe en este momento, obviamente alertado por uno de sus hombres. Levanto una mano, frenando su ímpetu.

—Pueden registrar —le digo a la mujer lentamente—, pero si dañan una sola cosa en este edificio, le facturaré a su departamento el costo.

—¿Una amenaza, Agosti? —Uno de los agentes masculinos da un paso adelante, con beligerancia en su tono y postura.

Tan predecible. Tan ineficaz.

Levanto una ceja en su dirección.

—No. Un hecho.

La mujer frunce el ceño a su colega, haciéndole retroceder subrepticamente. Habla por un auricular, diciéndole al resto del equipo de búsqueda que suban y comiencen.

Los ignoro a todos entonces y me dirijo a Danelli. —Trae a Carnarvon aquí ahora. Lo recibiré en el club.

Carnarvon y su equipo de abogados están contratados, y no hay nadie en quien confíe más en una situación como esta para asegurarme de salir ileso. Su firma ocupa un espacio de oficina en el primer piso de este edificio, así que espero que en menos de cinco minutos mi abogado o su representante esté sentado a mi lado en el club.

—Sí, jefe —Danelli sale apresuradamente de la habitación, ya levantando su teléfono móvil a su oreja.

Mi secretaria es la siguiente en recibir instrucciones. —Comunícame con Bianca. Hablaré con ella en breve —Ante el asentimiento de Dana, finalmente me dirijo a Matteo, uno de los miembros del equipo que está de servicio esta noche—. Vigíalos. Asegúrate de que no rompan nada ni se lleven nada que no deban. Recuérdales que los demandaré si se exceden de los límites de la orden judicial.

Sin mirar de nuevo a la rubia o a sus compañeros, salgo de la habitación y me dirijo al club en la planta baja.

\*\*\*

—Nadie puede encontrar a Bianca, señor.

Mi secretaria ha llegado al club solo un minuto después de Carnarvon y dos de sus secuaces. Carnarvon está en proceso de tomar asiento y colocar su maletín en la mesa baja frente a los sofás cuando hace una pausa ante el anuncio de Dana.

Su rostro, habitualmente impecable y sereno, muestra líneas de preocupación poco habituales.

Parpadeo un par de veces, tratando de procesar lo que acaba de decir. —Eso es imposible. ¿Qué coño quieres decir con que nadie puede encontrarla? Está en el barco con todo un equipo de

seguridad vigilándola. No puede haber desaparecido sin que ellos lo sepan. ¡Encuéntrala!

—No pueden —los dedos de Dana se retuercen. Conoce mi lado oscuro y claramente no quiere que se dirija a ella—. Han buscado por todas partes. Han registrado todo el barco. Parece que... se ha esfumado.

La furia y el miedo me llenan a partes iguales. ¿Acaso Rossi logró llegar a ella de alguna manera? ¿No dejé suficiente seguridad? ¿Están muertos mi esposa y mi bebé?

—Encuéntrala —gruño entre dientes apretados—. Ahora.

Agarro mi teléfono móvil que está sobre la mesa y marco el número de Bianca. Va directamente al buzón de voz. Termino la llamada y lo intento de nuevo. Y otra vez.

Mientras se conecta por tercera vez al buzón de voz, veo a la agente rubia caminando con confianza frente al bar en dirección a nuestro grupo de personas. Un gruñido escapa de mi garganta al verla, y estoy más cerca que nunca de perder el control por completo. Le doy la espalda y hablo con urgencia al teléfono, poniendo cada onza de autoridad que tengo en el mensaje.

—Bianca. Llámame ahora. No me importa dónde estés o qué estés haciendo. *Llámame. Ahora. Mismo.*

Cuelgo y me tomo un momento para respirar. No puedo perder el control frente a estos agentes. No puedo perderlo frente a nadie. Soy el Jefe.

Necesito recomponerme y actuar como el Jefe. Peligroso. Sin emociones. Lógico y razonable. Si no lo hago, alguien más dará un paso al frente y tomará mi lugar, y el nombre Agosti será reducido a polvo.

Hago un trabajo razonable recuperando el control de mi temperamento. Razonable, hasta que me doy la vuelta y mi mirada se encuentra con la de la mujer rubia.

Ella me sonríe con suficiencia, con una mirada conocedora en sus ojos. —Necesita venir con nosotros ahora, Gregorio. Aunque debo confirmar que no está bajo arresto. Todavía.

—Entonces no necesita ir a ninguna parte con ustedes —el tono seco de Carnarvon corta el repentino silencio.

Ella lo ignora, clavándome una mirada que me hiela la sangre. —Nunca la encontrará, ¿sabe? No se moleste en buscar. Tenemos a Bree en un lugar seguro, y usted nunca volverá a acercarse a ella.

Aspiro bruscamente y luego exhalo lentamente. *¿Ellos. Tienen. A Bree? No, no a Bree.* —El nombre de mi esposa es Bianca.

Me pongo de pie, los sonidos a mi alrededor se distorsionan y deforman. Vagamente, oigo el jadeo de Dana y a Carnarvon llamando mi nombre, luego gritos y alaridos mientras la niebla negra me envuelve.

Levanto la mesa y la lanzo a través de la habitación contra el bar.

## Capítulo Treinta

«Uno puede huir de todo excepto de sí mismo».

Stefan Zweig

*Bianca*

El autobús sale de la terminal en una nube de humo y un estruendo de ruido, y me hundo en mi asiento, esperando parecer cualquier otra viajera que no tiene fondos para ir en avión.

Me ajusto la peluca castaña clara, esperando que no parezca demasiado falsa. Con lentes de contacto de color que vuelven mis ojos azules, y con estos viejos vaqueros, camiseta y una mochila desgastada tirada en el asiento vacío a mi lado, no creo que me parezca en absoluto a Bianca Carlotti. Ni siquiera me parezco a Bree Walker. Ya no. Bree se ha ido hace mucho, y Bianca esperemos que se hunda en el olvido tan pronto como llegue a Augusta.

*Olvido.* Le supliqué a Rio que me llevara allí aquella noche, y por un tiempo en sus brazos, casi logró entregarme a su acogedor abrazo. Pero los recuerdos y las pesadillas siempre vuelven. La violencia y la muerte me persiguen. El olvido es fugaz. A menos que, por supuesto, elija la finalidad de la muerte.

Curvo mis dedos sobre mi vientre. Está empezando a redondearse un poco ahora, y las náuseas están aumentando conforme avanzan los días. Eso es bueno, según he leído. Significa que las hormonas son fuertes y el bebé tiene posibilidades de sobrevivir. Me pregunto si el estrés está empeorando las náuseas. Ciertamente hay mucho de eso recorriendo mi cuerpo.

Cada vez que nos detenemos y algunos pasajeros suben y bajan, tengo que luchar para controlar mi respiración. El sudor cubre mis axilas y gotea por mi espalda, y luego volvemos a rodar, y nadie parece prestarme atención.

Hasta una parada en particular, cerca de Portsmouth, creo, y un tipo con traje oscuro sube a bordo. ¿Quién lleva traje en un autobús? ¿Está aquí por mí? Me tenso mientras parece estudiar a los pasajeros uno por uno. Su mirada se posa en mí, y contengo la respiración, tratando de no encontrarme con sus ojos.

Rezando para que no se acerque a mí. Rezando para que no sea uno de los hombres de Rio. O uno de los de Rossi. O un federal.

Empieza a bajar por el pasillo, llega a mí y pasa de largo. Estoy demasiado asustada para girar la cabeza y ver dónde termina, pero oigo el roce de la ropa y el chirrido del cuero falso mientras se desliza en un asiento en algún lugar del lado opuesto al mío.

El autobús arranca, y espero, conteniendo mis gemidos solo por pura fuerza de voluntad. Cuando no pasa nada, finalmente reúno el coraje para echar un vistazo detrás de mí. El tipo está desplomado contra la ventana, con los ojos cerrados y la boca medio abierta, ya dormido.

No está interesado en mí.

No es un matón de la mafia, entonces.

Oh, gracias a Dios. Gracias a Dios.

Eventualmente, me relajo un poquito, pero aún no puedo dormir. Estoy demasiado cerca del límite, siempre en alerta. Espero poder asentarme pronto cuando llegue a donde sea que vaya y darle a este niño un mejor comienzo que vivir con nervios y adrenalina.

Esa vieja vida nunca cambiará, pero mi nueva vida tiene que ser diferente.

Canadá, allá voy. Pasando por Augusta, Maine, si todo va según lo planeado.

*Mi plan.* No el de los federales. Y seguro que no el plan de Rossi. Felicity y su equipo nunca tuvieron la oportunidad más allá de una reunión inicial de interrogatorio para llevarme a esconderme. Rossi llegó primero.

Él es quien me proporcionó dinero en efectivo y documentación de identidad falsa, pero cree que me detendré en Augusta. Ya tiene un apartamento preparado allí para que me mude de inmediato.

Pero no tengo intención de dejar a un monstruoso señor del crimen por otro. No tendría sentido dejar a Rio en absoluto si simplemente permitiera que Rossi ocupara su lugar como mi protector. O mi carcelero.

No. A partir de hoy, no confío en nadie más que en mí misma para protegerme. Soy lo suficientemente fuerte para hacer esto por mi cuenta. Tengo que serlo, por mi propia supervivencia y la de mi hijo. Nadie se interpondrá en mi camino.

Solo que, por cada kilómetro que el autobús me aleja de Rio, lejos del peligro, también me lleva más lejos del hombre que robó mi corazón y reclamó mi alma.

Y mi corazón se rompe un poco más cada vez.

\*\*\*

*Rio*

A Carnarvon y su equipo les tomó menos de cuatro horas sacarme de la sala de interrogatorios de la agencia y traerme de vuelta aquí a mi oficina. Danelli ha revisado el lugar en busca de micrófonos, y me han asegurado que está limpio. Al menos por ahora.

Cuando les digo a todos que me dejen, Carnarvon se detiene en la puerta. La lástima en su expresión mientras me mira casi le cuesta la vida. Estoy tambaleándome tan cerca del borde.

—Puedo confirmar que el soplo vino de su esposa, señor —dice.

—¿Sobre el trato fallido con Carbone? ¿Los tiroteos? —Por supuesto que sería sobre los tiroteos. El horror en sus ojos ese día nunca la ha abandonado realmente.

Debería haberlo visto; haberme protegido contra sus efectos negativos. Pero cuando se trata de Bianca, siempre he estado ciego, al parecer.

—Sí y no. El trato de Carbone, pero no los tiroteos.

Eso me sorprende. Inclino la cabeza en dirección a mi abogado.

—Continúa.

—El lavado de dinero. Están buscando evidencia de que usó el trato de Carbone para canalizar dinero sucio.

—Ah. Más fácil de probar para ellos, supongo, que un tiroteo masivo donde no hay cuerpos, ni balas o casquillos, ni sangre.

—En efecto.

—Vete.

Carnarvon arrastra los pies, la vacilación aumentando mi ira. Me doy cuenta por primera vez de un pequeño sobre blanco en su mano. Lo miro fijamente, y él traga saliva antes de avanzar rápidamente para dejar el sobre en mi escritorio.

—Esto llegó hoy para usted.

Es de ella. Casi puedo oler su aroma elevándose de la misiva, aunque sé que debe ser pura imaginación.

—Sal. Ahora.

Esta vez Carnarvon obedece, el miedo tensando su mandíbula mientras se retira, dejándome solo para reflexionar sobre la traición de mi esposa. La única mujer —la única persona— con quien alguna vez he bajado la guardia.

Me dirijo al aparador y me sirvo un whisky, mirando fijamente el líquido ámbar y pensando sobre el amor y la familia, la traición y la venganza.

Y la rabia se eleva, y se eleva, hasta que ya no puedo pensar; hasta que ya no puedo ver la bebida en mi mano. La niebla negra, como mi padre solía llamarla cuando me invadía, oscurece mi visión, mi audición, todos mis sentidos.

Abro la boca y rujo, permitiendo que toda la ira y el dolor salgan de mí en un torrente. Y entonces me dejo llevar y destruyo la oficina a mi alrededor.

Después, me poso en el único mueble intacto del espacio: la silla de cuero de respaldo alto que solía estar detrás de mi escritorio.

El escritorio en sí está hecho pedazos, al igual que todo lo demás en la habitación que alguna vez fue cavernosa y siempre elegante. Ahora está llena de fragmentos de cristal y vidrio y trozos de madera rota. Los estantes que contenían papeles y libros están torcidos o volcados sobre la alfombra. Las obras de arte están en el suelo. El espejo sobre la chimenea frente a las ventanas del suelo al techo ahora está muy agrietado.

Estudio mi reflejo distorsionado, sin sentir nada cuando mi rostro deformado me devuelve la mirada.

Nada excepto la fría rabia que aún arde en lo profundo de mi ser.

Ella me traicionó.

*Ella. Me. Traicionó.*

Veo el sobre blanco asomando entre los escombros, descansando sobre un marco de foto en el suelo. Me inclino, alcanzando entre el desorden, y saco tanto la misiva como la fotografía enmarcada que antes estaba en mi escritorio. Una foto de boda de Bianca y yo, tomada cuando salíamos de la capilla.

Abro el sobre y saco la única hoja de papel que hay dentro. Las palabras se desdibujan mientras

leo, y me froto los ojos para aclararlos. Nunca me permitiré llorar. Nunca. Por nada.

*Rio, debes odiarme ahora. Lo siento mucho. Necesitas saber que Carlos Rossi no estaba al tanto de los ataques hasta después. Anders estaba actuando por su cuenta, sin permiso de su jefe.*

Procesaré esa información más tarde. Ahora, me concentro solo en la última línea garabateada de la nota.

*Te amo, Rio. Siempre lo haré.*

La nota cae al suelo mientras acerco la foto enmarcada, estudiándola. Ella me está mirando, con los labios entreabiertos y los ojos brillando con una miríada de emociones. Amor y odio. Incluso entonces, no podía ocultar el deseo; la necesidad.

A pesar de su odio hacia mí y todo lo que represento.

Apoyo el marco en el suelo frente a mis pies, pensando en el amor y el odio. Deseo y traición.

Meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta para sacar mi teléfono móvil —de alguna manera, a pesar de la devastación que acabo de infligir en mi oficina, todavía llevo puesto mi traje— y marco un número que conozco bien.

—Investigaciones Dartside. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy Rio.

Un siseo audible al otro lado confirma que mi nombre es suficiente introducción. —Sí, señor. ¿Cómo podemos ayudarle hoy?

—Necesito que encuentren a alguien. Una mujer. El trabajo es de vida o muerte. Y el presupuesto es... —Hago una pausa, considerando—. El presupuesto es ilimitado. Sea lo que sea necesario, esta mujer debe ser encontrada y traída ante mí. Como asunto de suma urgencia.

Antes de que nazca mi hijo.

Alcanzo de nuevo debajo de mi chaqueta y esta vez saco la pistola que Carnarvon me devolvió en el momento en que salimos de las oficinas de los federales.

Compruebo. Está completamente cargada. Bien. Distraídamente, hago girar el tambor, mirando la foto. El momento en que fue tomada era una instantánea en el tiempo donde estaba, si no feliz, al menos satisfecho con hacia dónde se dirigía mi vida con Bianca.

*Giro, clic. Giro, clic.*

Era un tiempo antes de que mi tía fuera asesinada. Un tiempo antes de que mi familia fuera amenazada. Un tiempo antes de que mi *maldita esposa me traicionara*.

*Giro, clic.*

¿Qué es un poco más de vidrio entre este desastre?

Amartillo la pistola y la apunto a la foto, estabilizando el cañón, enfocándome en el rostro de Bianca.

Mi hermosa esposa. *La mia bella moglie*.

Y entonces aprieto el gatillo.

*Voy por ti, pajarito.*

\*\*\*

Espero que hayas disfrutado el primer libro de la trilogía *Enemigos Oscuros*. La historia continúa en el segundo libro, *Traición Despiadada*.

\*\*\*

# Traición despiadada – Sinopsis

## Enemigos oscuros

### Libro 2

**Mi marido está de cacería, y yo soy su presa.** Hubo un tiempo en que era inocente. Luego, un monstruo me secuestró, y fui reinventada como la esposa de un jefe de la mafia. Huí para protegerme a mí misma y a mi hijo, y ahora vivo una vida tan alejada de la alta sociedad de Boston como es posible. Pero nadie puede escapar del pasado para siempre. Rio Agosti viene por nosotros. Lo siento en los huesos. *Y no estoy segura de tener la fuerza para resistir su oscuro encanto.* Lee *Traición despiadada*, el segundo libro en el deliciosamente oscuro mundo mafioso de enemigos a amantes de la serie *Enemigos oscuros*.

\*\*\*

## **Sobre la autora**

Zoe Delaney es el seudónimo de suspense romántico contemporáneo oscuro de Jen Katemi, autora superventas según el *USA Today*.

Cuando Zoe no está escribiendo, dirige un negocio de edición y corrección, mima a sus hijas y consiente a varios gatos, incluido un rescatado con una sola cadera. Vive en Melbourne, Australia.

Descubre más o suscríbete a su boletín para lectores en .

## **Libros de Zoe Delaney**

### **Serie Enemigos Oscuros**

Posesión Despiadada

Traición Despiadada

Enemigo Despiadado

### **Serie Votos Oscuros**

Heredero imprudente

Rey Temerario